



Carpații

Director: Aron Cotrus

REVISTA CULTURALA

Redactori: Traian Popescu și N. S. Govora

POR LA LIBERTAD DE RUMANIA

Por ANTONIO IRAIZOZ

Oficiosamente Rumania mantiene en España una Legación Real. El pueblo rumano ha sido esclavizado por los soviéticos. A los varios infortunios de la pasada guerra —cuando se dijo que se luchaba por la Libertad y la Justicia— agregan los rumanos el despojo de que ha sido víctima de sus tradicionales instituciones. Sin patria, vejados, sometidos por la fuerza al brutal poderío de Moscú: tal es su situación.

Las naciones anglosajonas toleraron que el sátrapa de todas las Rusias, con sus astucias, merbara el territorio de Rumania, llevara allí su ejército, filtrara sus agentes provocadores. Un buen día, expulsada la familia real, perseguidos sus mejores hijos, la sombra de la esclavitud posó sobre tan alegre tierra.

Rumania—islote latino perdido en los Balcanes—inspiranos una especial simpatía. Hay una razón para que su tragedia la sintamos bastante. Su lengua deriva de Roma. Raza perfectamente definida, nada tiene en común con los pueblos eslavos que la rodean. Su cultura es como la nuestra: una rama del viejo tronco latino. De ahí que el dolor de Rumania llegue a nuestro corazón. Ellos heredaron, lo mismo que nosotros, una civilización que hoy se ve amenazada. Sufren en su carne, insumisos y silenciosos, los brutales ataques de la bestia roja, engordada por torpeza anglosajona durante el último conflicto mundial.

Sin embargo, se ha levantado en el Congreso de los Estados Unidos un diputado, Mr. Kersten, para reclamar la acción enérgica de su país y devolverle a Rumania sus conculcados derechos nacionales. Mister Kersten, en un documento que se aparta de la vulgaridad parlamentaria, advierte que "el Estado tiene como fin estar al servicio de la Humanidad, no ser su dueño, y no tiene el derecho de falsear sus poderes administrativos y policíacos de tal manera que los transforme en un arma para pisotear los derechos del hombre y terrorizar al pueblo". Recuerda cómo el régimen comunista de la Unión Soviética se apoderó por la fuerza, en 1940, de los territorios de Bucovina y Besarabia, los cuales se anexionó, después destruyó toda posibilidad de independencia de Rumania. Por la fuerza tomó el control de la prensa, confiscó las fábricas y los servicios públicos; obligó al Gobierno de Sanatesco, con intimidaciones y amenazas a nombrar comunistas en los puestos claves gubernamentales; exigieron al rey Miguel la formación de un Gabinete dominado por los rojos. En noviembre de 1940, a pesar de que el 80 por 100 de los rumanos votaron a favor de partidos adversos al régimen comunista, echaron del país al rey y transformaron a Rumania en una República popular, según el conocido modelo soviético.

Las vidas tronchadas en Rumania por exigencias políticas; el encadenamiento de los obreros a sus fábricas; el desarraigo y dispersión de poblaciones enteras; la falta de libertad para el pensamiento y el trabajo, que convierte a todos los ruma-

(Sigue en la pág. 10.)

CANTECUL GINTEI LATINE

De VASILE ALECSANDRI

Latina ginta e regina
Intre-ale lumei ginte mari;
Ea poarta'n frunte-o stea divina
Lucind prin timpul seculari.
Menirea ei tot inainte
Maret indreapta pasii sai,
Ea merge'n capul altor ginte.
Varsand lumina'n urma ei.

Latina ginta e virgina
Cu farmec dulce, rapitor;
Strainu'n cale-i se inclina
Si pe genunchi cade cu dor.
Frumoasa, vie, zimbitoare,
Sub cer senin, in aer cald,
Ea s'oglindeste'n splendid soare,
Se scaldan mare de smarald.

Latina ginta are parte
De-ale pamantului comori
Si mult voies ea le imparte
Cu celelalte-a ei surori.
Dar e teribila, n' mânia,
Când bratul ei liberator
Loveste'n cruda tiranie
Si lupta pentru-al sau onor.

In ziua cea de judecata,
Când, fata'n cer cu Domnul sfânt,
Latina ginta ar fi intrebata
Ce a facut pe-acest pamânt,
Ea va raspunde sus si tare:
"O! Doamne'n lume cât am stat,
In ochii sai plini de-admirare
Pe tine te-am reprezentat".

Frederic Mistral 1830 - 1914

De PAMFIL SEICARU

Réveille-toi, race latine.

Tu es la race lumineuse
qui s'illuminent d'aujourd'hui et de jadis.
Tu es la race apostolique
qui met les cloches en branle.
Tu es la trompe qui publie.
Tu es la main qui jette le grain.

Réveille-toi, race latine.

Ta langue mère, ce grand fleuve.
Qui se répand en sept branches
versant l'amour et la lumière
comme un écho du Paradis.
Ta langue d'or, fille romane
du Peuple-roi est la chanson

que rediront les lèvres humaines
tant que le verbe aura raison.

La terre est en fleur quand tu fleuries.

De formes pures de tes femmes
les panthéons se sont peuplés;
à tes triomphes comme à tes larmes
tous les cœurs ont palpité.

La terre est en fleur quand tu fleuries
de tes folies chacun devient fou
et dans l'éclipse de ta gloire
toujours le monde a pris le deuil.

Réveille-toi, race latine.

F. MISTRAL

dele lui Horatiu, si regaseam în poezia lui Fr. Mistral, atmosfera clasicilor. Puterea lui lirică, imaginile, aveau amprentă și seninătate, fieceare strofă, fieceare vers era îndelung lucrat, nici un cuvânt nu se precipitase în voia inspirației, totul fusese cumpanit, pentru a realiza cea mai armonioasă expresie a sentimentelor. Versurile redau cu o sugestivă și iubitoare fidelitate toate miscarile sufletului, în așa măsură ca la Mistral poezia capătă o pură nobilitate. În anul adolescentiniei ne îndragim de opera unui scriitor, cu acea neprihanită exaltare, ca pastram cadentele lirice, parfumul visului, ca o rezervă de poezie pentru tot restul vieții. De câte ori, o pagină care ne-a încântat în tinerețe, o poezie ale cărei strofe le-am recitat de atâtea ori ca ne-au ramas încrustate în memorie, nu ne revin în minte, deschizând portile unei evadări spre lumea visului!

Era firesc să mă seduca poezia lui Mistral când luam contact cu opera lui la 17 ani. Ce bogată lirică are opera lui Mistral, dacă chiar tradusa, pastrează atâtea vraja! Si stirea mortii, citita în ziare cu formula: rece, laconică, a unei telegramme: "Frederic Mistral, marele poet provençal, a murit la Mâillane, în ziua de 25 Martie", m'a emocionat profund. În seara aceia de Martie, când aerul nopții era îmbibat de mirosul proaspăt al mugurilor, ca un timid preluu al primăverii, în casa poetului Tutoveanu, poetul Mistral a fost evocat ca într-o slujbă religioasă, recitându-se din Mireille, din Calendal și din Poème du Rhône. Poetul Tutoveanu pastra ca pe o comoară, scrisoarea pe care i-o trimisese Mistral. Poetul provençal, cunoscutor al limbii latine și a tuturor limbilor neo-latine, avușese curiozitatea să se inițieze și în limba română. Legase în 1878 prietenie cu Vasile Alexandri și după ce îi dăduse cupa Felibrlor pentru "Latina Ginta", ramăsese în corespondență cu el. Este de presupus ca Alexandri i-a trimis o gramatică și un dicționar românesc, înlesnindu-i

(Urmează pag. 2.)

RUMANIA EN LA UNION LATINA

Por LOPE MATEO

No somos los españoles los más propensos a emplear la Latinidad como fuerza integradora geopolítica europea. Comprendemos y nos hallamos insertos en la idea latina como corporación de los pueblos que nacieron de la expansión romana; pero nos resistimos al empleo genérico de la Latinidad, precisamente porque desde fuera se ha pretendido disfrazar el hecho más grande, más duradero, más arduo y más personal de nuestra Historia con el aglutinante común de un vocablo que, por otra parte, llevamos en nuestro corazón. El hecho de América sólo parcialmente es latino—en cuanto España es parte integrante de la Latinidad—, pero en su raíz es tan español como fué la dominación y permanencia histórica en Filipinas, en Flandes o en Italia. Es como si a la Indochina francesa la llamáremos, por idéntica razón, Indochina latina.

La Latinidad, empero, caracteriza una conciencia colectiva supranacional, superestatal, superracial, que en las nuevas formas de la convivencia humana tiene su puesto al sol para la futura concepción cultural y orgánica del mundo. La Latinidad implica un concepto de sangre o de raza, sino de cultura y lenguaje; es decir, de pensamiento. En el complejo (etimológicamente, en el abrazo) espiritual de Roma caben todos los pueblos que heredaron su idioma y su ley, más que su puente y su acueducto. Roma señoreó con su verbo aun allí donde no alcanzó su sangre: lo mismo que España llegó con su voz hasta el indio, aunque no pudiera asimilarle en su propia fisiología. Nos conmueve, a qué negarlo, esa enternecedoramente cursi palabra Amerindia, con la que tercián—tirando por la calle de en medio—algunos irreconciliables adversarios de lo latino y de lo español.

Puestas así las cosas, y derivando el concepto de Latinidad a su verdadera y auténtica acepción, nos duele pensar que lo que tan gratuito y redundativamente se nos da a los españoles en el período más culminante de nuestra Historia, se pretenda negar o se trate de abolir en uno de los miembros—sin duda el más sordo y terca—mente acosado—de la confederación cultural latina; un pueblo que hasta en su propio nombre nacional conserva la impronta indeleble de su origen.

Rumania es el único país que en el Congreso de la Unión Latina no se verá representado normalmente. Su dramático infortunio tras el telón de acero le impedirá sentarse a la mesa común en la misma proporción soberana que los restantes países latinos. Pero se sentará también.

Rumania es, ya sabemos, el benjamín de los pueblos romanizados. La vieja tierra de los dacios y los getas aprendió también a decir "Ave Caesar" cuando aún el mediodía espléndido de Roma empezaba a declinar hacia la prima tarde. Si Roma, con las legiones de nuestro Trajano, no hubiera clavado su labaro en los Carpatos, Roma misma se hubiera disuelto antes en el tropel de los bárbaros invasores. Más allá del Danubio oriental quedaba la cabeza de puente de un pueblo guerrero y montañés, en cuyos surcos prendió la semilla del idioma universal. Tardía incorporación, pero no tanto que al hundirse el Imperio no empezara a florecer y fructificar con la savia antigua legionaria.

Sobre abismos de adversidad, como ha cantado recientemente Aron Cotrus, Rumania está presente en el Congreso de la Unión Latina. Espanta su Historia de resistencia indomable ante los huracanes devastadores de los siglos de ocupación, sin unión posible entre los distintos miembros de ese cuerpo partido y milagrosamente vivo. Islote de romanidad en el cruce más peligroso de las razas de Oriente, Rumania es oriental también, pero con sus brazos en alto para proclamar su perennidad histó-

(Sigue en la pág. 10.)

RAPSODIE ROMANICA

De ARON COTRUS

In amintirea poetului Mistral

Condei scântecetor ca un pumnal de dia-
[mante
si dascalii titanici ca Virgiliu si Dante,
incinsi de-ali Rusalilor ceresti uragane
si de vedenii si puteri nasdravane,
ar trebui, o Doamne, sa am
pentru mahnitul meu neam,
spre-a putea si eu, batran cioban peste cu-
[vinte,
sa trec, ca'n somn, pe muntii doinei in-
[inte,
c'un dor flamand, ce ca'nviat din morti,
imi bate tot mai aprig l'ale inimii porti,
in singuratatea, care creste mereu
ca o Mare Neagra imprejurul meu...

Spre cantul acesta, ce ma sbat sa-l incheie
pentru-al Romei urmasi de pe globul intreg,
puteri da-mi Tu, Doamne, sa pot sa-l in-
[plinesc

ca dar dela neamul meu romanesc,
marilor neamuri de pe pamant,
mostene-ale Romei dupa legi si cuvânt...

Esti Tu oare, Doamne, cel ce vrei sa-l in-
[cerce:
sa trec ca lunatic peste-al marginei cerc,
in spinii 'ntrebarilor sa nu ma mai inghimp,
sa cresc catre ceruri peste mine si timp...

Freanata'n sufletu-mi ca un codru, un
[jind,
o furtuna de cântec ce vreau-as sa-l prind
in ritmuri ce scapara si talazuri de cre-
[mene,

din ce-mi amintesc cu nimic sa nu semene:
neamuri romanice, manoase si multe,
sa stea pe loc si sa leasculte,
cu ochii uimiti si 'nrourati,
de pe coastele Anzilor pan'la noi in Car-
[pati...

Parinte-atotputernic al lumii, esti Tu,
cel ce ochii mei grei li desneguri acu
si ostentul meu vaz il deslegi
din ale firii statorenice legi,
si ma faci sa 'ndrasnesc
pentru invinsul meu neam romanesc
ce pe grelele-i drumuri abia de si
[mai duce

a fierbintelor cruce
si doar in ascuns catre Tine indreapta
intretalata-i rugaciune, in soapta,
ca Rusia salbatica, si loatra, si cruda,
sa nu i-o auda
prin crepturile dela 'nchisoare,
de unde nici dorul nu mai poate sa sboare,
de-atatea miselnice pânze neroade,
si de zbirii si iscoade...

Esti Tu, cel ce vrei sa astept si s'astept
cu junghieri in piept?
Si sa visez cu ochii deschiți?
Ori ingerii Tai catre mine trimisi?

Daca ma 'ncumet prin furtuni si parjol
sa-i flu catre tronul Tau sol
acestui aspru neam,
si daca, pentru-atata, daruri dela Tine
narue-mi casa, [n'am,
fulgera-mi masa
si ca un uragan
ma smulge din chipa, din ziua, din an,
si ca pe-un graunte da huma,
din drumul lui du-ma,
din drumul cel greu
al neamului meu!

Pe creste carpatice, ca de piatra oierul,
sta si astazi de vorba cu cerul,
si canta ori se roaga cu glas tremurat
intr'un grai dela Roma 'nvatat,
ori dela vreo sora-a Romei, cine stie,
in a pamantului copilarie...

Asa graesc in Pind, in Apenini si'n Pirinei,
fratii lui de limba, si al mei...
Si Istroromanii si aspri romanzi,
si-atatia altii, din Alpi pana'n Anzi...

Aceasi marea imparatasea strabuna,
ne-a cantat lin la leagan, sa 'nvatam im-
[preuna

imparatasea, stravechea ei limba,
in care cuvintele parca se'nimba
de farmece si flori far'de nume,
ca de dincolo de om si de lume...

Soarele in triumfalul lui ocol,
aude in adancuri, peste gol,
aude anume
pana'n margini cenusi de lume,
pe sub furtuni si arsite ori departari al-
[bastre,

cuvinte care seamana cu ale noastre,
si'n care Biblia cu neintrecutele-i pagini,
pare cazuta din ceruri pe aceste paragini,
sufletul sa ni-l umple si sa ni-l indrume
spre Roma albastra de peste lume...

Din Anzii tasniti din svarcoliri pamantesti,
pana'n Carapati nostri romanesti,
oriunde te'norci, intre buni si'ntrai rai,
esti parca pretutindeni intre-al tai:
aceleasi uitaturi, ce parca tae,
aceleasi vorbe iuti ca de vapae,
aceleasi neschimbata voce buna
in furtuna,
si-oriunde cu-alianii se infrunta,
acelas curaj si suras, ca d'ela nunta...

Inimi la fel, si brate, se deschid
in Mexic, in Lima, in Bogota si'n Madrid;
acelas zimbet ca pe vii icone scris,
infioreta la Roma si la Paris,
si-aceleasi calde imbratiseri fratesti,
ca pana ieri la noi, la Bucuresti...

Inimi la fel, si brate, se deschid
in Mexic, in Lima, in Bogota si'n Madrid;
acelas zimbet ca pe vii icone scris,
infioreta la Roma si la Paris,
si-aceleasi calde imbratiseri fratesti,
ca pana ieri la noi, la Bucuresti...

Inimi la fel, si brate, se deschid
in Mexic, in Lima, in Bogota si'n Madrid;
acelas zimbet ca pe vii icone scris,
infioreta la Roma si la Paris,
si-aceleasi calde imbratiseri fratesti,
ca pana ieri la noi, la Bucuresti...

Când, pe rau si pe bine, noi suntem ase-
cum sunt fratii gemeni, [meni,
ce stari pe loc, ce-amarnic dor de moarte,
pe unii de altii ne-ar mai tine departe?

Din Dunare la Amazon, si mai departe,
doar apa Atlanticului de ne desparte,
doar marile si-oceanele sunt poduri um-
[blatoare

intre oameni si'ntrre popoare...

Dacoromanica-mi inima bate, tresalta,
de dorul de-a fi cu totii loalalta,
subt aripile-aceleas destin si noroc,
din fruntarile Mexicului pana 'n tara de
[foc;

pe-oriunde e Doamna omenia si mila,
din Cuba si-Antile pan'deaparte 'n Manila,
dela soare-rasare pan'la soare-asfiate,
pe urme de rotunde, romanice cuvinte,
ce dau-ne aripi pe drumul cel greu,
spre toate minunile lu Dumnezeu,
iuti aripi, ca de pasere maiastrea,
din Pacific pan'la Marea Neagra-a noas-
[tra...

Daca-am fi cu totii impreuna,
ne-ar mai putea sbuciuma vr'o furtuna?
Crietul din Rusia smintita si oarba,
ar mai putea suflarea sa ni-o soarba?
Calai rosii-galbeni, mai visare-ar oare
sa le cada pamantul intreg la picioare,
si ca 'ntr'a iadului teribila tinda,
spre lanturi brate sa si-le intinda?
Iar multumile carbe, si surde, si mute,
ciubotele hoardelor sa le sarute?

Cind suntem aceiasi la grai si la chip,
la ce mai cladim pe noroi si nisip,
cu inima de tihna si petreceri, flamanda,
cu fialele rosii, la panda:
[fiori sa ne'nfrigure,
pe fruntarii nesigure? ...

Cu Roma lui Crist, si-a lui Cezar, in frunte,
cine-ar mai putea la noi sa se incrunte,
cind osti far'de numar ar salta in picioare
si'n sbor ar porni spre hotare,
cu piepturi de flacari, cu armele gata,
din Marea Neagra pan'n Mar del Plata!

Dacica-i pietroasa noastra carne milenara,
ce ne aprinde si infioara
si stie ranile sa ni-le lege,
dar Roma ni frunte si lege,
si-alb sbor de porumb
ca'n Galia de ieri, ca'n lumea lui Co-
[lumb,

pe unde se revarsa—ceresc Amazon—,
graiul lui Lope si-al lui Calderon.

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

Anzii, Pirinei si Carpati de paine,
vor putea satura omenirea de maine?
Ca pom langa pom,

sa vietueasca in pace si om langa om,
ins sa nu mai fie descult si flamand,
subt cerurile Domnului de-acuma nicaand?
Cutitul sa nu se mai manje,
si nici baloneta, de sange?

Din fundul abisului, cu moartea in piept,
chemare de frate spre noi azi indrept:
Cuvantul in lume e aevea unealta
ce'ntruce'n putere pe oricare alta!
Al vostru cuvânt de ce nu s'aude
peste zilele noastra amare si crude,
când neamul meu, care luptat-a atat
se abate si sângera cu cutitul la gat?!

Suflete al meu nu contini sa sameni
pacea dreapta intre neamuri si 'ntre oa-
[meni!

Cu putinatatea si cu cenusiul tau nume,
canta Romacea de peste timp si lume!
Gloantele-alianului, roaga-te sa le'ntoar-
rugaciunile li sori din noi! [ca'napoi,

Roaga-te Domnului: sa cada departe,
unelele rosii, putatoare de moarte,
iar noua, parinteste sa ne'nprumute
armele lui nevazute.

Si tara mea romaneasca,
de alt prapad s'o pazeasca!

Nu s'aud din Carpati, dela Dunare,
chiote de moarte si de nesupunere,
intr'o limba ce-si trage armonia si-aroma
Nu s'aud vete si urlete 'n vant
ca de-Apocalips si de cutremur de pamant?
Nu-l intrezariti pe cruntul, noul Gengis-
[Khan,

ce sburda sa treaca—urias uragann—,
armasul de foc sa si-l scalde
in ale Tibrului ape line si calde,
si in salbatica-i trecere,
cu sprintene seceri, omenirea s'o sece...

Si cloacul sa si-l implante, ca dus de ci-
pe Capitolul din Washington!... [don,

Iar caii plecati ca p'crivet, din stepe,
in Oceanul Pacific sa si-i adepel...

Subt vanturile rosii, cari mereu te adorm,
te scoala, pamantule, din somnul enorm!
Sa nu se gaseasca prapadul, ca'n vise,
cu manile goale, cu portile deschise!

Prind ale lumii inimi sa degere
si nu mai e, Doamne, ragaz de alegere?!
Vrei ca la ntaila cataclismului goarne,
pamantul in hauri sa se intoarne?

Ca de pe-o culme de salbatic Horeb,
cu ochii spre ceruri, eu nebun Te intreb:
esti Tu oare, Doamne, ce ne-alungi ca pe-o
spre Judecata din urma?!

[turma,
din Roma ori de dincolo de Roma?

Madrid, Mai 1954.

ARON COTRUS

FREDERIC MISTRAL

(Urmeaza din pag. 1.)

lui Mistral sa cunoasca si limba romana. Primise volumul "Albastru" al lui George Tutoveanu si in scrisoarea prin care-i mul-
tumea de atentie, facea unele observatii a
caror justeta faceau dovada ca Mistral se
familiarizase cu genul specific al limbii
noastre. Scrisoarea era intovarasa de doua
fotografii, una reprezentand pe poet si alta
casa poetului de la Maillane.

Si acum dupa patruzeci de ani, retraiesc
acea scara cand intr'un oras din Moldova,
in tara de margine a latinitatii, faceam
privighiul marelui poet si animator al
ideei solidaritatii latine.

In 1859, Frederic Mistral termina poema
"Mireille". Era un tanar de 29 de ani, care
il lusea misiunea de a salva limba pro-
vensala, limba care in evul mediu era lim-
ba trubadurilor. Incepuse o lupta impotriva
cursului neindurat al timpului, se incume-
ta sa redea limbii provencale pe care o mai
vorbeau doar pastorii si taranii, toate tit-
lurile de nobleta literara. Pentru Mistral,
limba provencale era cenusareasa din po-
veste. Daca ar fi fost marant de o ambitie
literara, putea folosi limba franceza pe
care o stapaneau, cunoscandu-i toate taine-
le, dar din imensa lui iubire pentru Pro-
vence, sacrificia posibilitatile pe care i le
oferea o limba de ampla raspandire, pre-
ferand o limba careia il trebuia sa-i redea
supletia si bogatia retinuta a unei limbi li-
terare. In "Calendal", intr'un vers, Mistral
face aceasta marturisire: "L'amour suprême
est dans le sacrifice extrême".

Miscarea literara a Felibris din care
faceau parte Rommanille, Aubanci, Paule
Arene, Felix Gras, nu ar fi izbutit sa im-
puna limba provencale fara genul lui Fre-
deric Mistral. Ani de zile a lucrat cu o grija
aproape religioasa fiecare cântec, fiecare
vers al poemului "Mireille" pe care când a
sfarsit-o, a trimis-o lui Lamartine. Impre-
na pe care a produs-o, a fost covarsitoare.
Entuziasmat, Lamartine a consacrat necu-

noscutului poet Mistral, un numar din
"Cours familier de littérature". Sunt unele
din cele mai frumoase pagini scrise de La-
martine, criticul fiind cucerit de poezia
ampla, senina, de o prospectime de emotie
si incomparabila limpezime, incat sub vraja
acestei creatii, face poetului de la Maillane
aceasta profetie: "Le parfum de ton livre
ne s'évaporerait en mille ans".

*Je chante une jeune fille de Provence,
Dans les amours de sa jeunesse,
A travers la Crau, vers les mers, dans les
Humble écolier du grand Homère [blés,
Je veux la suivre, comme c'était
Seulement une fille de la glèbe.
En dehors de la Crau il s'en est peu parlé.
Bien que son front ne respicendit
Que de jeunesse; bien qu'elle n'eût
Ni diadème d'or, ni manteau de Damas,
Je veux qu'en gloire elle soit élevée
Comme une reine, et caressée
Par notre langue méprisée...*

Asa incepea poema aceasta, cântecele
succedându-se ca temele unei simfonii a
iubirii unei fetite, iubire intensa si nepri-
hanita, inecronata de moarte, ca si când
destinul nu cunoscut alt nimb al iubirii
desararite decât moartea. Versurile din
Mireille, inourate ca florile de câmp, ra-
man in amintirea noastra, ne dau nostal-
gia de a le reciti si a le regasi in toate
prospectimele lor lirice.

In 1939 poema Mireille va sarbatori cen-
tenarul, si chiar pentru suferinta noastre
uscate, care incearca sa-si acopere incapa-
citatea de emotie prin afectata pretuire a
criptogramelor zisei poezii pure, poema lui
Mistral pastreaza intacta toata melodia
care a fermecat pe Lamartine. Acordul
dintre emotie si fluiditatea cuvintelor, are
factura clasica, de aici puterea creatiei
literare a lui Frederic Mistral de a invinge
forta nimicitoare a timpului.

In Xavier Vallat "Charles Maurras No-
d'érou 8.321", carte in care autorul no-
teaza conversatiile avute cu Charles Mau-

rras in inchisoare, gasesc aceste observatii
ale celui mai fervent discipol al lui Mis-
tral: "Maurras me dit l'importance que
donnait Mistral au chiffre 7, qui était le
nombre des fondateurs du Félibrige à Font-
Ségugues. Ses grands oeuvres: Mireille, Ca-
lendal, Nerte, La reine Jeanne, les Poèmes
du Rhône, les Iles d'Or, s'espacent de sept
ans en sept ans. Son journal "L'Aioli" pa-
raissait les 7, 17 et 27 de chaque mois. Les
grands Jeux Floraux étaient septennaires.
Il me fit remarquer un jour que son pré-
nom et son nom provençal, Frederic Mis-
tral, comptaient chacun sept lettres".

In amintirea lui, Frederic Mistral ne da
aceasta interesanta indicatie: "Ma mère
m'a toujours dit qu'elle avait voulu me
donner le nom de Nostradamus, d'abord
pour remercier la Mère de Dieu, ensuite
pour souvenir de l'auteur des Centuries,
le fameux astrologue natif de Saint Rémy.
Seulement, ce nom mystique et mirifique,
n'est pas? que l'instinct maternel avait si
bien trouvé, on ne voulait l'accepter ni à la
maire, ni à la cure".

Persistenta credintilor stravechi in cores-
pondenta misteloasa dintre litera si nume-
re si existenta acestor credinte in sensibili-
tatea lui Mistral, este explicabila in atmo-
sfera incarcata de traditii medievale ale
unui sat din Midi. In epoca când Avignon
a fost resedinta Papilor (1309-1377), in
Provence existau infortioare comunitati
evreesti, in sanul carora erau invatati Ka-
balistii. Precum se stie, Kabbalah este un
sistem teosofic complet interelat pe sim-
bolismul literelor numelor si numerelor.
Stinta Kabbalistica a literelor a primit for-
ma ei definitiva in Spania, in secolele XI
si XII. Este logic ca influenta Kabbalistilor
sa fi durat in traditile, in superstitiile po-
pulare, evident pierzându-se originile, in
momentul in care se produsese integrarea
in masele populare. Fara indoiala ca Fre-
deric Mistral avea credinta in rolul pe care
il juca cifra 7 in existenta lui, dovada ca
pe mormantul lui se gaseste o stea cu sapte

colturi. In interpretarea Kabbalistica, litera
ebraica Zain ii corespunde cifra 7, care re-
prezinta ideea fortei. A fost numai credin-
ta in rolul cifrei 7 care determina o spa-
tiere de un egal numar de ani intre marile
lui opere, sau elaborarea fiecarei opere li
impunea o indelungata consumatie de
timp? Pe o straveche credinta se suprapu-
nea vointa lui de perfectie. Fara indoiala
ca inspiratia este decisiva in creatia li-
terara, dar cealalta vine tumultuos, produs al
asociatiei ideilor, al emotiilor, al imaginilor,
necesita acea munca rabdatoare si migra-
loasa de ordonare, pentru a da expresia
exacta si a stabili ideala corespondenta in-
tre continut si forma. Pentru aceiasi No-
tune avem mai multe cuvinte, dar fie-
care reda o nuanata; ori expresia exa-
cta a ritmului emotiv, impune un singur
cuvânt, un singur epitot, o singura imagi-
ne, care sa fixeze in cadentele unei fraze,
tot cealalta este trecator in transa inspira-
tiei. Clasicismul unui scriitor se evidentia-
za prin ostilitatea fata de excesul verbal
si fastul imaginilor care acopera putinata-
tea unei sincere emotii, prin eliminarea a
tot ce este secundar, accesoriu. Aceasta in-
tra in tehnica literara a scriitorului de
factura clasica. Exista o lupta pe care ori-
ce creator trebuie s'o duca, spre a stabili
un echilibru in expresia literara a com-
plexitatii actului gândirii sau emotiei fata
de simplitatea verbului corespunzator ace-
stui act. Anii care-i necesitau lui Mistral
pentru a compune una din maelele lui
opere, sunt o indicatie a severitatii cu care
isi judeca tot ce redacta sub impulsul in-
spiratiei. Vinul de mare clasa are nevoie de
sapte ani pâna sa se aseze spre a capata
bucetul, culoarea, gustul. Intre cealalta
svărlim pe hârtie sub dictarea inspiratiei
si forma definitiva, intervine munca de
atelier; exuberanta primei redactari, tot ce
este stufos, desordonat, trebuie revazut.
Aa cum gradinarul pliveste balarile care

(Urmeaza pag. 3.)

FREDERIC MISTRAL

(Urmeaza din pag. 2.)

inabusa florile, scriitorul trebuie sa elimine expresiile necorespunzatoare, imaginile false, metaforele nepotrivite, spre a nu altera ritmul emotiei, inlesnind maximum de sugestie fiecarei fraze. Daca am folosi terminologia lui Nietzsche-spirit apolinic sau echilibrat, spirit dionisiac sau desechilibrat-Frederic Mistral a creat sub egida spiritului apolinic. Exista in limba greaca un cuvânt, *sophrosyné*, care are un sens cu mult mai cuprinzător decât cuvântul temperanță. Într-un sens larg înseamnă raționalitatea regulată a vieții, o atitudine calmă și modestă care exclude exagerarea în expresia emoțiilor. Ideea exactă a acestui virtute o putem avea privind sculptura greacă din epoca cea bună. Simplitatea basoreliefulor funerare în care durerea are un fel de majestuoasă retenție, semnalul vag nuanțat de dispreț pe care sculptorul a dat-o lui Apolon care ucisese șarpele Python, sunt tot atâtea materializări ale acestei virtuți designate de cuvântul *sophrosyné*. Spiritul clasic este ostil acelei curiozități neliniștitoare și a tot ce este de natură sa risipească spiritul, să-i turbure armonia. Disciplina temperanței spirituale da demnitatea calma, fara încordare nici ostentatie orgoloză. Aceasta virtute designata de *sophrosyné*, o avea Frederic Mistral. Intre opera și existenta lui exista o splendida armonie. În Maillane, Mistral era doar un gospodar înstărit și ducea o viață liniștită, împartindu-și timpul între preocupările lui literare și administratia miciei proprietăți. Câte odata intra în cafeneaua din Maillane și juca o partida de carti cu câte un bătrân țărăn. Era mijlocul pe care îl folosea pentru ca sa-si imbogătească cunoștințele asupra legendelor și credințelor populare. Toti acesti bătrâni țărani formau pentru Mistral, arhiva vie a trecutului. Tovarasi lui la o partida de carti, erau contrariati de stângăcia pe care o arăta în timpul jocului. "La versuri, treacă-mearga, dar la carti nu pricepi nimic", îi spuneau câte unul. Si Frederic Mistral râdea cu bunătate. Dar ce bogătie interioară poarta avea un om, ce integrat trebuia sa fie Frederic Mistral poeziei, dacă existenta într-un sat i se pareă cadrul cel mai potrivit vieții lui! Adesea am făcut o apropiere între Mistral "umilul ucenic al lui Homer", și provensalul Jean Henri Fabre, acel mare entomolog, caruia i s'a dat titlul de "Homerul gândacilor". Ca și Mistral, Fabre nu s'a miscat din satul lui, Sérignan. Intensitatea vieții sufletești se face surd la chemările din afara, universul interior reduce la justele lui proporții, tot ce este exterior. Reversam asupra lucrurilor și oamenilor tot ce avem în noi, ideal sau material, nobil sau vulgar. Adrien Hebrard, unul din marii gazetari francezi, spunea: "dans l'amour, comme dans les auberges espagnoles, on trouve ce qu'on y apporte". Si în spațiul în care se desfășoara existenta noastră, gasim ceia ce aducem, adica ce avem în suflet. Sensibilitatea noastră revărsa asupra peisajului ca și asupra oamenilor, poezia sau trivialitatea pe care o avem în noi. Casuta din Maillane, oamenii, arborii, pomii din grădini, îi erau familiari, totul îi vorbea sufletului lui Mistral, totul îi stimula gândirea, îi invita la acea divină călătorie în lumea imaginatiei. Din aceasta legătură între realitatea umile ale unui sat din Provence și înaltimile visului, s'a zămislit splendida opera a poetului Mistral. În Maillane l-a găsit premiul Nobel pentru literatura. Incorporarea operii lui, a scotit ca revine întreaga Provence și lui iubite. Premiul a fost consacrat muzeului din Arles, creatia lui Mistral. Fiecare obiect din acest imens muzeu a fost achiziționat de poet și fiecare eticheta este scrisă de el. Străbătând săliile muzeului ai senzația ca participi la viața poporului provensal, raționalitatea obiectelor expuse este făcută cu atât de artă, încât pierzi noțiunea timpului, totuși aparand ca o sugestivă negație a curgerii nefășite a timpului. Odata pe săptămână, Mistral venea la Arles și toate zilele o consacra muzeului care lua valoarea unei patetice confesiuni: poetul își spovedea iubirea pentru Provence. Muzeul alsacian din Strasbourg, făcut de Dr. Bucher în 1907, este inspirat de muzeul din Arles. Acțiunea lui Mistral de renaștere a limbii provensale, nu s'a limitat aici. Cum Geneva nu era tradusă în limba provensală, a decis să acopere această lipsă, traducând în fiecare an un capitol, pe care îl publica în "Almanachul Provençal". Traducerea a început-o în anul 1880 și a terminat-o în 1908. Muzeului din Arles îi corespunde ca o completare, dicționarul limbii d'oc, la care a lucrat zece ani. Aceasta opera monumentală, indispensabilă oricărui romanist, Mistral a intitulat-o "Trésor des Felibres". Fara să fie un filolog în accepția profesorală a cuvântului, Fr. Mistral a lucrat cu disciplină științifică a unui adevărat romanist, caudant sa redea viața fiecărui cuvânt, să-i redea afinitățile, variațiile de sens după regiuni.

Si din Maillane a pornit ideea unei soli-

darități latine. Les Grands Jeux Floraux erau de fapt momente festive ale regisirii reprezentanților tuturor popoarelor ieșite din tulpina română. În lucrarea pe care Marius André o consacra vieții lui Mistral, se dau o serie de date interesante asupra activității poetului în direcția străngerii legăturilor între reprezentanții literaturii tuturor popoarelor neo-latine. Marius André a lucrat la clasarea imensei corespondențe a lui Mistral și a putut măsura ce loc ținea în preocupările poetului, ideea solidarității latine. Pompiliu Paltanea pregătind un studiu mai vast asupra lui Vasile Alexandri, prin mijlocirea lui Marius André, a putut să cerceteze toate scrisorile pe care bardul de la Mircești le-a trimis poetului de la Maillane, animator al ideii solidarității popoarelor neo-latine. În 1878 când au avut loc "les Jeux Floraux", Mistral a scris una din cele mai inspirate poezii "Cupo santo", dar decernarea cupei poetului român Vasile Alexandri-ne-o explica Marius André-a fost datorită intervenției lui Mistral. Poporul român își câștigase independența pe câmpurile de luptă ale Balcanilor; printr-un gest eroic sfărâșase lanțurile vasalității și reîntra suveran în comunitatea popoarelor neo-latine. Mistral a fost calauzit nu de criterii estetice în decernarea premiului, ci de criterii politice în înaltul sens al cuvântului. Persistenta poporului român, izolat de blocul popoarelor latine în spațiul vitregit de toate uraganele istoriei, deșteptase admirația și simpatia lui Mistral. Un mare poet, un om de o înaltă spiritualitate, a ridicat într-o

tipicanti la banchet și totuși au cântat cu o vibranta emoție; imnul avea majestatea unui imn al întregii latinități.

Si în clipa acela, cei trei Români, veniți de pe malurile Istrului, ne-am simțit cu o patetică intensitate, făcând parte din marea și nobila familie latină. Când s'a sfârșit imnul, s'a făcut o tăcere religioasă, ca după rostirea unei rugăciuni. Paul Marion și-a rostit discursul în provensală. Umbra lui Mistral învinsese reticentele absurde ale ministrului educației naționale. Renasterea provensală nu reprezenta nici un pericol pentru unitatea spirituală a Franței, deoarece nu stimula un nationalism separatist care s'o sfășie. Cum observa cu fusteta Charles Maurras, "L'oeuvre mistralienne révèle une langue, un corps de tradition, de mœurs et d'usages qui ne présentent pas le moindre danger pour l'unité de la France, qui peuvent même aider beaucoup à réaliser la nation concrète du patriotisme français, et elle oppose une résistance énergique à tout ce qui voudrait nous déclasser, nous déraciner, nous niveler".

Dar nu numai aceasta spontana și merdionala manifestare a intelectualilor provensali-cea mai mare parte dintre ei deținând locuri de prestigiu în presa și literatură franceza-mi-a dat sentimentul prezentei animatoare a lui Frederic Mistral.

Pentru serbarile mistraliene, venisera din Camargue, acea insula formată între cele două brate, la imbucatura Ronului, pazitorii turmelor de tauri și crescătorii de cai. Sunt unele dintre cele mai pitorești figuri

lumii național românești, forma un blazon de autentică noblete a rasei.

Cimitirul de la Maillane este dominat de capela mortuara în care odihnește Mistral. De data aceasta, ministrul Educației Naționale și-a putut rosti discursul în limba franceza. Pastrez încă în memorie, din acel discurs, o formula fericit inspirată: "Ce n'est pas un tombeau, c'est un temple". Si cu inspirația unui adevărat merdional, a știut să rostească un discurs care a cucărit inimile pelerinilor. Dar Provensalii așteptau discursul lui Charles Maurras, elevul favorit, împreună cu Frederic Amouretti, al lui Mistral. S'a făcut o liniște atât de desăvârșită, ca pelerinii pareau incremenți ca și chiparosi. Charles Maurras s'a apropiat și a început sa recite din Mistral, în provensală. Redau o strofa, în franceza: "Ame de mon pays, Ame sans cesse renaisante—Ame joyeuse, fiere, vive—et de Goules pleines de soleil de la patrie ames pieuses". Vocea lui Maurras avea o solemnitate profundă, ca și când ar fi rostit o rugăciune. A fost, la început ca un acompaniament de soapte, apoi cuvintele erau rostite mai clar, mai puternic, ca un cor dintr-o tragedie antică care se apropie, amplificând sensul acestei pioase închinări la mormântul celui care daduse o majestuoasă renaștere, limbii miciei lui patrii.

Ame de mon pays—Ame sans cesse renais-

sante...

Si aici pazitorii din Camargue, cu chipu-

re aspre, aveau ochii umezi.

Nichifor Crainic m'a strâns de brat. Era

profund emoționat încât mâna îi tremura.

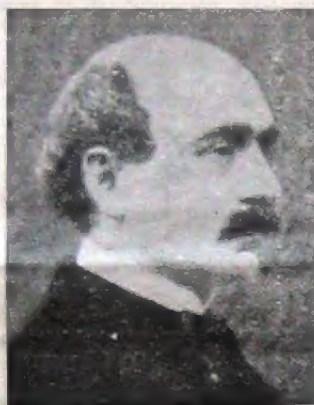
Mi-a șoptit: "Este o apoteoză unică. O comu-

niune a unui întreg popor".

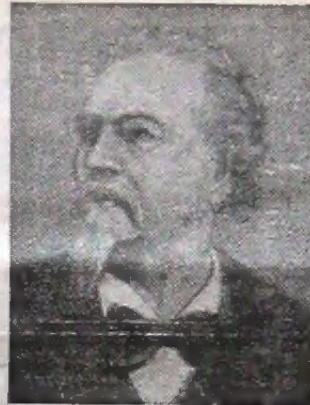
Sub stăpânirea impresiilor, rataceam pe ulitele satului Maillane. Un domn mai în vârstă, ne-a întâmpinat, rostind în românește: "Bine ati venit fratilor". Era asa de exacta pronunția, ca un moment am crezut ca este un Român. S'a prezentat, Aubanel. Era fiul poetului Aubanel, "le Reine du Rhône". S'ia câteva cuvinte românești, pe care le invatase de la tatăl lui, prieten cu Vasile Alexandri, de care-si amintea ca venise în casa parinților lui, când el era copil. Rostise în fata poetului "Latina ginta e regina". Amintirea lui Vasile Alexandri era vie la fiul poetului Aubanel...

Alea, capitala occidentală a imparatului Constantin, are un farmec unic; un amestec de majestozitate amintiri române și de poezie medievală. Vizităm muzeul, având de calauza un preot bătrân, trecut de șaptezeci de ani, dar asa de voinic, ca pareă sculptat în stâncă. Fusese profesorul de limba greacă al lui Charles Maurras. Evoca ani de școală al fostului elev cu atât de gingașie, îl lauda ravena de invatatura sprintenească inteligentă și finetă gustului literar. Isi amintea de o patrunzătoare analiza a Antigonei lui Sophocle, pe care o facuse strălucitul lui elev, pe cât de precoce, pe atât de muncitor. Cu o delicată atenție, bătrânul preot ne-a inițiat în farmecele orasului Arles, dând eruditiei de istoric ceva comunicativ, familiar. Straziilor strămate, întortochiate, inserarea le dădea o nuanță de mister. Pe nesimțite, conversația a revenit la Mistral. Soția lui Crainic a întrebat dacă s'ar putea gasi muzica cântecului "Cupo Santo". "Nu cred, dar exista alta soluție", a răspuns preotul. Si cu aceleas mers de om tânăr, bătrânul preot ne-a condus într-o librărie Stăpâna, o bătrânică, ne-a privit cu duioșie când preotul i-a explicat ce cautam. Preotul a cerut o coală de hârtie imprimată cu portative, a luat un stil și a adresat, în provensală, o rugămintă bătrânei. Dialogul era animat, dar pân la sfârșit, bătrâna a cedat. A tinut sa se scuze în limba franceza ca nu are o voce asa de frumoasă, dar ținea bucoasa sa ne faca plăcere. Si su o naturală plină de farmec, a început sa cânte "Cupo Santo", în timp ce bătrânul preot scria notele pe portative. Librăria era luminată de o lampa cu petrol. Vocea bătrânicii, caldă, cristalină, avea un accent de comunicativă convingere. În cercul de slaba lumina svârșit de lampa cu petrol, preotul aplicat asupra paginii pe care scria notele, bătrâna care cânta, pareau doua chipuri desprinse dintr-o veche stampană.

Frederic Mistral "cette grande source de poésie seraine" (Aquele grando font de poezie blănoasă), a carui deviza era "Luise tout ce qui est beau, que tout ce qui est laid se cache", a știut sa dea existenței lui impecabila armonie a unei poeme. Marele poet al latinității, în această epocă turburată, în care creatia literară este doar o crispatie a nervilor, ramâne ca un îndreptar al spiritului mediteranean. Marele lui ucenic, Charles Maurras, l-a caracterizat lapidar: "Dans une épiigramme sur Sakountala, Goethe dit à peu près: "Voulez-vous les fleurs du printemps? Voulez-vous les fleurs de l'automne? Prenez Sakountala". Nous pouvons dire cela encore mieux de Mistral: toutes les beautés de la vie ont été chantées par lui, et aussi tous les biens. Il est la puissance, l'ordre, la raison, la mystique, la foi". PAVUL SEICARU.



Vasile Alexandri



Frederic Mistral

binecuvântata de Dumnezeu cupa, plina de vinul pur al poeziei un imn:

*Dou passat la remembrança
Et la fe dans l'an que ven,*

amintirea trecutului și credința în anul care vine. Este deviza acestui continuator direct al lui Virgiliu.

Cu liniștea sufletească a celui care a meditat îndelung asupra vieții și asupra morții Frederic Mistral și-a desinat și supraviețuit construcția capelei mormântului. Invocatia pe care a compus-o, ne da explicatia omului și a operii: *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo et Provinciae nostrae da gloriam.*

În 1930, împreună cu Cezar Petrescu și Nichifor Crainic, am fost delegați sa reprezentăm România la serbarile centenarului lui Mistral. Pentru a lega prezenta noastră de marile noastre înaintași, dălecăm un basorelief reprezentând pe Mistral și Vasile Alexandri. Placa de bronz, depusa în muzeul de la Arles, purta inscripția: "Romanii din Dacia Traiana, lui Frederic Mistral".

Cunosteam Provence din 1927, când invitat de Charles Maurras, m'am dus sa-l vad la Martigues. Peisajul lui era familiar, dar nu cunosteam sufletul provensalilor și nu puteam sa-mi dau seama după un fanatic admirator al lui Mistral cum era Charles Maurras, de prezenta dominației a amintirii lui Mistral în sensibilitatea maselor. Imi era greu sa-mi imaginez ce reala era prezenta poetului în sensibilitatea provensalilor.

La banchetul prezidat de Dna Mistral și de Paul Marion, ministrul educației naționale din acea vreme, provensal și el, ca reprezentant al guvernului, Paul Marion a voit sa-si rostiasca discursul ritual în limba franceza. S'a produs o reacție unanimă a comensalilor, ministrul era invitat în provensală și somat sa vorbească în limba lui Mistral. Poziția ministrului era delicată. Dacă ar fi fost un discurs electoral, nu ar fi fost supărat pentru guvern, dar omagierea lui Mistral în propria lui limba, e probabil ca ministrul aprecia ca ar fi fost exagerată. Când se potolea furtuna vociferanților, Paul Marion își reîncapea discursul tot în franceza, pentru a provoca din nou tumultul. Acestui duinel inveterat, i-a pus capăt intonarea imnului "Cupo Santo". Erau peste trei sute de par-

ale Franței în "Arlesiana", cunoscuta piesa dramatică a lui Alphonse Daudet, transformată în opera muzicală de Georges Bizet, apare din departările pline de taină ale Camargue, un pazitor care deslantuie tragedia, prin plecarea Arlezianei. Subiectul și toată desfășurarea dramei, le-a luat Alphonse Daudet dintr-o dureroasă drama de dragoste al carei erou a fost chiar nepotul lui Frederic Mistral.

Pazitorii cântați de Mistral au venit calari. Erau peste o sută, și în fruntea acestui pitoresc escadron, erau contele Barancelli și poetul d'Arbaut (un mare scriitor de limba provensală, din care s'a publicat în colectia "Cahiers Verts" a lui Grasset, "La Bête de Vacaré", în care reda Camargue, cu toată atmosfera primitivă în care realitățile și legende se contopesc).

Contele Barancelli a avut ideea de a refăce rasa caloz sarazini, care supraviețuiau degenerată, luând asociat pe poetul d'Arbaut și a reușit ca în zece ani sa populaze Camargue cu o splendidă rasa de cai arabi. Erau tineri, mândri, dominatori, pazitorii veniți la serbarile lui Mistral, a carui poezie le era familiară, regasindu-si gândurile și sentimentele în poemele magicișului de la Maillane. Pelerinajul la mormântul lui Mistral, nu mai era o închinare a celor care au iluzia ca pot tintui în cuvinte nestatornicia timpului, mângâindu-se cu perspectiva de a supraieșii într-o pagină sau într-o strofa, ci era pelerinajul întregii Provence! Venisera din departari, din Avignon, din Toulouse, din Vaucluse, din Montpellier, din Carpentras, femeile purtând costumele regiunii. Frumosele Arlesiene, cântate de Aubanel, seduceau prin ritmul mersului, prin frumosea lor pieptanatură. Niciodată un poet nu a cunoscut un egal omagiu, plin de pietate. Si toate privilegiile se îndreptau spre cele două femei, alecaror costume aveau o noblete principiară. Soția lui Crainic și soția mea, participau la acest pelerinaj, în costumele naționale românești, care cucărisera admirația u n a n i m a. Charles Maurras, Leon Daudet, s'au înclinat, lasand sa treacă cele două Române, si cu o generoasă spontaneitate, au recunoscut incomparabila frumusețe a costumelor noastre naționale. Maramele, bogatia aristocratică a altitelor, frumusețea desenului, înbinarea culorilor, alimentau admirația celor doi. Pentru Maurras, coe-

HOMENAJE AL EMPERADOR TRAJANO

POT VASILE PARVAN

Hay Parentalia. Los vivos conmemoran a los muertos. Este es un deber sagrado, que se han impuesto los mortales desde el momento mismo en que han pensado en la muerte: el silencio pétreo en que de golpe caía la vida era tan horroroso, que para la mente temerosa de los mortales la muerte no podía ser otra cosa que un sueño profundo. Un sueño inacabable en el que sería posible que los de allá dejasen de soñar y de desear a los seres queridos y a las cosas abandonadas aquí. Si los de aquí hubiesen olvidado, desamparando en la gran oscuridad subterránea, los de allá hubieran padecido y sus almas doloridas habrían montado en cólera, y la cólera de los muertos podría ser blasfemia y causar la perdición de las obras de los vivos.

El recuerdo a quienes han muerto recientemente produce todavía pena. La tristeza es la música de la que nace el pensamiento de los más. Los muertos de antaño ya no producen en los vivos ni deseos, ni dolor. Su recuerdo es apenas pálido pensamiento. Y este pensamiento, este recuerdo frío, necesita toda la sangre viva del que recuerda para resucitar completamente.

Así son los aniversarios de los muertos. Los vivos tratan de compartir con los muertos la alegría o la tristeza contemporáneas. Es el esfuerzo que hacen para glorificar a los eternamente dormidos, a fin de alabar o de denigrar a los contemporáneos, comparándoles con aquéllos.

Conmemoramos, pues, a los fundadores. Mil ochocientas veces se han secado las flores crecidas sobre sus sepulcros. Mil ochocientas veces se han levantado por entre la nieve delgada de la primavera nuevas flores frescas.

Hay Parentalia. Los hombres nuevos, floreciendo a la gran luz de la vida, se inclinan piadosamente hacia la tierra, donde duermen los antepasados de cuya fuerza han nacido y crecido los hombres nuevos, como las flores nuevas salidas del polvo de las flores viejas.

En la conmemoración a los muertos está la conciencia de la eternidad, de la vida en general; está también el dulce consuelo del recuerdo que aún después de miles de años envuelve piadosamente las pálidas imágenes de aquellos que en cada generación son segados y ya no vuelven nunca. Y la vida pasada, enlazada perenne y vivamente a la vida presente, triunfa sobre la muerte... en que se ha sumergido... como un viajero en la niebla espesa.

Pero nosotros, los solitarios, morimos. Y con nosotros muere todo lo nuestro. Muere el dolor. Muere el cuerpo humano: el principio de la belleza del mundo. Muere el pensamiento y el recuerdo. Y muere también el mármol, al que hemos infundido nuestra alma. Sus heridas ya no sangran y no la matan; por el contrario, vive aún más ardentemente, en los minúsculos fragmentos de su cuerpo mutilado. Pero también el mármol muere por las heridas causadas por el tiempo. Muere también su alma a causa de la incompreensión de los hombres. Y no hay nada tocado por nuestras manos o nuestros labios que no muera.

Pero con tus ojos grandes, profundos y dulces, divina Clio, bade del artístico pensamiento, miras a través del hombre la creación de otro mundo, muy diferente del áspero, cruel y mortal, que los dioses han creado. Con el cántico épico glorificas y con el cántico lírico consuelas a tu hijo predilecto, el hombre, hecho con el alma de cielo y el cuerpo de tierra, y tú, mansa y bondadosa, cuentas... lo que ha sido la vida de los hombres.

Tú, Clio, coges sobre los sepulcros las flores secas y las vuelves a la vida frescas y deslumbrantes, como la seahicoria en las praderas, con el rocío de la mañana. Tú, Clio, calientes con tu fuego los cuerpos de los durmientes eternos y los vivificas; ellos viven de nuevo intensamente en su mundo e irrumpen llenos de vida en el nuestro, con la sangre resbalando sobre sus armaduras, con la pasión aún encendida en sus miradas, con el vigor aún rebosante en sus brazos. Y entre nosotros, hombres débiles, pasajeros, la inmortalidad desciende como un rayo del cielo. Deslumbrados por la inmensidad de los ecos encendidos por los eternos creadores de luz, nosotros, hijos de un instante, brillamos iluminados con todo el resplandor de las almas humanas fusionadas todas, desde el primero que vivió hasta el último que vive.

Pues si no fueras tú, Clio, nos arrastraríamos como los gusanos en el lodo, en la oscuridad de una vida única, con mañana y tarde, con día y noche. Sólo tú nos haces vivos, sólo tú nos elevas por encima de

nosotros mismos, sólo tú nos reúnes, Clio, gloria a tí!

Los bosques palidecían. Como pájaros fatigados caían lentamente hacia la tierra las hojas acariaciadas por el último beso del sol otoñal. Por las aldeas de Dacia corrían rumores de próximas venganzas romanas. Los comerciantes del Mediodía llegaban cada vez en menor número; y los que osaban aún penetrar en la profundidad frondosa de Dacia miraban temerosos alrededor, vendían rápidamente las mercancías y se marchaban sigilosamente. Los rehenes y los fugitivos romanos, al servicio del rey dacio, trabajaban afanosamente en las fortificaciones, construían muros y cerraban los valles que conducían al Danubio; levantaban fortines, reparaban fortalezas, construían máquinas de asalto, fabricaban armas. Las mujeres estaban preocupadas y los varones taciturnos. La tranquilidad era severa en todas partes y las órdenes del rey se cumplían rápida y rigurosamente.

Cuando los copos de nieve empezaron a caer, cada cual sabía que en la primavera podría haber lucha. Todo estaba preparado. Los jóvenes que quince años atrás habían dado al soberano del país las primeras de sus victorias en el suelo del Imperio, ahora eran ya hombres adultos en la

rey Decéballo. No había sido la fuerza lo que había faltado a la gran nación dacia, sino la unión nacional. Así como los príncipes macedonios, celosos de su autonomía, esperaban la llegada de sus Filipo y Alejandro, para realizar la unión nacional, del mismo modo los príncipes dacios, soberanos de las múltiples regiones situadas entre los tres ríos, esperaban al hombre genial que con mano de hierro los uniese en la gran lucha por una misma Patria. Y Decéballo era ahora como Filipo; sin embargo la suerte no quiso que le siguiera un Alejandro.

Desde las altas montañas de nuestro gran Burgo se abarcaba con la mirada, en los días claros, toda la llanura extendida alrededor, hasta el Tisa, el Danubio, el Nistro y el Mar Negro.

Así como el hombre del mar no se tranquiliza hasta que pone límites terrestres a sus correrías sobre las aguas, fundando puertos y estaciones alrededor del dominio acuático y anejándole todo lo que constituye la frontera seca, del mismo modo el campesino y el hombre de la estepa no descansó hasta que pudo dar frontera natural de montañas defensivas a sus campiñas sembradas de cereales y de huertas.

Miles de hordas escitas, sármatas y eslavas embistieron con ese propósito nuestra fortaleza sobre el Nistro, y gotas de sangre bárbara han caído y abonado nuestra tierra, fructificando cada una, según

formaban cadena. La diseminación de nuestra nación sobre el terruño legado por nuestros antepasados, ofrece hoy el mismo cuadro etnográfico, incluso en esta parte meridional, que presentaba el país dieciocho mil años atrás.

Pero en la época de Decéballo, la orilla meridional del Danubio tenía otro dueño, muy diferente del que había en la época de Burebista. Frente a Decéballo estaba Roma. Y Roma no sabía obedecer a nadie. La lucha por el cinturón de plata, el Danubio, tenía que ser tan cruenta y tan larga como lo había sido antes la que se levantó por la posesión del Rin, cinturón de oro.

Arden los cuerpos, como hogueras, en la llama encendida en las almas fuertes que la abrasa. Se consume la fuerza vital de las naciones en tanto sacrificio de sangre, que un incontenible deseo de victoria exige inexorablemente de todos los luchadores. Pero, así como el joven empuña con brazo vigoroso el arma caída de las manos del anciano debilitado por los años, también las naciones jóvenes, con alma de niño, cautivadas por el alma grande de la nación siempre vencedora, empuñan a su vez las armas para defender con su sangre joven, con sus fuerzas frescas e intactas, el gran ideal que ahora es también de ella.

Cuando, a causa de la pusilanimidad del último Flavio, las águilas romanas se rindieron vencidas en el Mediodía, dejando todo el Danubio al hálcon dacio; cuando Italia, debilitada, se arrodilló ante la Dacia invasora impetuosa, España romana se hizo cargo de la dirección de la lucha por el honor, el poder y el triunfo de la madre Patria. Por el cinturón de plata luchó entonces un español con alma joven, con fe inmovible, con esperanza inquebrantable; luchó como en los tiempos antiquísimos de la fundación de Roma, cuando el poderío romano se galvanizaba más en las derrotas que en las victorias; luchó, con la voluntad firme de cumplir lo resuelto por Roma eterna, aunque costara un siglo de lucha y un océano de sangre.

El que mandaba entonces las armas romanas era un hombre tranquilo, silencioso, sensato, modesto. Si figuraba entre los que en el Senado Romano decidían la suerte del mundo, esto lo debía únicamente a su padre; pues su abuelo probablemente ni siquiera había hablado correctamente la lengua romana. El era un soldado, como su padre; un soldado que había llegado a general y no otra cosa. Por lo demás, aunque de gobernador de provincia había llegado a ser Emperador, era siempre un hombre del pueblo; persistente en el trabajo, despreciador de los deleites corporales, infinitamente respetuoso con los brillantes senadores romanos, con el esplendor del arte oratorio de Roma. Su provincia, gobernada enérgicamente por él, se había agrandado tanto que ya abarcaba todo el Imperio. Pero el alma del general era la misma del gobernador provincial, del "no romano", tímido y respetuoso con Roma; y se sentía profundamente molesto, como que carecía de vanidad, cuando la gran urbe se prosternaba ante él. Desdeñarla no podía; dominarla no osaba. Durante toda su vida no pudo ser de otra manera. El Senado Romano vivió entonces dos decenios en que pudo vanagloriarse de que todavía pesaba algo en las decisiones que imponían al mundo grandes transformaciones territoriales.

Nosotros, los mortales, somos grandes, no por haber encontrado un gran pensamiento algún día de mucha suerte, sino por la prosecución constante durante mil días consecutivos de un pensamiento único que constituya la base de la vida creadora: el ideal. Y nuestra alma crece, se multiplica con cada pensamiento que cogemos diariamente en su vuelo hacia la nada y lo fijamos como si fuera una piedra tallada para un monumento en nuestra obra única, en nuestro único ideal. Ahora bien: cada uno de nosotros, en un solo día, con un solo pensamiento, es más débil, más pobre, más impotente en lo que atañe a la vida eterna que el simple labrador y que el cargador en el puerto, cuya vida está constituida por la unión estrecha de todos los días de su vida en un solo y único deber: el trabajo. Nada es más grandioso ni más sublime que el amor continuo, incansable hacia el pensamiento único. El hombre iletrado recoge los pensamientos cotidianos, los retoca y modela según las necesidades de la gran obra que le preocupa y, encerrándolos junto con la vida misma, con su anhelo mismo, él crea una vida nueva de la vida pasada roída por el tiempo.

Así era el iletrado español Emperador de Roma: grande, sencillo, prudente, clarividente. En el transcurso de un día cual-

(Sigue en la pág. 3.)



plenitud de sus fuerzas. Sus hijos también estaban crecidos, prestos para empuñar las armas. Durante quince años la suerte de la guerra había favorecido a los dacios. Desde las selvas vírgenes de Suavia sobre el alto Danubio hasta las montañas partas, que bordean las aguas del Tigris, el nombre del poderoso rey, Decéballo, era repetido con respeto y sumisión. Los embajadores dacios iban al Occidente y al Oriente lejano, ante los reyes de los pueblos germánicos, sármatas, escitas, armenios y partos, llevando mensajes de lucha, de resistencia acérrima y de ataque continuo frente a Roma.

Desde tiempos inmemoriales, los dacios vivían en esta tierra abrazada por los tres grandes ríos, con la gran fortaleza natural construida por los dioses en el centro mismo del país, con montañas por los cuatro costados. No eran una pobre nación nómada, como sus vecinos los germanos sármatas. Tampoco eran una nación bárbara, como las innumerables tribus del norte, pantanosas, pobres y frías. Los dacios eran sedentarios, organizados e ilustrados y estaban relacionados con la vieja civilización helena. Tenían las más avanzadas creencias idealistas en la inmortalidad, poseían una tradición milenaria respecto a la vida social y a la organización del Estado, con un nombre glorioso en la lucha por la libertad contra todos los poderosos vecinos de alrededor, con la incomparable epopeya de la unidad nacional realizada por su rey héroe, Burebista.

Su pasado glorioso de casi dos siglos atrás alumbraba ahora también la ruta del

su estirpe, en el margen oriental de la Patria. De la misma manera, miles de hordas germanas, yázigas y húngaras han embestido nuestra fortaleza sobre el Tisa, y las gotas de su sangre han manchado nuestras llanuras occidentales, fructificando cada una según su estirpe, penetrando incluso por los pasos de las montañas hasta el interior del Burgo de nuestra Patria.

Pero de la seguridad defensiva de las fronteras nace también el deseo de conquista. Nuestras miradas escrutadoras, dirigidas desde las cumbres de las montañas hasta más allá de los ríos fronterizos, incitaron también nuestro anhelo de adquirir tierra extraña. Y donde la vigilancia era más severa y fuerte, allí se dirigía nuestro ardiente e irresistible deseo de conquista. Desde que existió la estirpe dacia y luego la rumana, nuestro río, el Danubio, al salir del valle panónico, vio siempre una misma nación, la nuestra.

Pero lo que nosotros hemos deseado, lo han deseado también los hombres del Mediodía. Las aguas no son únicamente fronteras, sino también rutas, vías de comunicación. Y las naciones han luchado siempre para asegurarse el dominio de las grandes rutas.

Así como la cuenca de un río se ve poblada por una misma nación, también el dominio de un río ha de pertenecer totalmente a un mismo dueño. El rey Burebista había poseído ambas orillas del gran río. El rey Decéballo ha tratado de asegurar nuevamente esta dominación. Era su derecho, pues desde el valle de Moravia hasta la orilla del Mar Negro, las naves dacias

Homenaje al Emperador Trajano

(Viene de la pág. 4.)

quiera, el más insignificante senador de Roma hubiera sido quizá más capaz, más brillante, más digno de llevar la púrpura. Por esto, para la solemnidad de un día, Ulpio Trajano, el Emperador, pedía al erudito e ilustrísimo senador Licinio Sura que le redactara el mensaje de apertura y los inútiles discursos que engañan la mente superficial de los mortales.

Sin embargo, para la hazaña de los mil días, para consolidar por varios siglos el Imperio, que cruja, el ilustre Licinio Sura había aconsejado en el momento difícil al blando y débil Cocceio Nerva, senador disfrazado de emperador, que echara sobre la espalda del sencillo, modesto e iletrado Ulpio Trajano, el provinciano, la enorme carga de un poder resquebrajado, cuya salvación requería el sacrificio sin fin de víctimas humanas inmoladas en luchas victoriosas o destrozadas por las cadenas de la esclavitud.

El hombre cree que la naturaleza, para complacerle, torcería sus leyes, dándole otro curso nuevo o llevándolas por caminos que, en nuestra débil experiencia, nos parecen factibles, por lo menos accidentalmente. Esto, sólo porque el aspecto material, palpable, de los acontecimientos humanos, cubre la esencia misma de los hechos, como cubriría una cara más horrible un alma angelical y oculta ante nuestros ojos, poco escudriñadores, la esencia de la vida serena, indiferente, objetiva y única, que pulsa y vibra según sus leyes cósmicas, independientes de la voluntad humana.

Y este gran engaño arrastra a los individuos y a los pueblos hacia el padecimiento y la muerte. Un hombre golpea a otro para satisfacer su ira, pero la víctima muere y el agresor ha destruido su propia vida, porque queda excluido de la sociedad. Un pueblo está cercado por otro para que no pueda agrandarse; pero la nación cercada se extiende sobre la tierra circundante gracias a su genio superior de naturaleza pacífica. Décebalo luchó para hacer un Imperio unitario tracio-dacio y encontró la muerte y ocasionó la destrucción del país y de la vida política-social de su pueblo. Trajano destruyó Dacia para tener tranquilidad en la frontera del Danubio inferior y para conservar el romanismo al sur del río; pero en lugar de la tranquilidad, que no duró, nació una nueva nación, que vivirá aún cuando todo el romanismo se haya pulverizado.

Trajano trajo innumerables colonos para hacer un país romano dentro de las fronteras romanas, pero en ese lugar se formó un país dacio que sólo posee la lengua romana dentro de las fronteras dacias, y con alma dacia aborigen, que se conserva incluso en sus lejanos descendientes actuales.

Se puede cambiar por la fuerza la vestimenta de un pueblo subyugado. El conquistador puede imponerle incluso su idioma, sin el cual el vencido no podría vivir en lo más mínimo su esclavitud. El conquistador da las órdenes en su lengua y el vencido tiene que entenderlas o morir. Se puede cambiar incluso el nombre del pueblo conquistado, puesto que no es más que una cosa del conquistador. El vencido ha muerto para el resto de la humanidad; pero no ha muerto para las leyes eternas de la Naturaleza. Todas las matanzas posibles no bastarán para someter una raza sometida, pues ésta se dobla como el acero bajo el peso del invasor, y luego, poco a poco, vuelve a enderezarse, infiltrándose en la masa de los recién llegados. El conquistador llegado del país de los bosques y de los pantanos fríos, nunca construirá sus viviendas con madera ni cubrirá su cuerpo con pieles en el país de las canchales y del sol ardiente; amoldándose a las nuevas circunstancias, su casa, sus muebles, sus adornos, y poco a poco su alma, se adaptarán a los del vencido y su cultura se uniformará con la de los indígenas; al principio, débilmente, luego, muy semejante; modificada y amoldada a su idiosincrasia y a su fuego interno, en sus líneas generales, como en todas partes del mundo, será la cultura del país en que vive, no la del hombre inmigrado.

Como los robles, que sólo se extienden hacia cierta altura y latitud, los pueblos conservan, bajo nombres diferentes dados por las olas de las grandes ondulaciones raciales, las mismas regiones de antiquísimo arraigo entre las mismas fronteras naturales fijadas con detalle por la configuración geográfica impuesta por las aguas y las montañas. Mirad la raza de los celtas en lucha contra los germanos; luego la de los galo-romanos, después la de los franceses, y observar durante miles de años las fronteras orientales del pueblo, que a pesar de llevar sucesivamente los tres nombres predichos, conservan la misma frontera etnográfica. Mirad también las fronteras de los antiguos romanos hacia el sur y

luego esclavos; y mirad el aspecto del lago Adriático, rodeado totalmente por los romanos; desde dos mil años a esta parte su población racial no ha variado. Observar asimismo las fronteras etnográficas de los dacios de Burebista y Decéballo, y de los romanos de Trajano, el vencedor. Coinciden perfectamente. Observar a los tracios de los Balcanes en su predilección para la vida continental, dejando todo el litoral marítimo en manos de los helenos, y observar también a sus descendientes turanoc-slavos de hoy en la misma posición continental, con todo el litoral en manos de los griegos actuales. Si seguimos la orilla del mar infinito, desde las Columnas de Hércules hasta el desierto de Tanais, desde hace dos mil años hasta hoy, la misma lengua griega nos llegará al oído en la antigua Massalia y en la moderna Odesa. La montaña y el mar tienen sus hombres diferentes. Las costas del mar, con sus habitantes, son un anejo al agua, no a la tierra seca a la cual pertenecen. El Atlántico septentrional tiene por sus dos lados helados una misma raza dano-noruega; el Egeo, a los griegos. Las costas del mar Negro son un anejo del Mediterráneo y no de la Europa oriental. Los pueblos emigran, pero la cultura queda. Y como en la vida de los pueblos no es lo accidental, sino lo permanente lo que decide, esto es, no las continuas variaciones étnicas que entremezclan las razas y las revuelven y las empujan hacia el lugar de la partida cuando no se han perdido totalmente en la mezcla de la migración, sino que es la constante preponderancia del país básico con su raza primitiva, arraigada a la tierra que ella labra desde miles de años, con su cultura primitiva fijada por las leyes supremas de la Naturaleza, a la cual los habitantes posteriormente llegados tienen que someterse, adaptarse o perecer; esto es lo que decide sobre lo que en la historia universal se llaman, con tan poca comprensión, migraciones étnicas, formaciones culturales o aptitudes diferenciales de las razas.

Pues si la nación no tiene base étnica fija, porque en cada nación hay una infinita mezcla de razas fusionadas en las épocas antediluvianas; si la nación tampoco es la lengua, porque un mismo idioma pertenece a veces a muchos pueblos diferentes; y mucho menos puede ser un simple nombre, ya que éste podría ser impuesto por un puñado de conquistadores tiránicos; entonces, ¿no será esa expresión cultural creada por la influencia de la tierra sobre el hombre? ¿No es ella la realidad biológica del hombre modificada por la tierra en la que se ha establecido, de conformidad con las leyes inmutables, que lo modela a su manera, sea cual fuese su origen y su nombre? Entonces, ¿la idea nacional se nos ofrece como un estado de conciencia de carácter cultural, y la geografía humana demuestra, no con los hombres, sino con la tierra habitada por ellos, que existen culturas autóctonas por donde llegamos a advertir la realidad histórica de la nación autóctona, tanto tiempo desconocida y a menudo combatida? Por consiguiente, ¿puede aún ser considerado como un milagro el hecho palpable de que las fronteras así llamadas étnicas del pueblo del rey Decéballo son tan idénticas como las llamadas fronteras étnicas del pueblo del rey Fernando?

Los pueblos modelados por la tierra en que están arraigados se someten a sus leyes, y no habrá en el mundo fuerza alguna capaz de impedir su esfuerzo constante, siglo tras siglo, para cumplir el mandato de las leyes naturales de su tierra. Ningún sufrimiento, ningún sacrificio, ningún martirio los asustará. Nunca se someterán sin lucha a las leyes humanas extrañas, contrarias a la tierra que los alimenta.

Y cuando su fuerza vital se haya acabado, cuando haya necesidad orgánica de renovar y rejuvenecer su sangre, recibiendo a otro pueblo sobre su tierra, como dueño de ella, el pueblo nuevo volverá a empezar la lucha, con la misma fidelidad hacia el viejo terruño como al fuese su hijo desde el comienzo de los tiempos. Y el antiguo pueblo autóctono fusionado con el nuevo en indisoluble unión de sangre y de aspiración, formarán en adelante una sola nación, bajo forma de una nueva generación, semejante al hijo de padres pertenecientes a dos naciones diferentes, será igualmente hijo de los dos progenitores.

La vida de los pueblos es como la vida del mar: en las profundidades eternamente tranquilas estallan, y luego cesan, sus tormentas. Los países se sacuden con el choque de los pueblos en guerra. Se quemán las ciudades, se derrumban los templos, corren chorros de sangre de las heridas de las masas humanas, traídas y empujadas por el pensamiento de los caudillos que conducen las naciones.

Con tempestad o con buen tiempo, día

y noche, rugen continuamente el huracán de la muerte. Pero cuando la hierba brota por entre los montoncitos de nieve, el labrador sale imperturbable. Como el lucero que indefectiblemente se muestra todas las madrugadas o al atardecer, asimismo del hombre del campo tranquilo, silencioso y seguro de sus movimientos, empuja su arado, surca la tierra, echa la semilla y crece la vida nuevamente.

Allá arriba, sobre las tranquilas profundidades de la vida inmortal de los pueblos, se agita violentamente la tempestad de la vida pasajera, de las pasiones y del pensamiento tan variable de los poderosos, que vanamente se esfuerzan en cambiar a su voluntad el curso de la vida en las profundidades.

También en las profundidades hay sin embargo estallidos de fuego subterráneo, que enturbian y levantan hasta la superficie, siempre agitada de las aguas, las olas eternamente tranquilas de los abismos.

Cuando el corazón humano puede encenderse por alguna cosa en este mundo desahuciado el pensamiento frío y calculador, entonces la pasión de las multitudes, por sus valores eternos, estalla como en incendio devorador y sacude los abismos, y entonces los hombres se matan. Porque los mortales sólo dejarían sojuzgarse sin lucha por otros mortales, que los despojarán, vencidos por el miedo a la muerte.

Los dacios no conocían el miedo a la muerte. Al contrario, la amaban la deseaban, corrían tras ella, y creían que entrando por sus oscuros portales pasarían a la vida eterna, no irían a quedar en la nada, sino a ésta, entre los dioses inmortales; más que a la muerte, todos ellos—los de arriba, los de abajo, los poderosos y los humildes—amaban a su Patria, la Dacia. Y cuando ni con la muerte podían rescatar la libertad, cuando ni la vuelta de su cautiverio podía redimirlos y salvarlos de la esclavitud, sólo entonces doblaban la rodilla ante el extranjero conquistador y quedaban esclavos sobre la tierra esclavizada, para consolar con su doloroso cariño la inmensa congoja de la Patria encadenada.

La defensa de la tierra dacia por el rey Decéballo y por su pueblo ha sido un himno de amor sublime, como ninguna otra nación ha sabido entonar.

La conquista de la tierra dacia por el Emperador romano y la derrota de la nación dacia fué la suprema afirmación del genio romano, forjado y moldeado por el choque de los tres continentes alrededor del Mediterráneo. Después de esta última y más gloriosa victoria, Roma ya no pudo después adelantarse; su poder ya no prosperó. Trató de conservar intacto en luchas titánicas todo lo que había obtenido y creado en el transcurso de su larga historia. Siglos tras siglos luchó hasta que fatigada, agotada, pero con todos sus adultos ya, capaces de defenderse y de vivir emancipados, pasó a otra vida, como pasa todo lo humano, aunque esto ocurriese después de miles de años.

Fué tanta la sangre romana vertida sobre las antiguas campañas de los pueblos indígenas, extendida hasta las abruptas orillas del Rin, a las cumbres escarpadas de los Alpes orientales, y sobre el gran Burg carpatío, que la tierra misma se había romanizado. Los indígenas se habían hecho hijos de Roma. Eran romanos desde todos los aspectos. Otros pueblos han invadido después las tierras de Roma y todos se han fundido en la gran llama de la vida romana.

La guerra no la hacen únicamente los fuertes, sino también los débiles; y casi siempre son los débiles y no los fuertes quienes la empiezan, pues los fuertes no necesitan la guerra para extender su poder. A ellos les basta con vivir holgada e intensamente, y su fuerza vital es por sí suficiente para desalojar los pueblos y los Estados débiles, como el germen de la semilla desaloja en la primavera los montones de nieve que la cubren y sigue creciendo cada vez más alto hacia el sol.

Por esto la guerra hecha por los débiles es tan diferente de la de los fuertes. Los débiles saben que una vez vencidos no podrán quedarse con lo que han conquistado; por consiguiente, destruyen, saquean, matan, deshonran la nación y la tierra conquistada. Su guerra es como la ira de la mujer: furiosa y de corta duración. La guerra de los débiles es de invasión por sorpresa, azar o suerte; y su marcha es también como la suerte, insegura y engañosa, pero se vuelve trágica cuando los fuertes se levantan contra ellos, resueltos a aniquilarlos. Entonces surge la guerra de la desesperación, del heroísmo solitario e inútil, la tragedia de las grandes catástrofes de las naciones débiles y de sus caudillos. La guerra de los débiles es el ejemplo cruel de los dioses de los mortales que se burlan de la insignificancia de todas las cosas humanas. Es el mandato del Desti-

no, que ha de cumplir lo predestinado desde el principio; esto es, que los débiles caigan, causando incesantemente su propia ruina, para que el sacrificio de su vida fortalezca la de los poderosos, de la misma manera que engorda el lobo en los bosques con la carne del débil corzo.

Los fuertes saben que aun siendo vencidos transitoriamente, ningún poder enemigo podrá arraigar demasiado tiempo en su tierra y que finalmente serán desalojados. Pero cuando los poderosos marchan adelante, cuando su fuerza se extiende vencedora sobre la tierra y la vida de los demás, entonces los fuertes clavan solidamente en piedra cada paso que avancen en el país vencido. No destruyen, sino que construyen sobre nuevos cimientos. No invaden furiosamente, sino que empujan al adversario cada vez más lejos tranquilamente, definitivamente, seguros de sí. Su guerra no es de azar, sino metódica, calculada; persigue el debilitamiento o aniquilamiento del adversario. Si el adversario posee bastante vigor y vida, los poderosos alargan la guerra cuanto sea necesario, hasta la destrucción total de los que habían perturbado la paz y la marcha de la vida.

Mirad sobre la blanca columna de Roma la triste historia de la caída de Dacia. Son imágenes, esculpidas en mármol frío, de la gran hoguera que ha fundido dos pueblos en uno solo. Los dacios no fueron vencidos en la lucha abierta, franca, sin artimañas, con todas las fuerzas, de hombre a hombre, de héroe a héroe. Entre las esculturas representativas de las grandes batallas hay una—la primera—donde los dos grandes soberanos adversarios miden sus fuerzas por primera vez, dirigiendo solos la batalla; Apoyado solidamente sobre su última fortaleza de muros levantada al final de la carretera construida por los legionarios en la tierra dacia, el Emperador lanza, en el fragor de la lucha, una tras otra, las legiones de más arrojo, esquivadas entre los bárbaros romanizados; luego, todo lo que tiene más selecto entre las legiones romanas mismas. Apoyado sobre su fortaleza de montañas y de bosques, el rey envía en el fuego de la batalla sus huestes, en apretadas filas, con sus príncipes vasallos a la vanguardia, compuestos de varones fuertes y de jóvenes adultos, con semblante de doncella. Júpiter Tonante mismo ayuda a los romanos, azotando con una terrible tempestad el rostro de los dacios. Caen los dacios como caen las espigas bajo las manos del segador experto; y el mismo Dios los cubre con sus rayos. Sin embargo, no hay victoria. El Emperador contempla triste después de la batalla, lejos de las montañas, la gran fortaleza enemiga que no puede conquistar. Era el primer año de lucha, le seguirá el segundo y si fuera necesario otros cien años.

Nuevamente atacaron los dacios y en su embestida llegaron hasta la orilla del Danubio, en la tierra romana. En los valles estrechos, en las selvas de las montañas, cierran con fuertes murallas el camino de los invasores, que trataban de abrirse paso a través de los desfiladeros. Los romanos conquistaban palmo a palmo la tierra dacia, empapándola con su sangre vertida a torrentes. El aniquilamiento de los dacios en la lucha abierta, antes de la penetración de los romanos en las montañas, está marcado sobre la célebre columna con grandes pérdidas romanas por los escultores mismos, que sólo en esta primer imagen y en ninguna de las siguientes ofrecen imágenes de los romanos caídos.

Año tras año, seis en total, dura la tremenda lucha. Los legionarios penetran cada vez más lejos, construyendo fortin tras fortin. Carreteras y más carreteras penetran profundamente en los bosques, talados sin piedad con el fin de despejar el horizonte y poder preparar el ataque por sorpresa de los vencidos. Las fortalezas dacias son asaltadas; las aldeas, destruidas o quemadas. Los vencidos se retiran lejos desmoralizados, peregrinando en dolorosa mezcla de ancianos, mujeres, niños y rebañeros.

Se reunieron, funebres, en grandiosos banquetes, los poderosos cabecillas dacios, que seis años atrás habían desencadenado la tempestad que había de conducir a la esclavitud de su Patria. Bajo las murallas de la fortaleza rugía espantosamente la batalla. Sobre los altos tejados de las casas corrían las llamas devoradoras. Por senderos oscuros, el rey vencido se refugiaba en las selvas protectoras de su amada tierra, para prepararse para nuevas luchas. Mientras tanto, los príncipes festejaban, libres, en tierra aún libre, su unión voluntaria con la muerte. No podían doblegar su espalda bajo los arcos de triunfo de los romanos. Su alitveo no les permitía

(Sigue en la pág. 6.)

Homenaje al Emperador Trajano

(Viene de la pág. 6.)

Ala implorar la misericordia del enemigo. Seguir luchando ya no era posible: su abatido ánimo flaqueaba ya bajo los golpes y las adversidades de la suerte. Sólo el rey conservaba aún la entereza de espíritu. Los demás cabecillas dacios eligieron el camino de la rendición en el reino de Zalmozis, su dios protector. Allí los llevó, sobre sus brazos, la bondadosa hada de la muerte.

Allí tenía que ir últimamente, en la hora suprema de la total ruina, también el Rey-héroe. ¡El primero en la sangría por la Patria, el último en la rendición en la ultratumba! ¡Canta, Melpómene, la muerte del rey Decébalos!

"Sobre las nubes del cenit se reunieron los dioses en consejo. En dos platillos de oro van a ser pesados dos grandes almas: la una, del Emperador romano; la otra, del rey dacio. Aprieta sobre el platillo romano la mirada de sol del paternal Júpiter Capitolino. Aprieta sobre el platillo dacio la mirada de fuego del amo supremo del fuego, Zalmozis Dácico. Y no hay medio de bajar un platillo más que otro, para poder los dioses condenar a la caída, a la vergüenza, a la muerte, al platillo más ligero. El semblante de los dioses se oscurece y el cariño de cada uno hacia sus mortales los perturba y agita: corre gran riesgo de que concluida la guerra de los mortales empiece la de los dioses.

"Pero Artemia-Bendis-Diana atrae las miradas de los dioses hacia la tierra devastada y empapada en la sangre. La magnífica aldea de una gran fortaleza brilla todavía entre los rayos de sol que la envuelven. Tiene muros de montañas con selvas tupidas y trincheras anchas de ríos caudalosos. Esta es la fortaleza de mis fieles, dice. Si me queréis, escuchadme: En los tiempos preteritos, cuando Goya creó el cielo, las montañas y el mar, las duras Moiras hicieron un cruel convenio para que todo lo que sea vida ha de ser continuamente conquistado por la muerte. Toda fortaleza, ya sea de los dioses o de los mortales; toda muralla de Titanes o hechas por manos de los hombres, no podrán subsistir sin el sacrificio del alma más querida, que los constructores han de encerrar entre las piedras de los muros. Pero el alma más querida de mi fortaleza de montañas y de ríos, es el alma fuerte del Rey Dacio, pesada en la balanza de oro. ¡Viva eternamente la fortaleza con su alma cogida entre las murallas!

"A través de las selvas vírgenes, oscuras, se dirige hacia el norte el vencedor vencido. Quiere reunir otra vez a sus valientes para volver a medirse con el César Romano. Está solo. Su alma arde de amor a la Madre Patria. Si él fuera Dios, insuflaría alma a los gigantes árboles, que le protegen con su enorme bóveda llena de murmullo y los llevaría a la lucha.

"Allí, más arriba de las nubes del cenit, los dioses ya han fallado. Con rayos de sol, Júpiter alumbra ahora la ruta de los romanos, que apresuran la persecución del Rey peregrino... En la balanza de oro, su platillo sube...

"Con el alma mojada en sangre enemiga cumple el sacrificio: ofrenda su vida.

"En las murallas de la fortaleza de montañas y de ríos, su alma paterna protege eternamente Dacia."

La tempestad de la superficie del mar ha cesado; el remolino que sacudía la profundidad se ha interrumpido; la paz y el cántico de la vida reinan por todas partes. El fallo de los dioses se ha cumplido. En las aldeas dacias se ven caras extrañas. Llegan del ilimitado imperio de Roma hombres nuevos que se instalan en las campiñas y sobre las colinas de la nueva patria. Las reglas cambiaron de curso: ya no van por las cumbres de las montañas, como en la época del Rey, sino por las cuevas de los ríos, los soldados construyen carreteras sólidas para que duren eternamente. Los castillos de los príncipes han sido devastados; sus dueños de antaño reposan bajo tierra. Las fortalezas ya no se levantan sobre las cumbres de las colinas, sino a la orilla de las aguas y al borde de los caminos. En las montañas con oro y sobre las colinas con sal, los nuevos pobladores cavan y extraen afanosamente las riquezas de la tierra. Se levantan fortalezas, ciu-
mano, de un día a otro, como por encanto, dadas, casas, templos y baños de estilo romano. Innumerables mercaderes cruzan las comarcas y los legionarios se aposentán en las aldeas, una vez concluido su pesado servicio militar. Constantemente penetran

y se difunden en el país la lengua, la creencia y la vida romana. Los nuevos pobladores ya no se sienten romanos, sino dacios. Y los antiguos dacios, que han permanecido en su tierra, ya no se sienten tan diferentes y extraños entre los nuevos habitantes, que estaban pareciendo dacios, como ellos, aunque seguían hablando, pensando y obrando como romanos.

Sobre las campiñas, en las horas del trabajo sólo resuenan las canciones romanas. Pero en el norte del país, los dacios libres golpean furiosos a las puertas de la Patria esclavizada. Cuando los príncipes habían bebido la copa de la muerte; cuando el Rey había rasgado con su propia espada el velo de la eternidad, el pueblo había incendiado las aldeas y se había retirado, con las mujeres, los niños y los rebaños, lejos, a las montañas del norte, cubiertas de las selvas impenetrables, protectoras de los errabundos amantes de la libertad. En la áspera tierra carpática los emigrantes del sur no encontraron la paz. Los padres murieron de nostalgia por la Patria esclavizada y los hijos heredaron el fuego sagrado de amor al antiguo terruño. Y cada generación, rompiendo la muralla de la frontera romana, irrumpía en la Madre Patria, aun a costa de pagar el tributo de sangre a Roma, que despiadadamente aniquilaba las bandas invasoras, hasta que los Césares toleraron que miles de "daci liberi", pacíficos, volviesen a la patria repoblada con gente romana.

Decenio tras decenio, Dacia recuperó a sus hijos expatriados, que reforzaban con sus almas impetuosas la vida floreciente de nuevo. Cuando, después de un siglo y medio, Roma pierde la esperanza de guardar cerradas las fronteras que constantemente rompían los bárbaros germanos, cuando ingenuamente llega a creer que detrás de las anchas aguas del viejo Danubio podría defenderse más fácilmente del diluvio bárbaro, los dacios libres fueron los más impetuosos, los más ardientes luchadores para la reconquista de la Patria.

Sobre la columna de mármol-pálido del foro del vencedor de Decébalos el último grabado de las grandes batallas señala la marcha en exilio de los indomitos amantes de la libertad dacia. Tanto Roma como César creían indudablemente que habían vencido definitivamente. Sin embargo, la prueba de lo contrario la suministran los sucesivos falsos triunfos, que bajo el pomposo título de *Dacicus Maximus* se atribuyeron sucesivamente todos los emperadores del siglo siguiente: Maximino, Máximo, Decio, Galieno y el mismo Aureliano.

Los tiempos y las cosas han variado: los legionarios se retiran al interior del viejo imperio; los dacios vuelven y se establecen en su patria. Pero los recién llegados, después de un siglo y medio de expatriación, menos numerosos que los habitantes de la tierra dacia, de raza romana y dacia, pero todos de habla romana, se pierden y se refunden para siempre en un mismo amor de una patria común.

Quedaron devastadas las ciudades de piedra, los palacios, los teatros y los baños de granito y mármol; se cubrieron de mala hierba las carreteras construidas por los legionarios romanos. Se han ido los ricos, los amantes de la tranquilidad, los que nunca habían amado la tierra dacia. Pero las aldeas fueron reconstruidas según la vieja costumbre dacia y las casas fueron edificadas según la antigua tradición trácica, mientras que la vestimenta de los aldeanos quedaba la misma que llevaban antes de la llegada de los huéspedes romanos. Las instituciones y la organización de su vida, sencilla y rural, tuvieron que ser respetadas por los romanos mismos, a pesar de la rigidez de sus leyes, organizando ruralmente Dacia; ahora se refuerzan y consolidan aquellos vínculos como en los viejos tiempos anteriores a la conquista.

Con todo, Dacia permanece iluminada eternamente con la resplandorosa luz romana. Las melodiosas voces del habla romana subyugan a los bisnietos del Rey-héroe. Y el hombre de Dacia, escamoteado por Roma, sus hijos lo sustituyen por el de Roma misma: Romania. Al sur del cinturón de plata del Danubio, por cuya conquista habían luchado hasta la muerte los dacios y los legionarios, los Césares fundaron una nueva Dacia. Pero en la verdadera Dacia, abandonada en medio de los bárbaros, a los cuales no se parecen ni por su lengua ni por su alma, los labradores de la tierra, los pastores de los rebaños, se sientan romanos, se llaman a sí mismos romanos y crearon una nueva Romania.

La fortaleza eterna del Rey-héroe desde ahora en adelante es una fortaleza romana. Sus defensores la defenderán siempre en el nombre de Roma. Del terrible odio de antaño ha nacido el gran amor. El diluvio

bárbaro, corriendo por ambas partes del Burgo dacio hacia los países de los mayes sólidos, cubrieron a veces con sus turbias olas hasta la alta fortaleza misma, no pudo mover ni una sola piedra del admirable edificio construido por los dacio-romanos y por los dacios libres.

He aquí cómo la gran lucha entre el genio de Dacia y el de Roma ha quedado como un símbolo para todas las luchas de los pueblos venideros. De su gran odio nació un gran amor.

Canta Euterpe la canción de Dacia.
"Dacia, la blanca doncella, perturbaba tu tranquilidad, divino Rómulo, hermosa y cruel, ella devastaba tu país, como devastaba el calor del estío, con ráfagas de fuego. Tal era el destino de la salvaje doncella: devastar, incendiar, sembrar miedo a su alrededor. Tu esplendor, tu poder, tu hermosura, la traían hacia ti, Rómulo; pero su salvaje libertad de Diana la empujaba atrás, hacia sus selvas impenetrables, cuando, habiendo estorbado la paz, tú tendías el brazo hacia ella. Pero tu alma se incendió una vez en las tentaciones de la cruel doncella y quisiste cogerla. Con fuerza de Atalanta, el hada de los bosques profundos, te tiró a tierra ensangrentado y lleno de heridas. Tú la querías mucho y no la pudiste conquistar.

Entonces Afrodita, con sonrisa de bria asesina, ordenó a Eros que te flechase. Ardía tu alma como el sol a mediodía. La cogiste, luchaste; la heriste y te hirió; os mirasteis largamente, como enemigos mortales; la besaste y... no la conquistaste. Avergonzada de haber sido humillada, llena de odio contra el poder que la había doblegado, iracunda de haber sido besada, se preparó para matarte. Y Afrodita sonrió divinamente: ¡Cómo podrían dos dioses matarse, a no ser amándose!; y tú, invencible, la venciste. Tu abrazo fue ardiente como la llama encendida de tus veranos meridionales; tu beso fue dulce como la melodía de tus canciones; tu palabra, consoladora como tus benignos inviernos, y tus ojos claros, semejantes al cielo sin nubes de tus mares. Y la doncella, que te había odiado más que ningún otro ser humano y como ningún dios, te amó cual mujer alguna te había amado jamás. Se transfiguró en ti, y a sus hijos, sólo ella entre todas las mujeres por ti amadas, les dio tu nombre. Y ellos lucharon y murieron conservando a través de los siglos tu nombre, tu figura, tu pensamiento, tu historia, tu luz y tu gloria.

"Dacia, Rómulo. ¡Gloria a vosotros!

Quando las profundas nebulosas de la tierra, que hervían todavía en el caos del fuego, comenzaron a elevarse; cuando los rayos de luz empezaron a penetrar hasta las inmensas masas de agua; cuando los enormes océanos, continuamente revueltos por tempestades, fueron alumbrados por el sol, el mar vio el poder del cielo. Y la luz le recorrió como un estremecimiento de vida, y el cielo reflejó su límpida faz y todos los adornos de la profunda bóveda, se leída o estrellada, se han proyectado en las aguas cristalinas. Y de la belleza del cielo se ha hervosado también el mar, y el mar ha amado al cielo.

Así se han iluminado continuamente, en un constante cambio de belleza, el hombre y la mujer dacio-romanos y sus descendientes en una ininterrumpida herencia hasta nuestros días. De los grandes sufrimientos y de la admirable nobleza de las luchas por la libertad del varón dacio-romano, se ha iluminado con celestial luz también el alma de su compañera de vida. Del delicado, obediente, angelical y paciente trabajo fraternal de la mujer ha brotado y crecido la flor del amor puro y sagrado del alma fuerte y noble del varón de nuestra Patria.

Como la gota de fósforo echada en el bronce derretido cambia su estructura, haciéndole más duro, más brillante, más resistente, así un poco de sangre de una raza superior, fuerte, con alma refinada por la experiencia milenaria, cambia toda la idiosincrasia del pueblo con el cual se mezcla, superando su anterior manera de ser.

En la nivelación general que sufrió el mundo antiguo por la reducción a un mismo género de vida—el romano—, el elemento psicológico trascendental, característico e individualista, original de cada una de las naciones indoeuropeas incorporadas al romanismo, ha impuesto decialmente a cada región del mundo romano la manera específica de pensar y de sentir de la nación indígena.

Los pueblos romanizados han defendido

luego a su manera su nueva forma de vida con sus antiguas fuerzas prerromanas. Esto es, cada uno ha sido romano, como más tarde ha sido cristiano, conservando su peculiaridad primitiva: su apatía o su fuego encendido.

En la formación del alma nacional mediante la refundición de almas diversas para formar una alación nueva, la mujer ha actuado como la gota de fósforo echada sobre el bronce derretido.

El varón es, ante todo, el hijo de la mujer. Los hijos de los hombres son lo que son las mujeres: discretas, fieles, cuerdas, obedientes, devotas hasta la muerte, o todo lo contrario: pesadas, brutales, sensuales, superficiales, locuaces. Refinando a la mujer, se mejora la raza. Nuestras mujeres se han refinado con el sufrimiento, la paciencia, la creencia, el trabajo, el silencio, la sumisión. Y los hijos de las aldeanas han sido pacientes, austeros, fieles, trabajadores, silenciosos, cumplidores, desde los primeros tiempos hasta la fundación del actual país.

El elemento básico de la formación del alma de la raza vencedora de hoy lo constituye la mujer dacia. La energía veronil de las mujeres espartanas; el fuego sagrado ofrendado a Dionisos, el dios inspirador de nuestra divinización sobre la tierra, ardia también en las mujeres tracias; el sublime compasismo en la lucha y el sufrimiento al lado de su marido, la consulta recíproca, la alta estimación de la maternidad, todas las virtudes de la mujer romana, estaban reunidas en la mujer dacia.

El dacio, cultivando, ennoblecendo y creando, mediante una selección milenaria, el tipo perfecto de su mujer, ha transmitido su carácter, su manera de ser, al nuevo pueblo dacio-romano. El triunfo no consistió en el idioma, ni en las costumbres y las formas materiales de la vida, sino en la calidad del alma popular. La gran tranquilidad del ánimo, la nobleza soberana, que a pesar de la romanización de los elementos llegados de todas partes; a pesar de la inmensa inundación eslava que amenazó hacernos pesados, confusos, triviales como su estirpe; a pesar de las grandes infusiones de sangre de todas las razas; a pesar de todo, nos hemos conservado en nuestra aristocrática espiritual superior a todas las naciones circundantes. Este ha sido el legado de la primera mujer dacia casada con el primer romano establecido en Dacia, y de sus descendientes con alma fuerte, las dacio-romanas.

Mirad al hijo de la mujer dacia, al aldeano de nuestros días: su postura recta, su parecer reservado, su mirada escudriñadora, su voz fuerte para que se oiga a distancia, los movimientos pausados, duraderos; el ánimo tranquilo, previsor, cumplidor hasta la muerte con su palabra dada; mesurado en sus emociones, ya sean de placer o de dolor; hospitalario de igual a igual, respetuoso y cortés con los representantes de la Iglesia, profundamente irónico—pero discreto—con los atrevidos.

El triunfo de Roma al amoldar el alma dacia a la lengua y a la vida romana no es, sin embargo, la obra de un día. No solamente el alma dacia, sino que una infinidad de pueblos han sido vencidos y asimilados por el alma fuerte de Roma, que les ha impuesto sus formas y sus modalidades de vida por miles de años.

El rumbo que ha de emprender un nuevo ser procreado por un hombre con una mujer es indudablemente un impenetrable misterio, pero nunca será más grandioso que el nacimiento de una nueva nación. Sin embargo, nuestra débil inteligencia intenta esclarecer los comienzos.

El genio característico de cada pueblo no es múltiple, sino de una sola clase, sigue una sola vía: los dioses no las otorgan todas a ningún pueblo. Algunos son fuertes por las armas, otros por las artes. El principio de su vida creadora consiste en una fuerza única, solitaria e intransferible de su genio peculiar, aislado. Un sólo pensamiento, luminoso como un sol, cubre a todos los demás, los transforma según sea su luz, ya puesto que es único e incomparable, crea o forja con el mismo obras eternas a su manera exclusiva.

¿Cuál ha sido el pensamiento vencedor de Roma? ¿Cuál ha sido su fuerza única de crear naciones nuevas, destruyendo almas y pueblos ya existentes?

El gran poder de Roma se nos muestra en aquello que representaba tanto para ella como para todos los pueblos de la tierra, no la autoridad niveladora de un administrador tiránico, que guarda rigurosamente el orden y que asegura el bienestar, útiles para todos; tampoco la gloria con-

(Sigue en la pág. 7.)

Homenaje al Emperador Trajano IL TROFEO DI TRAIANO IN ADAMCLISI

Fot. GHEA ROBUCH

(Firma de la pág. 6.)

quistadora de almas de un dominador dios-místico de toda la tierra; ni la hierática incorporación de algunas diosas todopoderosas y crueles al cuerpo de algunos mortales proclamados dioses y adorados con miedo y obediencia de esclavos por devotos; ni el resplandor imponente de una olímpica fortaleza del pensamiento genial superterrenal; ni la dura autoridad de un consejo de administración por delegación dada a ciertos reyes, grandes pontífices, ancianos colegiados o generales, sino una especie de religión.

Por la primera y hasta hoy por la última vez en la historia de la Humanidad, fue creado ese gran concepto del Estado-Dios, con la terrible voluntad de una divinidad abstracta, Roma, para la cual el Emperador mismo era simple acólito divino; de ella procedía toda la majestad, todo el poder, toda la gloria; esa religión política en la cual cada creyente, iniciado en sus misterios, era un miembro ciudadano con plenos derechos, iguales incluso a los del Emperador-dios, lo que se podía llegar a ser con sólo dedicarse enteramente a la Diosa-Madre. Ella misma, la divinidad eterna, Roma, no escogía como ejecutor supremo de sus órdenes inmutables al mortal designado por un instante sacerdote supremo de su culto, sino a todo el pueblo constituido por sus creyentes devotos, en su abstracción sobrehumana, "el Senado y el pueblo romano".

Nar romano significaba ser hombre de aquella especie única, miembro del inmenso colegio religioso militante de los adoradores de Roma, copartícipe en el poder y en la gloria de Roma. Lo que ni el genio incomparable de Grecia, con el brazo del héroe sublime, Alejandro, hijo de Felipe; ni los reyes-dioses del Oriente, ni los terribles servidores de Aíah han podido realizar, a pesar de los diluvios de sangre con que han inundado las tierras que ellos querían modelar a su semejanza, fue creado para siempre por un solo esfuerzo supremo de dos siglos por el Estado-dios de la Roma inmortal.

Antiguos senadores romanos o bárbaros, vestidos con pieles rústicas, emperadores portados en triunfo o esclavos miserables arrastrados con cadenas, todos sentían escalofríos pensando en el misterio del Destino, cuando sus pasos los llevaban por cualquiera de los numerosos caminos que llevaban a la Ciudad de las Siete Colinas.

Semejantemente a los niños quemados vivos en el vientre del toro de cobre de Moloch, el mundo de adoradores de Roma entregaba a sus hijos a la hoguera de la vida encendida en la Ciudad Eterna. Como las mariposas quemadas por las llamas, en cuyo alrededor revolotean, caían los hombres y las mujeres en la perdición y en la muerte, víctimas de una existencia exaltada y loca, en que se consumía la Roma esplendorosa del oro, del mármol, de las flores y de los templos suntuosos. Pero los fuertes, los que vencían por la fuerza, o rodeando cautelosamente y prudentemente los innumerables lazos tendidos por la tentación, éstos podían gozar de la adoración e incluso de la divinización exaltados por la muchedumbre que la implacable Roma les confiaba para conquistar, dominar o sacrificar.

Si el culto religioso al Estado-Dios, Roma, con sus templos, sacerdotes y colegios de servidores atraían irresistiblemente a todos los que se le aproximaban, convirtiéndolos a la nueva religión, la vida romana en sus formas concretas era toda una sola construcción en piedra, un templo único, tan grande y majestuoso como el Imperio mismo.

El Imperio Romano constituía un gigantesco edificio simétrico, armonioso, obra de un solo constructor divino, con carreteras, ciudades, fronteras, puentes, fortalezas, acueductos, baños, anfiteatros, todo construido con sólidos para que durase eternamente, unidos entre sí como una sola red magnífica, de la cual no se escapaban ni las naciones ni los individuos una vez conquistados y encerrados entre sus hilos infinitos.

Si el Emperador hubiera querido coger en su titánico puño la Ciudad de las Siete Colinas y levantarla hasta el trono de Júpiter, el mundo romano entero hubiera colgado en el aire, prendido de los hilos fuertes como acero, los indestructibles caminos, tal cual cuelgan de la cepa de las vides los interminables sarmientos cargados de brotes, de hojas y de uvas. Y toda Dacia hubiera sido un gran racimo ligado al sarmiento por la gran carretera construida sobre el Danubio por Apolodoro de Damasco.

El signo de la ubicuidad de Roma era su inmaterial arte arquitectónico y monumental. Su poderío magnífico, expresado plásticamente en el concepto arquitectónico, conquistaba, subyugaba, asimilaba el alma de todos los extraños.

El Emperador murió en Selino de Cilicia.

Era el mes que lleva el nombre del fundador de la república imperial. Los dioses no habían querido que concluyera buenamente toda la inmensa obra que se había propuesto. Cuando en el Olimpo, ante el divino Simposion, el bondadoso soberano de los pueblos va ya a dar cuenta de sus hazañas, estará triste porque la guerra con los partos habrá quedado pendiente.

El eterno vencedor está ahora vencido. El incansable artesano del Imperio está ahora cansado. Su cuerpo, roído por los sufrimientos, pide la unión con la madre tierra. Su alma de gran luchador está ahora por encima de todas las preocupaciones humanas. ¿Quién será el sucesor de Trajano? Ya lo arreglarán los mismos que le habían llamado: el Senado de Roma cuida del timón de la nave divina.

Mis ojos te ven, glorioso Emperador, durante los días de tu severa vigilancia. Con tu talla majestuosamente alta, con el cabello encanecido prematuramente, con el rostro noble, enérgico y dominador; con tus ojos atentos y la mirada penetrante, con frente surcada verticalmente por la honda línea de la voluntad firme, los labios apretados en señal de refrenda energética; con tu tranquilidad segura, sensata, decidida, áspere en la necesidad, pero no cruel; amante de la obediencia, el orden y la perseverancia. ¡Qué sublimes, tranquilas, profundas y comprensivas para la vida tal como es—bulliciosa, sucia, perfida y vanidosas—nos parecen tus cartas dirigidas a Plinio, al bondadoso, ingenuo, sumiso, devoto, esclavo y amigo tuyo!

Del buscador de gloria guerrera, el último Flavio, cuyas derrotas has vengado tú, Nerva Trajano, tus sucesores han hecho un cobarde buscador de paz. De ti, prudente guardador del orden, de la paz, de la vieja tradición, tus insensatos descendientes han hecho un ambicioso imitador del macedónico Alejandro.

Te han considerado un rapaz sojuzgador de pueblos porque has vencido siempre y has hecho florecer la tranquilidad productiva, la paz bienhechora. Tus ofensas, magnífico Emperador, son hoy también nuestras. Permisos, pues, César Augusto, a los que ahora te cantamos, que rindamos cuenta sagrada de la vida de tus hijos predilectos.

"Cuando Roma nos ha dejado solos en la fortaleza de Decébal—ángel tutelar—, la ola de la invasión bárbara nos cubrió totalmente. Como los árboles ahogados por las aguas furiosas que amenazaban desarraigarnos y arrastrarnos se agarran a la tierra con sus numerosas raíces, así mismo nos hemos agarrado nosotros, con toda la fuerza de nuestra alma, de nuestra vieja tierra dacia-romana, apoyándonos en la muralla de nuestras montañas para no ser arrancados y arrastrados por las olas invasoras.

"Desde entonces hemos empleado toda nuestra fuerza vital para sostenernos y permanecer firmes sobre la tierra donde nos ha puesto como centinela.

"Otro, a nuestro amparo, han vuelto a levantar ciudades hermosas, palacios de mármol y templos magníficos. Otros, también a nuestro amparo, han vuelto a honrar a Apolo y las nuevas Piérides. Y sus poetas han cantado, sus escultores han vuelto a esculpir y sus arquitectos a construir. Mientras nosotros no podemos construir ni las aldeas para un siglo entero, sino para una misma generación, vive en casas varias veces quemadas y reconstruidas por los eternos mártires de la creencia en Dacia y en Roma, ellos, los que prosperaron a nuestro amparo, se orgullean de la obra de paz, que fue un don de nuestra parte, y miran con desprecio nuestra pobreza y estrechez.

"Hemos vivido, César Augusto, desde que Roma nos dejó y hasta hoy día, como dacios, en las aldeas, y no como romanos, en las ciudades. Resistiendo en Dacia contra todos los usurpadores, extendiéndolos sobre toda la tierra dacia, viviendo con la sencillez, la valentía y el arrojo de los aldeanos dacios, apenas ahora, después de dieciocho siglos, podemos volver a pensar que también somos romanos. Apenas ahora los legionarios pudieron volver triunfadores a Apulum, Napoca, Parolissum y Sarmisegetusa.

"Después de dieciocho siglos, la ola de las invasiones del norte fue vencida. Nuevamente montan guardia en el Rin y en las montañas dacias los soldados con casco romano.

"Pero alrededor de nosotros, César Augusto, sólo se ve el repulsivo semblante del odio. Desde que Roma nos dejó solos hemos vivido rodeados del odio de los demás. Pero su odio nos ha elevado por encima de las cosas humanas. Hemos comprendido su odio y no nos hemos vuelto malvados. Somos intachables: su odio fue para nosotros la llama aglutinadora que nos ha hecho fuertes, su odio fue el culto que los malvados consagraron a nuestro genio; su odio significaba para nosotros la muerte siempre en acecho para traernos; la muerte

(Sigues en la pag. 8.)

Existen países dotados de una belleza sorprendente o de un pitoresco superficial, que al percorrerlos fácilmente, satisfaciendo el propio gusto estético, más que no lasciano nell'animo un'impronta profonda e duratura.

Un viaggio di questo genere non sarebbe certo possibile in Romania. Questo incantevole paese, che si estende fra i Carpazi, il Danubio e il Mar Nero, non è solamente bello e pittoresco, ma così antico e di una così grande importanza storica, che dappertutto si incontrano le vestigia del suo passato millenario.

Lungo i suoi fiumi dalle acque rapide e chiare, sulle pendici boschive delle sue colline, e talvolta anche nei luoghi più inattesi, sorgono testimonianze eloquenti di un glorioso passato.

Nella Dobrugia romana, al centro di una steppa screziata di minuti fiorellini, esaltano i resti di un monumento il quale — poco noto anche a chi pretende di conoscere la Romania — è di un'importanza eccezionale. Sembra l'evocazione di quel periodo, particolarmente felice per la Romania e per l'intera penisola balcanica, in cui una sola civiltà, quella romana, illuminava tutte le terre dall'Adriatico al Mar Nero, imprimendovi i segni di quell'omogeneità prosperosa che, dopo la caduta di Roma, esse non hanno mai più ritrovato.

Questi resti, che sorgono a poca distanza dal villaggio di Adamclisi, non hanno attirato l'attenzione degli archeologi e degli storici se non dopo il 1835, quando un viaggiatore d'eccezione, il futuro generale von Moltke, li segnalò per la prima volta.

Oggi, dopo studi attenti e diligenti, il mistero che avvolgeva queste rovine è completamente svelato: il monumento che si eleva nella steppa della Dobrugia, uno dei più significativi che Roma abbia lasciato, non è altro che il famoso "trofeo" che Traiano fece erigere all'estremo limite del-

Adamclisi (da un villaggio turco sorto in epoca recente nelle sue vicinanze), che deve significare *chiesa dell'uomo* (Adam — uomo, clisi — chiesa), come lo chiamavano i Turchi, crollò a causa dei molti sismi di figure umane che lo adornavano.

Le rovine che circondano il trofeo da ogni parte rivelano, con la loro bellezza, che non solamente la città era ricca e importante nell'epoca romana, ma che essa dovette esserlo ancora durante l'epoca bizantina, come lo attestano le superbe rovine di basiliche trovate sul posto.



Metopa: Scenetta di vita pastorale dacica (o famiglia dacica in fuga).

Ma più importanti ancora, e di un'importanza più significativa, sono i resti del trofeo, di cui numerosi frammenti — fortunatamente salvati e trasportati al Museo Nazionale di Bucarest — hanno permesso una ricostruzione quasi perfetta.

Imponente, come tutto ciò che partecipa del genio di Roma, questo trofeo, alto quasi 40 metri, era composto di una grande torre rotonda di 30 metri di diametro, alla quale si accedeva per otto gradini circolari in pietra da taglio. Questa torre era probabilmente sormontata da una specie di tronco di cono, coperto da lastre di pietra disposti a squame, che sosteneva un esagono fiancheggiato da pilastri, su cui si ergeva il trofeo di metri 7,50 di altezza.

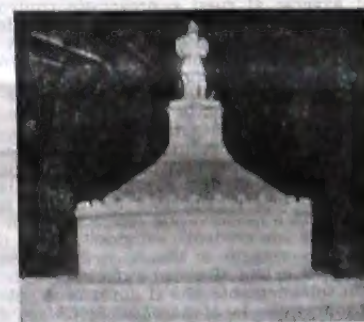
Le rovine rimaste nella steppa sono ancora impressionanti. Questo enorme cono di muratura, privo dei suoi ornamenti, conserva ancora i suoi otto gradini circolari e domina la distesa oggi desertica del paese, come una imponente affermazione di grandezza e di potenza.



Metopa: Un soldato romano uccide un Daco.

Secondo una iscrizione di Traiano del 109, ritrovata nei pressi, il monumento era dedicato a Marte Ultor.

La parte superiore della grande torre circolare era sormontata da una specie di merlatura, ed ogni merlo era adorno con la figura di un prigioniero in rilievo. Al disotto, fra due fasce continue di decorazione, si trovava un fregio con riquadri a rilievo (metope), tra pilastri puro a rilievo (triglifi). I rilievi del fregio, che rappresentano scene militari e scene della vita rurale e pastorale dacica, vorrebbero ricordare, almeno nell'intenzione dello scultore, le scene che ornano la famosa colonna Traiana a Roma. Ma la differenza di espressione artistica fra le due manifestazioni



Ricostruzione del trofeo di Adamclisi.

l'Impero nel 109 d. C., per celebrare la sua vittoria sui Daci e nello stesso tempo onorare la memoria dei soldati caduti in quella campagna.

I "trofei" sono antichi quanto l'umanità stessa, poiché in tutti i tempi l'uomo ha sentito il bisogno di perpetuare il ricordo delle sue vittorie erigendo monumenti che vanno dall'ammasso informe delle spoglie nemiche sul campo di battaglia sorrette da pietre, fino alle imponenti manifestazioni architettoniche che si trovano nelle province dell'impero romano. Di tutti i trofei eretti dagli Imperatori romani sono rimasti solo due esempi grandiosi: il "Trophæum Augusti" alla Turbia nelle Alpi Marittime che ricorda la sottomissione dei popoli alpini a Cesare, e il Trofeo di Traiano, fra il Danubio e Costanza (antica Tomis) — celebre per l'esilio di Ovidio — che ricordava non solamente la sottomissione del Dac, ma iniziava anche un'era di prosperità per il paese conquistato. Intorno al Trofeo sorse prestissimo una bella città che prese il nome di "Trophæum Traiani" e sopravvisse di molti secoli al suo fondatore.

Il Trofeo è ormai noto col nome di



La Rivista di uno degli imponenti trofei dacici trovati in loco nei pressi del trofeo.

Nomenaje al Emperador Trajano

que nos inspiró nuestros sublimas pensamientos. ¡Gloria a ti, odio de nuestros enemigos, tú nos has empujado hacia las alturas solitarias, de donde nuestra alma ha podido ver claramente todo lo que hay de vano en las cosas humanas, y de donde, semejante a los dioses, hemos reconocido nuestro porvenir únicamente en la obra de nuestra intangibilidad espiritual.

Pero sobre nuestras campañas, divinos fundadores, tan ricas ahora como lo eran en nuestro tiempo, crece siempre trigo en abundancia. Y las montañas dan, como entonces, madera abundante para los edificios, hierro para las armas y todas las riquezas minerales inagotables, y el vino, tan sagrado para el inmortal Dionisio, y la sal, el carbón y el oro, origen y causa del mal entre los mortales, pero santo para esculpir en él y glorificar el poder divino. Todas estas riquezas las tenemos en abundancia como entonces, cuando el Destino llevó tus pasos, magnífico Emperador, hacia la fortaleza de montañas y de los ríos del eterno protector Decébal.

Todo lo que los bárbaros habían robado en centenares de saqueos no ha dejado huella alguna en la productiva tierra, que la Naturaleza la enriquece más que a ninguna otra en verano y en invierno. Nuestro pensamiento, en señal de perpetua gratitud, se dirige cariñosamente hacia los geniales fundadores que nos entregaron nuestra bendita tierra.

Pero hacia ti, César Augusto, nuestra plegaria tiene además otro significado. No es porque hayas sido el soberano de Roma, sino por haber sido su mejor servidor, te adoramos, no porque hayas vivido destruyendo gloriosamente, sino por haber creado sabiamente; porque ninguna hora de tu vida ha sido sólo creencia, trabajo, cariño, bondad; porque tu alma nunca se ha vengado, sino que se ha alegrado cuando era glorificado por su fidelidad a Roma; porque en Dacia del rey Decébal, vencida por tus armas, no has sembrado ruinas y desiertos, sino que has traído todo el sobrante de la vida romana, sembrada en los fructíferos surcos de la Patria, la inmortal semilla de Roma; porque tu edificio ha sido construido aquí con bloques de roca tallados por tu propia mano; porque has sido habil y nuevo constructor de un país romano, yo, sacerdote del culto de la Eterna Roma, canto tu elogio y me prostorno humildemente ante ti, Padre.

Sobre las olas del mar Licio navega hacia Roma, en un barco revestido de púrpura enlutada, la urna funeraria de Ulpio Nerwa Trianus.

Las olas baten con sonido rítmico en la proa del barco. Resbalan suavemente, en cadencia perfecta, los remos largos que acarician el agua. Del lado del mar Cretano, donde baja a acostarse, Helios entra una lluvia de lanzas ensangrentadas. Se levanta y baja el mar en las anchas ondulaciones de la "buda", como un seno de mujer en feliz reposo. Es el ritmo eterno del mundo. Es el pensamiento que salta de los límites del tiempo y del espacio, en concordancia sincrónica con las pulsaciones de los astros. Como el incienso se eleva en el aire, así sube hacia el cielo azul nuestra alma desprendida de los mortales restos.

Sobre el puente de la nave en "privilegium sacrum" se desliza el plectro sobre las cuerdas de la lira y caen los suaves acordes, como lágrimas de oro, sobre las escudras de plata.

Entre el cielo y el mar, en el infinito clamor, sólo se oye el sonido de la lira que tímidamente susurra melodías en una lluvia de notas de oro en el profundo silencio de la noche.

Como los árboles que exhiben sus hojas con el lado reluciente hacia el sol, los creyentes levantan al orar los brazos blancos hacia el cielo con las palmas abiertas en el éter. Su himno, brotando de la profundidad de nuestro deseo de luz, corre con murmullo de arroyo en la montaña hacia el sol. Y ese himno termina de este modo:

"Hacia ti, Padre celestial, se dirigen todas las cosas, todas viven de ti, todas son bellas por ti. Los árboles, en las selvas, se estiran y se sobrepasan, alzando sus brazos hacia ti para no quedarse en la sombra de los viejos fuertes y felices bajo la lluvia de oro de tus rayos. Delgados, delicados y esbeltos, como los cirios frente a los altares, se levantan los troncos de los árboles jóvenes. Como unos niños desosados de ver tu sagrado rostro, como doncellas desosadas de recibir el beso sobre sus labios, así se enhiestan sus coronas hacia tu luz.

"Y los árboles y las hierbas encienden fuegos de alegría y devoción: las corolas de sus flores queman su perfume, que sube hacia ti.

"Y nosotros, los hombres, tus últimos hijos—en la gran multitud de seres que has procreado—, nosotros los más bellos: nuestro cuerpo es el tronco, nuestra alma es la flor, nuestro pensamiento es el perfume, nuestro corazón es el espejo, nuestra vida es el himno a tu poder, a tu luz, a tu armonía. Sol, ¡Gloria a ti!"

(Versión del rumano por Virginia Cotruş.)

La persecución religiosa en Rumania

Quando le truppe russe varcarono le frontiere romene, in seguito alla capitolazione del 23 agosto 1944, non poche furono le chiese profanate, non pochi i conventi messi a soqquadro e specialmente non poche furono le povere suore esposte agli istinti bestiali della soldataglia russa incivile e senza freni. I ricordi delle scene vissute in quei oramai lontani giorni suscitano anche oggi un senso di indicibile orrore nelle anime di coloro che ebbero la triste sorte di esserne le vittime o i testimoni. Il comportamento irriverente dei soldati russi verso le cose sacre e le persone ecclesiastiche non fu attribuito dai dirigenti comunisti ai soli sentimenti di avversione comunista contro la religione, ma agli inevitabili abusi commessi in tutti i tempi ed in tutti i luoghi dalle truppe occupanti. Infatti, passati i primi tempi torbidi, i dirigenti comunisti, adottando una nuova tattica destinata ad ingannare la opinione pubblica e seminare il disorientamento in mezzo alla gente, fecero tutto il possibile per far credere al popolo rumeno che il comunismo avrebbe cambiato i suoi atteggiamenti nei riguardi della religione e che, dunque, una pacifica convivenza tra il regime comunista e la Chiesa non sarebbe affatto impossibile. In una riunione del partito comunista rumeno, che ebbe luogo subito dopo la occupazione russa della Rumania, Anna Pauker, la famosa Passionaria rumena, tracciò la linea di condotta del partito verso la religione: evitare gli attacchi diretti, le apparenze della violenza e le critiche aperte alla cosa della religione. Il partito non rinuncia con questo alla lotta contro le "superstizioni religiose" e contro le "menzogne del misticismo borghese-capitalistico"; si voleva semplicemente evitare di urtare i sentimenti delle popolazioni romene, profondamente cristiane, in un momento in cui i comunisti avevano assolutamente bisogno di acquistare la fiducia di quelle popolazioni avverse ai russi e prevenute contro il comunismo. Un attacco aperto contro le istituzioni tradizionali sarebbe stato certamente controproducente per i comunisti in quel periodo di transizione.

Le raccomandazioni di Anna Pauker ispirarono effettivamente la politica religiosa dei comunisti nei primi anni dopo l'occupazione russa. Ripetutamente i dirigenti e gli agitatori comunisti dichiararono che "in un regime di democrazia popolare la libertà religiosa è rispettata come tutte le altre libertà e nessuno può essere perseguitato per le sue credenze religiose". Dopo il suo primo viaggio a Mosca, nell'autunno del 1948, il Primo Ministro Petre Groza dichiarò solennemente che il governo rispetterebbe soprattutto la Monarchia, la Chiesa e la proprietà privata. (E' interessante notare che simili affermazioni fece anche Togliatti in un discorso tenuto dopo la entrata delle truppe alleate a Roma.) Più ancora, in quei tempi, lo stesso Petre Groza, che fu imposto come Primo Ministro dai comunisti, assistette, in veste ufficiale, a diverse manifestazioni religiose; in occasione della consacrazione di una chiesa a Timisoara prese anche la parola dichiarando: fervido credente e rispettoso della religione dei padri. Dal canto suo, Gheorghiu-Dej, allora Segretario generale del Partito comunista, ebbe a dire in un discorso al Parlamento: "Noi facciamo una politica realistica e la Chiesa è una realtà di cui dobbiamo tener conto". Ed il Ministro dei Culti, Stancu Stoian, parlando ad un gruppo di sacerdoti ortodossi, riuniti per un corso di preparazione politica, ebbe il coraggio di sostenere, con citazioni di Marx e Lenin, che il comunismo lungi dal combattere ed avversare la religione, la difende soprattutto contro le infiltrazioni e contaminazioni politiche. Questo atteggiamento di apparente rispetto trovò la sua espressione nella stessa Costituzione della Repubblica Popolare Rumena. Infatti, l'articolo 27 della Costituzione dichiara: "Lo Stato garantisce la libertà di coscienza e la libertà religiosa a tutti i cittadini".

Ma la realtà delle cose è ben diversa, purtroppo. Fur dichiarandosi rispettosi della libertà religiosa, i comunisti hanno trovato il modo, in questi dieci anni di occupazione russa, di distruggere quasi completamente la Chiesa cattolica di rito orientale, di dismembrare la Chiesa cattolica di rito latino e di piegare ai voleri del regime la Chiesa nazionale ortodossa. Tutto questo come omaggio alla libertà di coscienza.

Il 1 dicembre 1948 la Chiesa cattolica di rito orientale fu ufficialmente soppressa per mezzo di un decreto governativo e messa fuori legge. Il Decreto del 1 dicembre 1948 chiuderà la lunga serie di misure "legali" prese dal governo comunista per rendere impossibile la vita a questa Chiesa e completata la ultima fase di una persecuzione atroce che si sono mai scatenate contro la Chiesa di Cristo. Di fatti, quando apparì il Decreto di soppressione, tutti i vescovi si trovavano già incarcerati, quasi

due mila sacerdoti arrestati o dispersi ed inseguiti sin tregua dalla polizia comunista; tutti i conventi occupati e devastati dai comunisti, mentre i religiosi e le religiose furono gettati nella prigione o inviati ai lavori forzati; furono sequestrati tutti i beni della Chiesa e furono occupati tutti gli edifici dei seminari, delle case religiose, degli istituti di educazione, degli ospedali, delle parrocchie; furono chiuse tutte le chiese e la stampa cattolica fu soppressa, mentre sui fedeli di questa Chiesa le autorità governative esercitarono le più dure pressioni, fatte di minacce, di arresti, di maltrattamenti e di deportazioni, per obbligarli a rompere qualsiasi contatto con la Sede Apostolica e passare alla Chiesa nazionale ortodossa. Così, mentre la stampa comunista si rallegrava della "fine della oppressione papale in Rumania", ineggiando ai "necessari e saggii provvedimenti" del governo, la Chiesa cattolica di rito orientale viveva giorni di terrore, di dolore e di tristezza. Tutto fu devastato dalla implacabile furia comunista. Tali furono infatti le misure adottate dal governo di Bucarest contro la Chiesa cattolica di rito orientale che in pochi mesi, dall'agosto al dicembre 1948, essa fu addirittura schiacciata e le sue molteplici attività, nel campo spirituale, culturale, assistenziale, educativo e sociale, soffocate dal tutto.

Due anni dopo, il governo rivolse la sua attenzione alla Chiesa cattolica di rito latino. Uno dopo l'altro, i suoi vescovi furono gettati nella prigione. Moltissimi sacerdoti, sotto vari pretesti, furono arrestati. Furono soppressi per legge tutti gli Ordini e tutte le Congregazioni religiose. Fu proibito l'insegnamento cattolico. Poi, per mezzo di inganni, di menzogne e di violenza, il governo comunista si adoperò a promuovere la formazione di una "Chiesa cattolica democratica", la quale, pur conservando apparentemente i dogmi ed il rituale cattolico, si negasse di obbedire ai vescovi legittimi ed al Papa ed offrissi, invece, la sua piena collaborazione al "regime di democrazia popolare". Per poter lavorare con più libertà in questo senso, il governo di Bucarest, nel luglio 1950, obbligò il Vescovo Apostolico, Mons. Gerard O'Hara, di abbandonare il paese. Allontanato l'ultimo ostacolo, fatta tacere anche la ultima voce di protesta, il governo rosso poteva adesso spingere fino in fondo le sue inique intenzioni.

Le drastiche misure prese dal governo comunista contro la Chiesa cattolica di Rumania, sono state presentate dalla stampa comunista come una cosa del tutto "legale", come un necessario intervento da parte dello Stato contro una istituzione che, essendo asservita al capitalismo ed alla mentalità borghese, si è sistematicamente negata di collaborare con il "popolo", opponendo un ostinato rifiuto a tutti i richiami e a tutti gli inviti fatti dal governo in questo senso. Non contro la Chiesa, dunque, come fede, né contro la religione, né contro i fedeli cattolici sarebbero rivolte le misure del governo, ma unicamente contro quella parte reazionaria del clero che ha fatto della religione un'arma politica al servizio delle ambizioni papali e dell'imperialismo occidentale. Cosa avrebbero dovuto fare, dunque, i vescovi ostinati ed il clero reazionario per vivere in pace e godere la libertà che la Costituzione assicura a tutti i cittadini, indistintamente? Collaborare semplicemente con coloro che vogliono il vero bene del popolo, cioè i comunisti, spezzare una volta per sempre le catene della schiavitù papale, condannare coloro che vogliono la guerra, lavorare per l'avvenire del socialismo... Adattarsi, cioè, alla nuova situazione sorta in seguito alla instaurazione in Rumania del regime di democrazia popolare. Il non aver voluto capire questo da parte dei rappresentanti della Chiesa cattolica, obbligò il governo a prendere le misure in merito.

Ma per dimostrare la falsità di queste affermazioni che non sarebbe impossibile una intesa ed una pacifica convivenza tra il regime comunista e la Chiesa cattolica, in cui quest'ultima conservasse tutta la sua libertà di azione basta dare un pur brevissimo cenno alla situazione della Chiesa nazionale ortodossa, contro la quale il governo comunista non ebbe a muovere le accuse che mosse contro la Chiesa cattolica, e che apparentemente gode di tutti i favori dell'attuale regime. Ci domandiamo, quindi: E' veramente libera, nonostante tutto, la Chiesa ortodossa rumena? No. Essa è più schiava che mai. Lo Stato comunista controlla tutta la sua attività, anche nei più piccoli particolari. Essa non può predicare liberamente il Vangelo perché gli schemi delle prediche vengono preparati dalla Patriarchia di Bucarest secondo le indicazioni dei "responsabili" comunisti; i sacerdoti devono perciò predicare non quello che converrebbe alla Chiesa, secondo le esigenze della sua missione spirituale, ma quello che conviene al regime. Non di rado i sacerdoti sono invitati a prendere parte attiva alle varie campagne di propaganda

organizzate dal governo. E chi si rifiuta di proiettare la propria vocazione sacerdotale su molto bene ciò che l'aspetta: la prigione, il campo di concentramento, i lavori forzati. Non pochi sono i sacerdoti ortodossi incarcerati per essersi rifiutati di leggere nelle chiese le lettere pastorali del Patriarca Justinian, inneggianti al comunismo. La Chiesa ortodossa non ha il diritto di opporsi e di combattere la propaganda atea ed antireligiosa fatta dal regime con tutti i mezzi disponibili: nelle scuole, nelle fabbriche, nelle riunioni di partito, alla radio, per mezzo della stampa e delle innumerevoli pubblicazioni ed opuscoli che deridono le cose sacre, si burlano dei rappresentanti della Chiesa e combattono, per mezzo di "argomenti scientifici" tutte le "superstizioni religiose". Potesse almeno la Chiesa ortodossa dare un poco di istruzione religiosa ai bambini ed alla gioventù? Ma neanche per sogno! Lo Stato si riserva il diritto esclusivo di formare le nuove generazioni secondo lo spirito della democrazia popolare, cioè secondo i principi marxisti che escludono qualsiasi sentimento religioso. Che cosa può fare, dunque, la Chiesa ortodossa in queste condizioni? Stare semplicemente agli ordini del governo. Infatti, il Ministro dei Culti dispone di tutto, decide e coordina tutta l'attività della Chiesa ortodossa secondo gli interessi del regime. Ed in questo caso, naturalmente, il governo non chiude le chiese e non getta nella prigione i vescovi. Ma che vantaggio offre una chiesa aperta se essa è obbligata a trasformarsi in tribuna di propaganda comunista? E a che cosa serve la libertà di culto se non esiste la libertà d'insegnare, la libertà di formare la coscienza religiosa della gioventù? Poco a poco i giovani si allontanano dalla religione e le chiese restano deserte. Del resto, pur permettendo le funzioni religiose in certe chiese, il governo fa tutto il possibile per impedire alla gente di frequentare le chiese. Perché, nonostante le solenni dichiarazioni di rispetto per le credenze religiose fatte in diverse occasioni dai rappresentanti comunisti, il comunismo resta sempre il nemico implacabile della fede in Dio.

Ripensando a tutto questo ci si rende facilmente conto che le condizioni della Chiesa, cattolica ed ortodossa, in Rumania sono tristissime. L'una, annientata in tutte le sue manifestazioni in seguito ad una delle più tremende persecuzioni, l'altra, incatenata e resa incapace di svolgere qualsiasi attività spirituale. Ma nonostante la terribile persecuzione sofferta dalla Chiesa cattolica (ci ricordi che in Rumania tutti i vescovi cattolici sono stati incarcerati, come anche la maggioranza dei sacerdoti), nonostante il suo lungo e doloroso calvario, non sembra che la sua tragedia abbia suscitato nel mondo libero la risonanza che avrebbe meritato. Lo stesso Cardinale Tisserant, Segretario della Sacra Congregazione Orientale scriveva recentemente: "Nonostante che il Santo Padre abbia in due solenni Documenti Pontifici indicato all'ammirazione del mondo civile il martirio della Chiesa in Rumania, l'opinione pubblica non è molto informata di quanto è avvenuto e avviene in Rumania, dove i nemici di Dio e della civiltà hanno distrutto l'apparato esteriore di una Chiesa fiorente, riducendola al silenzio delle catacombe moderne". Così si spiega perché i nomi dei vescovi romeni che hanno dato la loro vita per la fede in Cristo o che languiscono tuttora nelle terribili carceri comuniste, non sono molto conosciuti dalla stampa occidentale. Tra questi c'è da ricordare, in primo luogo, Mons. Basilio AFENTIE, vescovo ausiliare di Blaj, morto nelle carceri di Vacarest a causa delle torture e dei maltrattamenti sofferti, il 10 maggio 1950. All'inizio di quest'anno morì nella prigione anche l'Arcivescovo di Bucarest, Mons. Alessandro CISAR, arrestato il 20 maggio 1950 per essersi rifiutato di accettare lo Statuto che il governo comunista voleva imporre alla Chiesa cattolica di rito latino e che mirava di sottrarre la Chiesa rumena alla giurisdizione della Sede Apostolica. Pure nella prigione o nei campi di lavori forzati morirono: Mons. Valerio Traianu FRENTIU, vescovo di Oradea Mare e Mons. Agostino PACHA, vescovo di Timisoara, mentre degli altri otto vescovi incarcerati non si sa se vivono ancora. Sulla loro dura sorte, come su quella di tanti sacerdoti e fedeli incarcerati o deportati, si è steso il velo del silenzio.

In mezzo a questi intrepidi difensori e confessori della fede in Cristo risale la straordinaria figura del giovane vescovo, Monsignore Giovanni SUCIU, Amministratore Apostolico della Sede Metropolitana di Blaj, che animò con la sua parola ardente e con il suo atteggiamento inflessibile la resistenza cristiana di fronte alla oppressione comunista. Nella imminenza della persecuzione questo giovane vescovo, piccolo di statura e dal viso scarno, ma pieno di ardore apostolico oltre che colossismo, diven-

(Segue in la pag. 10.)

RAPSODIA VALACA

Por ALEX COTRUS

Sin querer,
nos has dado
años y lengua,
arrebataste del Paraíso...
Y nos has dado
rudos pasos
de guerreros
y enemigos gigantesco,
en estas orillas
sin vado,
devastadoras, de infierno.

Como corazón violento, duro,
nos has dado el Danubio...
Miradas al acecho,
a través de la niebla hambrienta,
en fronteras de castigo...
Y voluntades immoderadas,
en el aire borrascoso,
bajo el cielo azul,
aquí abajo,
de bosque en bosque,
de castro en castro,
de hogar en hogar,
en la vastedad de las tierras,
Roma, de piedra,
vieja Roma,
emperatriz sin igual
de los mundos...

Dacio obstinado que muere
de pie,
defendiendo con furia loca
lo que es suyo;
con mi rebeldía—manojo carpático-danu-
biano
de tempestuoso aroma—
con la sangre parada en el pecho
y en los riñones,
ante ti, Roma,
mi pensamiento recto
cae de rodillas...

Y quisiera, con el deseo—lunático lobo—,
arrancarme de las selvas de los siglos
y pasar de puerta en puerta,
a través de tiempo muerto,
de umbral en umbral,
con sandalias o abarcas de ceniza...
Con los siglos bajo el pie,
detenerme en la fuente del tiempo...
Con brusca mano batalladora,
arrancar las cadenas de los instantes...
Que beba
cuanto quiera
mi sed áspera, ardiente,
de todas las aguas del recuerdo...

Que sienta cómo mi mirada se derrama:
mar de plata sobre el tiempo quemado...
Que vea con ojos de águila
a través de ruinas y ruinas...
Desde el principio del principio,
que jamás nadie ha visto,
vea...

Con el oído absorbido
por ruidos sordos, subterráneos,
alucinado,
que oiga,
que oiga,
por encima de locos aleteos, y aleteos
que nadie oye,
los oiga yo.

Bajo mi gorro de niebla,
a través de la noche que hiela mi aliento,
que me desprende de los hombros el traje
putrido,
mire la eternidad cara a cara,
con sus secretos y sus tumbas sin número...

Y con el hambre de saber que muere mis
entrañas,
como un arado mellado surque mi pensa-
miento,
apoyado en mi mirada como en un fusil,
toque
—codo de araña—
la huella invisible, nocturna, ensoñada...
Y partiendo de ella,
cuanto tiene la vastedad:
otros rebaños
y rebaños
de huellas,
y huellas,
y huellas...

Que haga una parada
sin voz,
aposedumbrado de secretos agobiadores,
sobre el primer paso
de mi estirpe...

En la almohada de su principio,
alucinado,
dividando el camino recorrido,
que abraze, que acaricie, que consuele,
la aurora en su día primero...

En las encrucijadas de los misterios ciegos,
en la fuente de su infancia,
con temblor infantil,
que me detenga
a beber agua del agua de las auroras...

Con el oído lento y lóbrego,
que oiga,
que oiga,
que oiga su primera palabra:

breve vuelo de tórtola,
con todo el olor de la tierra en ella...
Y en el aire fresco
del temblor, sede sangre...
apoyado en las auroras de los siglos,
traiga de la noche y el infinito,
el pasado, el pasado: huracán petrificado...

Quede de piedra,
con el corazón golpeando como un martillo,
oyendo cómo grita maravillosamente,
en una yacía de ruda dacia y de milite ro-
mano,
su primer fruto: el primer rumano.

Que me canten—Mares Negros—en los oí-
dos,
todos los hogares y las luchas milenarias...
Que yo haga que se levante, como de un
volcán,
sobre nuestro cielo, la sombra de Trajano...
Que como ciudades fantasmas, de las cení-
zas y las ascuas,
resurjan gigantesco Sarmisegetuzas
de piedras antiguas y aceros nuevos,
regadas con nuestros sudores y sangre...
Que arroje a Decéballo del monte
con todo su valor,
y en un torbellino sin igual,
como un profeta,
en cánticos de fuego,
sobre la estirpe, sobre la patria lo siembre...

El Razezatul
nos ha enterrado al Emperador en las ro-
cas...
El Surul
ha sido nuestro defensor a través de las ti-
nieblas...
Los montes aquí, todos,
han conocido nuestro paso y nuestro pen-
samiento...

Siglo tras siglo, sin tregua,
los montes han sido nuestros lechos,
lechos fulminados,
ensangrentados...
Hemos dormido entre los abetos,
con el oído sobre sus corazones...
Las rocas, sobre las que el aire cierne sus
nubes,
y con manos de borrasca las ramas a los
abetos esparce,
han sido nuestros cabezales,
cabezales eternos...

Lucerna nos fué la luna;
trompeta, la tormenta...
Y, en la bóveda azul,
para nuestro paso duro y fecundo,
el sol, único reloj
en nuestra eternidad...
La selva nos fué verde iglesia;
el claro, monasterio mágico,
y la cumbre solitaria, altar...

Y en nuestras luchas con el infierno,
sacerdote
nos fué el abeto...
Y el cielo, libro de plegarias...

Huertos, a millares,
nos han sido los campos...
Las llanuras sin límites
nos fueron graneros;
y, hasta donde los horizontes se cierran,
el Mar Negro y el Danubio, muros...

Los Cárpatos viejos
nos fueron abuelos,
abuelos y señores...
Transilvania obstinada e idólatra,
a través de huracanes que gritan y ladran,
nos ha educado en su hogar salvaje,
en pañales de piedra,
en pechos de llamas y de siler,
para que nadie nos iguale en los peligros...

Con pechos que no se asustan,
con pasos bajo los que la piedra se quiebra
y canta,
hemos venido a las manos con los lobos y
los osos...
Crecidos confundidamente con los bisontes y
las tempestades,
hemos cambiado de lugar a las rocas,
y así, a la ventura,
hemos asido el rayo con la mano...

Guardias ásperas, inquebrantables,
hacia el Oriente,
tú has querido que seamos,
desde los días del Emperador Trajano hasta
hoy:
con arados de fuego,
arrancados de lugar en lugar,
como arrastrados por tempestuosos bi-
sontes,
en surcos abiertos hacia las nubes...

Segadores,
gigantesco,
como diablos,
en las rápidas guadañas...
Con el pecho duro, desnudo,
pasando como locos,
de tormenta en tormenta,
de incendio en incendio...

Pastores legendarios
sobre los años...
Viajeros atrevidos

sobre las nieblas...
Campesinos milenarios
sobre tumbas de bárbaros,
a través de siglos bandoleros,
Roma, contigo
siempre...

Sin puertas,
en chozas de polvo y cenizas,
en el batallar sin tregua,
nos hemos lavado las heridas en el Da-
nubio,
y en los montes canos
nos las hemos curado...

La capa que tú nos dejaste,
todos los lobos de las nevadas la mor-
dieron,
pero no han podido arrancárnosla de los
hombros
las borrascas innumerables...

Decéballo y Trajano,
si volvieran, por un día,
a la tierra, entre nosotros,
nos encontrarían
aquí,
sobre el arroyo podrido de los siglos,
con la misma capa, con el mismo traje,
con la misma camisa
que nos envuelve el cuerpo
lo mismo que entonces
cuando
hirviendo
en las órdenes rápidas y rapaces de la
sangre
y en ansias atrevidas de rebeldía,
íbamos a tu encuentro
con ademán agresivo,
como sobre un torrente,
sobre el Danubio...

La abarca de entonces, la misma es...
Deja en el barro la misma huella...
Como ferrada por la eternidad,
golpea los mismos senderos torcidos,
y, ágil, pasa a través del barro,
por el camino mutilado,
como a través de un puente...

El ciervo que hiela la sangre
y nos aúlla en el oído el cántico de las
estepas,
no nos ha cambiado ni la faz,
ni la marcha...

Hemos conocido calamidades,
largas como eternidades...
Sobre nuestras casas han cantado sinies-
tros
los rojos gallos
del fuego
y de la desdicha...

Los caminos de la Patria, con sangre los
hemos regado
a lo largo y a lo ancho,
sin descansar,
pero no ha habido espías,
que nos vieran llorando
en los caminos torpes y difíciles
escritos por encima de nosotros, en las es-
trellas...

Negra águila imperial, hacia mí
viene,
viene
con vuelo gigantesco, ardiente,
el recuerdo...
Y no puedo abuyentarlo
del galope de los caballos,
del fragor de las batallas,
de la campana del corazón...
Del diluvio que pasa,
de la guadaña de la muerte
y del cambiante arco iris,
roto continuamente, surgido continua-
mente,
encima de las luchas sordas de mi estirpe,
de mi sangre,
de mi sueño...

Rápidos, obstinados, vengativos,
con puños pétreos y ardientes,
no hemos dejado escapar los cuchillos de
los dientes,
ni siquiera bajo las pezuñas de los inva-
sores...

Hemos destruido terribles huertes de
turcos,
de húngaros orgullosos y de tártaros...
Y los hemos pulverizado como se pulveriza
el tamo,
desde el Danubio al Selmbru y Suceava...
Hemos atravesado altos montes y grandes
aguas,
hemos afrontado fuertes cárceles
y borcas...

La rueda de Horia
crocera en nuestras profundidades, día a
día,
hasta que el sol aparezca en el cielo,
hasta que no cierre su libro de sangre la
Historia...

Su sangre,
su sangre
más fuerte que la dureza del acero,
en impetuoso torrente
se ha vuelto a derramar en nuestra san-
gre...

Y no hay en la tierra montaña de barro,
ni en las perezosas laderas tantos sepultu-
reros,
rápidos y bárbaros,
que sepulten en nosotros la rueda de Ho-
ria...

Como atravesado por una puñalada en el
corazón,
un milite, en el último momento,
mi vida, de las profundidades, grita,
grita largamente para una respuesta:

¿Quién te podría
partir en dos alguna vez,
Roma eterna,
nueva Roma?

¿Qué Vesubio de cenizas y de fango
podría manchar el aire entre nosotros,
para que nuestra cabeza rica y ardiente
no recuerde ya Roma?

¿Quién podría imaginar
a tu forjador de hoy, un día
tempestuoso adversario
de Trajano?

¿A través de qué terribles y asesinas des-
garraduras
podría enviar alguna vez el
contra la Roma de ayer,
sangre itálica, itálico acero?

¿Podrían itálicos aviadores
lunáticos volar sobre nuestros Cárpatos,
en imperiales águilas de acero, entre las
nubes,
sobre solares y romanos Adriáticos?

¿Podría la nueva Roma en el universo
dar los mismos pasos
hacia Oriente, contra nosotros, con la mis-
ma marcha
que los descendientes de Atila y de Arpad?

Y si surgiera como en los días antiguos,
de las crueles órdenes latinas, la tormenta,
¿podrían abatir sus alas en nosotros,
nuestras Romas de siempre?

Si tú, a través de los siglos,
miles y miles de veces,
nos olvidaste:
hacia ti, como hacia un país encantado,
hemos mirado y miramos atrás.

Desde pequeños, con blancas manos de pen-
samiento y de ensueño,
hemos abierto todas tus puertas...
Hemos pisado tus calles con paso temblo-
roso,
y hemos besado las estatuas de los Cé-
sares...

Como hacia la infancia florida,
Roma, Roma, me vuelvo hacia ti,
como hacia un toque de cuerno
procedente de las profundidades de la eter-
nidad...

Aunque pasen Danubios y Danubios
por aquí, en torrente espantoso,
no podrán jamás ahogar
todos nuestros inmortales Trajanos...

¡Oh, cómo quisiera, en daco-románica ha-
bla,
intentar un encarnizado, decéballico ver-
bo!...
¿Cómo lo habría intentado cuando eras
duña del universo!

En el Guadalquivir, en el Tiber y en el Da-
nubio,
resuena el mismo lenguaje maravilloso
que ha atravesado estepas, pampas y océa-
nos...
Las mismas leyes antiguas ordenan obe-
diencia...

(Sigue en la pág. 10.)

RAPSODIA VALACA

(Vine de la pag. 9.)

Dacio, romano, ibero,
el mismo paso de piedra y de hierro...
Los mismos caminos y aires nuevos...
Y puentes invisibles de océano a océano...
Decéballo y Trajano
se han reconciliado miles de veces en nosotros.

Al nacimiento, del choque terrible
de dos voluntades titánicas, de mi estirpe,
cuando Roma hablaba,
como en una orden sin fronteras,
toda la tierra se ponía en pie,
con los ojos hacia ella...

En sus huellas, henos, como las hojas y las
hierbas,
estirpe de selváticas savias latiendo,
con un pie vigoroso plantado en la estepa
ciega;
con el otro, a través de las llanuras, en el
Pindo...

Con los hombros apoyados
en los Cárpatos...
Con el Mar Negro en la puerta,
con agresivos Danubios de sangre y de
ansia, aullando,
sobre el limo ciego y la tierra muerta...
Con bosques de soldados como abetos jun-
to a abetos...
¿Qué puedes exigirnos más,
Roma de hoy,
Roma de ayer?

Si no hubiéramos existido nosotros, ¿cuán-
to oro y cuántos hombres
hubiesen sido necesarios para afrontar la
tormenta,
aquí, de monte en monte?
¿Y cuántos ríos de sangre hubieran tenido
que correr,
oh, Roma demiúrgica,
para sembrar tu lengua imperial,
hasta las márgenes del abismo,
en las cimas de los Cárpatos y a través de
las estepas?

En el imperio de las tinieblas resuenan
sordas
y sin número trompetas y trompetas...

Soñando con derribar la tierra desde sus
cimientos,
huestes corren y crecen: huracán...
Los caballos de la tormenta comienzan a
saltar
bajo las espuelas crueles de un nuevo Gen-
gis-Jan...

Llegando, con penurias de llamas indoma-
bles
de las estepas,
la cabalgada salvaje,
al Adriático
y en el Cuerno de Oro quiere abreviar...

Aquí, en fronteras acechadas,
donde deseos locos aullan y ladrán,
esperamos, como desde siglos, en el hori-
zonte,
miles como crecidos de la piedra...

Con armas y armas sin número
en los hombros...
Con el oído—campana de alarma—;
con botas claveteadas que el hierro des-
truyen,
bajo vientos y lluvias,
en pantanos de barro,
están prontas, en orillas de tinieblas,
con los rostros quemados, hacia nuevos
soles,
todas nuestras invisibles Romas...

Me atormento, ardo, disminuyo y me ex-
tingo,
y, como entre ruinas de destrucción,
de mis entrañas de llamas me desentierro,
para ser tu rapsoda en la lucha hasta el
fin...

Ahora,
ahora
y a través de ahora,
sobre mi paso quemado por polvo y ceniza,
sobre mi nombre de niebla y humo,
que me hienda un rápido camino
más lejos,
más lejos,
sobre mí, sobre la vida, sobre la muerte...

El pensamiento salvaje, ferviente,
pasa—rio ciego—adelante,
y en las olas salvajes
un cielo sin límites lo lleva,
entre vivos y entre muertos,
hacia el Mar Negro de tu suerte titánica...

¡Cómo quisiera de mi roca desprenderme,
y con una fuerza que resucitara a los
muertos,
sobre mi navío, vasto como un Imperio,
con ansia tempestuosa y oceánica,
corsario sobre las aguas,
ebrio de olas,
navegar,
navegar
con el sol por faro,
con la tormenta como brújula;
con la audacia por único pan,
explorar los mares de tus siglos de mañana,
desde siempre hacia siempre!

El anhelo y el pensamiento
pasan por el tiempo, hendiéndolo...

Así,
ha sido escrito para ti, en alguna parte, en
alguna parte,
en el turbio, titánico libro de los secretos,
entre marches, que marches en tu marcha
por el camino más largo y más difícil,
invencible, indócil,
más arriba
y más lejos...

Como a una nueva Roma, te esperen
en las puertas, en los escalones de tu gran-
deza,
a través de miles y miles de años,
arrodillados,
los Cárpatos
y los Balcanes...

Creciendo como la arena del mar,
dominarás
aquí,
eternamente,
estirpe mía,
estirpe mía...

Arados sostenidos por brazos de héroes
ararán las cumbres de los montes...
En las llanuras, en las hazaas, en los cam-
pos mojados,
resonarán, como hoy, las mismas dolinas;
morenos pastores, con capuchones, como
en las leyendas,
tocarán la flauta en las mismas cordilleras.

Bajo las jabalinas del sol,
crecerán sembrados en cumbres y veredas,
con las pajas como espadas,
con espigas como gorriónes...

Encima de las progenies de nuestros ene-
migos de ahora
caerá desde siglos el rocío y la escarcha...
El viento—semental gigantesco—pisará li-
gero
la hierba sobre sus tumbas...

Pacerán en ellos rebaños y rebaños,
búfalos de plomo y potros que se encabri-
tan...

A las amarillas aguas del Tisa,
los caballos valacos bajarán siempre a
abreviar...

Y una estirpe de gigantes
de pisadas terribles,
buscando cruelmente enemigos
con quienes medir
sus fuerzas ilimitadas,
sobre derrumbamientos que cambian la faz
del mundo,
hablará con los Cárpatos, con el Bug, con
el Danubio,
con el Mar Negro y con Dios,
como en un nuevo Apocalipsis, siempre
la misma lengua,
en la que canta hoy sus tormentos y sus
deseos
mi estirpe...

Madrid, enero 1940.

(Versión del rumano por Cayetano Apa-
ricio.)

IL TROFEO DI TRAIANO IN ADAMCLISI

ni è enorme. Ed è proprio nello strano con-
trasto fra l'idea generale di questo monu-
mento e i particolari della sua decorazione
che risiede in gran parte il suo interesse
archeologico.

L'insieme, effettivamente, è di un disegno
così sicuro e di una concezione tanto genia-
le e così perfettamente in armonia col ca-
rattere del monumento, che molti archeo-
logi non hanno esitato ad attribuire il pia-
no generale all'architetto di Traiano, al
grande Apollodoro di Damasco.

Ma la tecnica dei particolari e delle de-
corazioni non solo non partecipa alla gran-
dezza artistica della concezione generale,
ma se ne allontana talmente, che gli ar-
cheologi sono perplessi davanti a questa
strana discordanza.

Ad aumentare la loro perplessità, uno
studio approfondito ha rivelato ancora che
nessuna correlazione logica esiste fra le
linee generali del monumento e i suoi par-
ticolari decorativi. In un rilievo, ad esem-
pio, che riproduce una scena abbastanza
ovvia in un paese conquistato, cioè un sol-
dato romano che conduce due prigionieri
daci incatenati, sebbene le figure non
manchino di un certo vigore, lo stile è tal-
mente primitivo e barbaro, che ricorda
quasi la rude arte medioevale anticipata di
10 secoli!

Si è in presenza di una manifestazione
artistica della più grande importanza, per-
ché rappresenta una rarissima testimonianza
di arte "provinciale" romana. Tutti i
rilievi e ogni particolare della decorazione
esprimono quest'arte primitiva, che costitui-
sce uno strano fenomeno in un tempo
in cui l'arte "ufficiale" dell'impero, espan-
dendosi in tutta la sua ricchezza, creava
quel capolavoro che è la Colonna Traiana
a Roma.

Ed ecco gli archeologi davanti a un nuo-
vo problema: a quale gruppo umano biso-
gna attribuire le decorazioni di Adamclisi?
Essi non si sono ancora messi d'accordo su
due ipotesi, egualmente abbastanza plausi-
bili.

Furono i legionari romani che, dopo aver
lasciato le tracce delle loro attitudini ar-
tistiche in parecchie regioni dell'impero,
si riservarono l'onore di decorare anche il
trofeo delle loro vittorie; oppure queste
decorazioni si devono ad artigiani indige-
ni, i quali, pur imitando i modelli artistici
di Roma, non riuscirono a liberarsi da
quello stile "barbaro", di cui si trovano
molti esempi analoghi dalla Dacia fino alla
Tracia?

Io, personalmente, dopo aver ammirato
queste decorazioni al Museo Nazionale di
Bucarest, e soprattutto dopo averle compa-
rate ad altre simili che avevo visto prima

in Bulgaria, ammetto piuttosto quest'ulti-
ma ipotesi.

E penso pure che sarebbe molto interes-
sante se, attraverso le sue manifestazioni
artistiche, si riuscisse a rischiarare le tene-
bre che avvolgono le origini di quel-
l'antichissimo popolo stabilito nella parte
orientale dei Balcani, di quei Daci e Traci
la cui storia ha le sue radici in epoche
molto anteriori alla conquista romana.

È un compito appassionante, ed io non
dubito che queste ricerche finirebbero per
gettare anche un po' di luce sul "tipo"
umano che ha popolato questo bel paese
di Romania dai tempi più remoti. Lo stu-
dio di questo tipo umano—soprattutto in
un tempo come il nostro di febbrili ricer-
che razziali—potrebbe anche aggiungere
elementi nuovi alla conoscenza ancora in-
completa di questa inquieta umanità d'Eu-
ropa.

GJIKI BOBICH

Rumania en la Unión Latina

rica, sin posible absorción, y gritar ahora
como antaño: "romanul nu pierde", el ru-
mano no pierde.

Su cultura, en la que hubieron de mace-
rarse caldos bizantinos y eslavos por la
fuerza de su geografía, acabó decantándose
en alambiques galos—occidentales—durante
el siglo XIX. Sus poetas, sus pensadores,
sus artistas, miran a Occidente con una
obsesión de nostalgia, acosados por un
pensamiento esclavizador y agobiante. Sa-
ben que en Roma, en la Columna de Tra-
jano, llevan trazada en mármol, enroscada
a su fuste bajo la figura del emperador
bispanense, su epopeya milenaria, cuando
en la punta de las lanzas imperiales les
fue ofrecido el pan espiritual del idioma:
ese idioma que por encima de la brasa mos-
covita y otomana proclamaba diecinueve si-
glos después la permanencia unida de una
estirpe engrandecida en el dolor.

Madrid, sede del Congreso de las frater-
nas voces, recoge desde su Occidente atlán-
tico el voto de su hermana levantina, cau-
tiva hoy del mismo enemigo que preten-
diera sujeción a España. La comunidad
europea de naciones romances ha de sen-
tirse solidificada y consolidada ante la opre-
sión de la bella y dulce tierra rumanesca,
adonde uno de los poetas máximos de la
Latinidad, Publio Ovidio Nasón, fue a can-
tar sus mejores disticos del abandono y el
destierro, como sellando con sus versos in-
mortales el futuro destino de una gente,
imperturbablemente fiel a través de los si-
glos, a la madre Roma.

LOPE MATEO

Persecuzione Religiosa in Romania

tologie. Ecco un frammento di una lettera
indirizzata ai giovani pochi giorni prima
del suo arresto, avvenuto nel 27 ottobre
1948: "Cari giovani, cari figli, cari del mio
cuore, è giunta l'ora dell'eroismo cristiano
in terra romana. I nostri antenati levarono
lo sguardo verso di voi e vi dicono: "Noi
abbiamo eretto col sangue e con la sofferenza
il monumento della libertà nazionale-
le; ora tocca a voi di costruire la cattedrale
della libertà e della coscienza reli-
giosa. La Chiesa Romana Unita, la vera
Chiesa del Redentore Gesù tra i romeni, è
ora soggetta a persecuzione. Gesù stesso,
nel suo corpo mistico, è nuovamente ol-
traggiato, incoronato di spine e crocifisso.
Ecco giunta l'ora di compiere nella nostra
carne e nei nostri cuori ciò che manca ai
patimenti di Cristo per la Chiesa. Non ab-
bandonate dunque la fede davanti a nes-
suna prova. Viviamo il nostro Venerdì san-
to: scriviamo il Vangelo coi fatti. La tor-
re della Chiesa di Cristo in Romania è
colpita dai figli delle tenebre: non vi im-
paurite, non siate titubanti; ciò che sta
succedendo non rimarrà inedito. La possi-
bilità di una storia di grandezza sta sos-
tando in mezzo a noi. Non scrivete sulle
pagine di questa storia le parole: vile e
traditore. Lottate per ciò che vi è più caro
in terra, combattete per il patrimonio di
verità eterna e di luce, soffrite per l'unico
mezzo di salvezza, per la Chiesa di Cristo,
Figlio di Dio. La provvidenza ci offre ora
una occasione unica di eroismo e di santi-
tà, per la confessione delle nostre convin-
zioni cristiane. Non rifiutiamo a Dio ed alla
Patria questa gloria santa".

La Chiesa Romana è scesa ora nel si-
lenzio delle catacombe. L'invasore rosso,
dopo averla abbattuta, sta lavorando per
cancellare anche le ultime tracce di cul-
tura e di civiltà cristiana in quel paese la-
tino. Fino a quando durerà questa prova
mai conosciuta dal popolo rumeno nella
sua pur tormentata storia? Le immense
indiscrezioni di tanti popoli calpesta-
ti barbaramente dal mostro sovietico non
sembra che abbiano commosso eccessiva-
mente la coscienza dei popoli liberi. Voglia
Iddio che la decisione di portare un con-
tributo efficace alla liberazione dei popoli
oppressi non arrivi troppo tardi.

A. MIRCEA

POR LA LI- BERTAD DE RUMANIA

nos en esclavos del Gobierno; la forma en
que destruyen la institución de la familia
a través de un control injusto de los niños;
la acción inquisitiva para desarraigar las
tradiciones y la cultura de los rumanos; la
persecución a todas las religiones, muy
principalmente a la católica; la matanza
de sacerdotes, entre ellos dos obispos; la
supresión de la Religión Católica griega; la
conversión del titulado Ejército rumano en
un instrumento del comunismo, y todo el
país transformado en arsenal para futuras
agresiones, inspira la solemne Declaración
que ha pedido al Congreso de Norteamé-
rica Mr. Kersten, con precisas instruccio-
nes a los representantes en las Naciones
Unidas para obtener la retirada de Ruma-
nia del Ejército soviético, de la policía se-
creta y de los funcionarios militares y ci-
viles y otros agentes del imperialismo ruso;
que se hagan elecciones libres en Ruma-
nia, bajo la vigilancia de las Naciones Uni-
das; que se preparen los planes necesarios
para devolver al pueblo rumano la liber-
tad y los derechos que han perdido.

Cuando el señor Nicolas Dimitresco me
visitó en la Embajada para pedir la co-
laboración cubana, más espiritual que mate-
rial, a estos fines de que Rumania pueda
otra vez ser una nación soberana y libre,
le ofrecí con toda emoción trasladar a mi
Gobierno los ruegos de un patriota que lu-
cha por la causa de su país. Esa causa hoy
es también la de todos los pueblos libres
de Occidente. No dudo que el General Ba-
tista dé instrucciones en su momento opor-
tuno a nuestra representación ante las Na-
ciones Unidas para que Cuba, nación lati-
na, secunde en sus anhelos de libertad a
Rumania, nación hermana por la cultura,
que ahora sufre los embates del comunis-
mo internacional y ve hollada su tierra
por la sucia planta del invasor soviético.

ANTONIO IRAIZOZ

Histoire des Roumains de la Dacie Trajane

Par ALFRED RAMBAUD

Entre la Theiss, le bas Danube, la mer Noire et le Dniester s'étend une vaste contrée qui, dans l'antiquité, s'appelait la Dacie. Elle a pour centre le massif des Carpathes, qui sont comme les Alpes Daciques, et la crête de ce massif la divise en deux parts à peu près égales. De ces deux parts, l'une descend vers la mer Noire et le bas Danube; l'autre, vers cette verte mer que forment les steppes immenses de la Hongrie. Tout ce pays est l'habitat d'une nation qu'on appelle aujourd'hui les Roumains. Du côté de la mer Noire ils peuplent la Valachie, la Moldavie, la Bukovine, la Bessarabie; ce sont les Roumains cisalpins. Du côté de la plaine hongroise, ils peuplent en majeure partie l'Ardeal (Transylvanie) et le Banat de Témessvar; ce sont les Roumains transalpins.

Ces Valaques, ces Moldaves, ces Transylvains, ces gens du Banat, ce sont simplement les Roumains de l'Est. Ce nom de Roumains, tous dans l'Occident, nous l'avons porté autrefois, il y a quatorze siècles. Nous nous appelions alors Gallo-Roumains, Hispano-Roumains, Italo-Roumains, Roumains de la Grande-Bretagne et Roumains d'Afrique. Seulement ce nom du Peuple Roi, le plus sonore et le plus retentissant de l'histoire, qui roule comme un tonnerre sur les rois et les nations de l'antiquité, nous l'avons oublié pour nous-mêmes, et comme repudié; or, voici que d'autres hommes, qu'eux aussi nous avions oubliés, s'en souviennent. A travers tous les bouleversements, submergés mais non pas emportés par le flot incessant des invasions barbares, parfois se cramponnant au sol et parfois comme nitrés sous terre, échappant aux regards contrainsts de l'histoire et s'échappant pendant de longues périodes, à tel siècle nous les retrouvons sur les pentes occidentales des Carpathes, à tel autre siècle sur les plages de la mer Noire. On les prendrait pour des nomades, eux les sédentaires par excellence, eux qui ont au suprême degré l'amour de la terre et le culte romain du dieu Terme, et qui, dans un de leurs proverbes, se comparent aux pierres d'un torrent, qui restent tandis que l'eau s'écoule.

A peine si le nom antique, patrimoine commun de tant de peuples, s'est un peu déformé, et comme assourdi, sur leurs lèvres. Peut-être même est-ce ainsi que le prononçait le peuple de Rome: *Ruma* est une forme archaïque de *Roma* et *Rumon* est l'ancien nom du Tibre.

La langue roumaine n'est point "une espèce d'italien mêlé de mots grecs et slaves". Car elle a jàilli de la souche latine, aussi directement que l'italien ou le français, et en vertu de lois philologiques et phonétiques qui lui sont propres. Seulement, pour exprimer certains traits de son existence politique et religieuse, ce peuple a dû faire des emprunts aux idiomes des peuples voisins. Il ne pouvait emprunter ni à la littérature latine, puisqu'il mena pendant des siècles une vie barbare et sans lettres; ni aux langues issues comme la sienne de latin, puisqu'il était comme exilé aux extrémités du monde, presque aux mêmes lieux où Ovide, exilé, de lamenta dans ses *Tristia* et ses *Pontica*. Longtemps ce peuple na connu, à part les Grecs, que des peuples plus barbares que lui-même, parfois apportant du fond de l'Asie la barbarie crue. C'est seulement au XVI^e siècle que son élite est entrée pour la première fois en relations avec un peuple de même sang, les Italiens; et près de deux siècles se sont écoulés encore avant qu'il fit connaissance avec le chef de la famille latine, le peuple français.

Il y a dans Edgar Quinet une page qui venge les Roumains de toutes les sottises qui ont pu être débitées, ou le seront encore, sur leur origine. Cette page consacre leur état civil comme peuple latin; elle signifie leur avènement dans l'histoire européenne; elle a été imprimée juste au moment où la France prenait résolument en main la cause de ces déshérités, les plaçant sous la protection de l'Europe tout entière; elle est comme la justification éloquent et comme les poétiques considérations des stipulations diplomatiques de 1858.

Et qui sait si cette solennelle parole de bienvenue n'a pas agi comme une incantation, par la vertu de laquelle se sont précipités, pour ce peuple si longtemps infortuné, les événements heureux?

Peu d'années s'écoulaient, et l'union se faisait des deux principautés (1859); et la Roumanie nouvelle affirmait son autonomie religieuse en face du patriarcat de Constantinople (1865); et une armée latine faisait son entrée en scène, victorieusement, sous le canon de Pierni (1878). Enfin, la pleine indépendance de la Roumanie était reconnue par l'Europe, et les deux Principautés unies se transfiguraient en un royaume (1881). Ainsi successivement, mais très rapidement, en moins de trente ans, se brisaient toutes les chaînes, s'effaçait toute trace des hontes du passé. C'en

était fini, à la fois, de la conquête ottomane, du protectorat russe, de l'exploitation ecclésiastique par les Grecs; au morcellement succédait l'unité; à l'humiliation, la gloire militaire et l'éclat d'une couronne royale; à la servitude pour chacun et pour tous, l'émancipation politique, avec l'égalité sociale, un parlement, une presse libre, toute la vie intense de l'Occident. Quinet (mort en 1875) n'a pas vu ce glorieux avènement de la Roumanie sur les champs de bataille; mais il avait souhaité, il avait prédit son relèvement: peut-être y a-t-il contribué.

Ceux qui, avant la renaissance roumaine de ce siècle, ont pris les Latins du Danube ou pour des Slaves, ou pour des Grecs, ou pour des Barbares quelconques, étaient peut-être excusables. Jusqu'à la fin du siècle dernier, le roumain, quand il s'écrivait, s'écrivait non pas en lettres latines, mais en lettres slaves. Que l'on soumette à ce régime la plus belle page de Bossuet, d'Alfieri ou de Cervantès, on verra si elle ressemble à du français, à de l'italien ou à de l'espagnol. Edgar Quinet a transcrit cette lamentation d'un philologue roumain de Transylvanie: "Il est recouvert d'une si laide suite les nobles formes romaines qu'elles paraissent ensevelies sans espoir de salut. Que de fois, quand je commençais à écrire avec des lettres latines, je voyais soudainement apparaître devant moi la figure antique! Elle brillait de tout son éclat, et semblait me sourire de ce que je l'avais débarrassée des vils haillons de Cyrille."

Pour le peuple roumain comme pour le peuple français, c'est sur une vigoureuse souche barbare qu'ont été greffées la colonisation, la civilisation latines; mais, pas plus que nous ne pouvons reconstituer la langue que parla Vercingétorix, on n'est parvenu à reconstituer celle du Décébale. De la langue dace il ne reste guère que ce qui subsiste de la langue des Edues et des Arvernes: quelques noms patronymiques et quelques noms géographiques. Seulement, cette langue gauloise que nous ne pouvons reconstituer, c'est avec une pleine certitude que nous la rattacherons aux langues celtiques, même à celles aujourd'hui vivantes. Au contraire, sur ce que fut la langue des Daces, il subsiste des doutes. On la qualifie de daco-thracique; elle semble avoir été apparentée à l'ancien illyrien, dont procède l'albanais d'aujourd'hui. Très probablement, elle admettait des éléments danubiens celtiques. Premier point de contact entre les Français et les Roumains.

En voici un second. L'acte de naissance de la nation roumaine se trouve dans quelques lignes d'un écrivain obscur, Eutrope, qui, parlant de Trajan, nous dit: "*Ex toto orbe romano infinitas copias hominum eo translulerat ad agros et urbes colendas*". Or, parmi ces colons que Trajan amena dans le pays conquis, de tout le monde romain et en multitudes infinies, il y eut assurément des Gallo-Romains. Leur présence, dans la foule des autres colons latins, nous est révélée par les inscriptions votives qu'on peut relever par centaines, aujourd'hui, dans la plaine dacique; ce sont des Gaulois d'Asie qui invoquent *Jupiter Tavianus* et ce sont des Gaulois de Gaule qui firent graver le nom de *Néhéliénia*, déesse des eaux.

Par la suite, entre Daces et colons toute différence s'effaça. Dans l'immensité du monde romain, un nouveau groupe se manifesta: celui des Daco-Romains. Toute roumaine fut la vie de cette nation qu'avait créée la victoire de Trajan: les mêmes inscriptions nous montrent fonctionnant partout les magistratures municipales, les collèges d'artisans, les collèges de prêtres, tout le cursus honorum, et la vie des camps, et la vie des thermes, et la vie de plaisir. C'est en pays roumain qu'a été relevée la curieuse épitaphe: "*Saltavit, cantavit... cunctis placuit*".

Cette florissante Romanité du Danube fut bientôt menacée. Déjà sous Hadrien, Rome désespérait de protéger sa colonie contre les perpétuelles incursions des Barbares. Hadrien avait songé à l'abandonner. Il y renonça, nous dit Vopiscus, *ne multi cives romani Barbaris traderentur*: tant les colons romains s'étaient déjà multipliés, ou tant les primitifs indigènes s'étaient déjà romanisés! Pourtant il fallut en venir à cette extrémité lorsque l'empereur Aurélien, en 274, renonçant à défendre la rive gauche du Danube, décida l'évacuation de la Dacie Trajane.

Deux lignes de Vopiscus semblent enregistrer l'acte de décès: "*Sublato exercitu et provincialibus reliquis... abductisque ex ea populus in Moesia collocavit*" (7). A-t-on assez discuté sur ce texte si bref! Il y a eu la these nationale roumaine, qui tendait à prouver la perpétuité de l'existence des Roumains même dans la Dacie évacuée par Aurélien; il y a eu la these

anti-roumaine, celle des Allemands et des Magyars, qui, prenant à la lettre Vopiscus, affirmaient que les Roumains avaient totalement disparu de la rive gauche du Danube. Les Hongrois, quand ils arrivèrent au IX^e siècle avec Apad, auraient donc trouvé l'Ardeal inoccupé; de même les colons saxons du XIII^e. Si ensuite des Roumains avaient reparu dans le pays, ce n'aurait été qu'en qualité de simples intrus; et comme tels, ils étaient mal venus à se plaindre de l'espèce de servitude où ils s'y virent bientôt réduits. L'érudition magyare ou allemande se mettait donc au service du système politique qui entendait perpétuer l'oppression des Roumains transalpins. L'érudition roumaine, au contraire, cherchait à exhumier leurs titres d'hommes libres et de propriétaires.

Pendant longtemps les savants des Roumanies, pour prouver que leurs compatriotes n'avaient jamais abandonné la terre que leur donna Trajan, n'eurent d'autre ressource que de discuter sur le texte de Vopiscus, de démontrer, par a priori, qu'il ne devait pas être pris au pied de la lettre. Ils affirmaient qu'après la retraite des légions (*sublato exercitu*) et celle des fonctionnaires (c'est ainsi qu'ils essayaient de traduire *provinciales*), la masse des sujets roumains resta dans le pays évacué par l'armée impériale. Cette masse devait être considérable (*infinitas multitudines; multi cives*); elle n'avait pu que s'accroître sans cesse pendant 168 ans d'occupation romaine. Il était impossible que sur un signe d'Aurélien elle eût pu se transporter, tout entière, à l'autre rive du Danube; impossible aussi que, tout entière, elle eût pu ensuite émigrer de cette rive droite pour réoccuper la rive gauche (Transylvanie et Banat).

On pouvait invoquer les situations analogues dont abonde l'histoire. Par exemple, quand la Gaule, au V^e siècle, dut être évacuée par les troupes romaines, est-ce que les Gallo-Romains n'y restèrent pas? Quand, plus tard, la France dut évacuer le Canada et la Louisiane, est-ce que nos colons ont suivi dans leur retraite les soldats de Louis XV?

Bientôt, à force de recherches, les savants des Roumanies trouveront moyen d'ajouter à ces preuves indirectes des arguments positifs. Les plus probants, les plus topiques leur furent fournis par leurs adversaires naturels, par les chroniqueurs et les chartes des Hongrois. Celles-ci nous montrent, en effet, les descendants des colons de Trajan occupant la Transylvanie et une partie de la Hongrie antérieurement à l'invasion magyare, s'y perpétuant même après celle-ci, s'accommmodant au régime de la conquête, et le peuple continuant à mener la vie agricole ou pastorale, les classes supérieures trouvant moyen de s'affilier à la noblesse magyare. Plus tard, les héros de la résistance hongroise à l'invasion ottomane seront des Roumains d'origine: Jean Hunyade, "le chevalier blanc des Valaques", et le glorieux roi Mathias Corvin.

Et chose étrange, tandis que dans la Dacie évacuée par Aurélien la perpétuité de l'occupation roumaine nous apparaît indcontestable, c'est précisément sur la rive droite du Danube, dans cette Mossie où il aurait donné l'ordre aux colons de se transporter, que leur trace est presque impossible à saisir. Tout au moins, leur séjour y fut très court. Ils y furent promptement supplantés par ces Slaves auxquels les conquérants finnois, venus des bords du Volga, imposèrent ensuite le nom de Bulgares.

C'est dans la Dacie Trajane, ou du moins dans la partie montagneuse de cette Dacie, en un mot dans le massif des Carpathes, que la race roumaine s'est perpétuée sans interruption de l'empereur Aurélien jusqu'à nos jours. Ce massif-là, c'est proprement la Roumanie. La Valachie et la Moldavie, fondées l'une en 1290, l'autre en 1348, n'en sont, en réalité, que des colonies.

Réfugiés dans les gorges et sur les plateaux de l'Ardeal, les héritiers du Décébale et de Trajan ont vu se succéder dans la plaine les invasions: Goths, Slaves, Huns, Avars, Hongrois, Tatars, Ottomans. De là-haut, par des temps plus calmes, ils ont redescendus pour réoccuper les plaines; la basse Transylvanie et le Banat, d'une part; la Moldavie et la Valachie, de l'autre. Et avec quelle énergie prolifique (que leur reproche, comme une honte, les Hongrois), avec quelle puissance d'absorption à l'égard des autres races, n'ont-ils pas recommencé la conquête de la plaine! En Transylvanie, ils ont absorbé les colonies serbes; dans la région de la Theiss, ils absorbent également les Serbes; en Valachie et Moldavie, tout ce qu'ils ont trouvé de préexistant à eux-mêmes, tout ce qui s'est par la suite hasardé chez eux, Goths, Slaves, Grecs, Allemands, ils ont tout absorbé, tout romanisé. Et, sous nos yeux, à peine mis en possession de la Dobroudja par les traités de 1878, ils ont commencé à s'assimiler les Tatars.

Ils n'ont trouvé de réfractaire jusqu'à présent, à l'ouest des Carpathes, que le Magyar; à l'est et au sud, que l'Israélite et le Tsigane. Et plus complètement ils s'agrégent les éléments étrangers, plus significativement, en même temps, ils tendent à expulser de leur langue les mots d'origine étrangère. Ethnographiquement, ils sont des conquérants irrésistibles; philologiquement, ils deviennent des puristes, rêvant d'une langue roumaine dont la grammaire et le vocabulaire soient exclusivement latins. Pour ces conquêtes sur leurs voisins, ils semblent être en possession de deux dons innés. D'une part, ils s'accommodent au climat, prospèrent là où le colon allemand périclète de la malaria, attestant ainsi qu'ils sont bien fils de cette terre. L'autre don qu'ils possèdent, c'est, si l'on veut, une faiblesse; mais c'est aussi une force. A la différence des Slaves, si prompts à s'assimiler les langues étrangères, le Roumain, comme le Romain des grands siècles, comme le Français de tous les temps, ne veut savoir que sa langue. Aussi, dans toute mise en contact avec les hommes d'autres races, il faut bien, si l'on veut s'entendre, que ce soit l'autre, ou le Serbe, ou l'Allemand, ou le Tatar, qui se décide à apprendre le roumain. Toute femme étrangère qui entre dans une maison roumaine s'y roumanise; mais toute Roumaine qu'un mariage amène dans une maison étrangère y impose sa langue. C'est ainsi que, dans toutes les plaines que domine la citadelle roumaine des Carpathes, ne cesse de s'étendre, comme une tache d'huile, la colonisation roumaine ou la romanisation des allogènes. Et notez qu'en Transylvanie et en Hongrie tout travaille contre le Roumain, et la partialité du gouvernement, et la propagande par l'école, et l'iniquité de la loi politique et sociale. Que serait-ce donc si ces forces travaillaient pour lui?

On comprend l'inquiétude dont est saisi le Magyar en présence de ce monstrueux phénomène; il voit sa conquête du IX^e siècle remise en question, son royaume de saint Etienne rongé et comme dissous par ces gens qui semblent sortir de dessous terre. C'est le génie de Trajan qui l'emporte sur le génie d'Arpad, la Rome éternelle qui triomphe de l'éphémère invasion. La donation que Trajan fit à ses vétérans et à ses colons, un moment compromise par la pusillanimité d'Aurélien, un moment frappée de caducité par l'irruption des cavaliers d'Asie, revit dans toute sa force. Lentement, mais sûrement, inéluctablement, ce sont les fils de la Louve, les Daco-Romains, qui reprennent possession de leur domaine. Ces craintes du Magyar, comme il les exprimait avec franchise, avec plus de franchise encore qu'aujourd'hui, il y a deux siècles! En 1899, les trois nations privilégiées de la Transylvanie—Hongrois, Széklers, Saxons—expliquaient nettement à l'empereur Léopold pourquoi elles ne voulaient pas d'émancipation pour la quatrième nation, la roturière nation des Valaques. Elles n'en voulaient pas, "de peur que la nation roumaine, barbare et prolifique, ne s'élèverait pour renverser les (trois) autres nations". C'est pour la même raison qu'elles s'opposaient à ce que les missions catholiques s'employassent à extirper chez les Roumains ou l'hérésie protestante ou l'orthodoxie grecque: devenus catholiques, n'allaient-ils pas réclamer l'égalité des droits politiques? Et la diète transylvaine (où les Roumains n'étaient pas représentés) déployait toutes les ressources de la persuasion pour faire renoncer Sa Majesté Apostolique à son apostolat: "Le peuple roumain n'est point attaché à la religion, mais seulement rempli de superstition; il est très barbare et prêt à tous les méfaits; il ne sera d'aucune utilité à la religion catholique!"

Dans l'Ardeal le noble vocable de *Român* était devenu synonyme de paysan, d'esclave rural. D'une façon générale, tout Roumain y était serf, comme tout seigneur était hongrois. Le servage y était plus dur qu'en Russie, aussi dur qu'en Pologne, avec cette aggravation que le maître était de sang étranger et de religion ennemie.

Pourtant il ne faut croire que les Roumains fussent résignés à l'oppression, simplement parce qu'elle était séculaire. On devine l'apreté de la résistance à la multitude des supplices. Lorsque l'empereur Joseph II se préparait à son premier voyage en Transylvanie, l'impératrice-Reine, pour épargner à son fils des impressions par trop pénibles, enjoignit au gouverneur, par lettre du 11 mai 1773, d'avoir à faire "enlever et ensevelir les cadavres de ceux qui ont péri par la potence, la roue ou le pal, et qu'on laisse exposés sur les routes, à l'horreur et au dégoût des passants". Le même empereur, ému par la misère du paysan roumain, essaya d'améliorer son sort: les classes privilégiées l'en empêchèrent. Une levée d'hommes ordonnée par lui en Transylvanie avait été accueillie par les paysans comme un bienfait; le régime de

(Suite en la page 12.)

Histoire des Roumains de la Dacie Trajane

(Suite de la page 11.)

la caserne, si dur qu'il fût, avec la boue de son et la schlague, leur semblait préférable au régime seigneurial: les privilèges réussaient à empêcher la levée, parce qu'elle les eût privés de leurs esclaves. Cette fois les paysans perdirent patience. Un des leurs, un ancien soldat, Ursu Horia, revenant de Vienne où il n'avait pu faire entendre leurs doléances, leur annonça que l'empereur Joseph, mécontent des obstacles que la noblesse opposait à ses bonnes intentions, les autorisait à la contraindre par la force. Il n'en fallut pas davantage pour qu'une jacquerie éclatât: 15.000 paysans, tout à coup rassemblés, assaillirent les châteaux, égorgèrent, assommèrent, brûlèrent. Cela ne dura que quelques mois. Horia et les autres chefs du mouvement furent pris et périrent dans les supplices. Du moins l'empereur profitait de la terreur qui avait un moment dompté l'orgueil nobiliaire pour décréter l'abolition du servage en Transylvanie, décret qui resta lettre morte.

Il y eut une autre occasion où les Roumains de Transylvanie purent manifester aux Magyars les sentiments que ceux-ci leur inspiraient. C'est en 1848, lorsque la Hongrie se leva tout entière, à la voix de Kossuth, pour la cause de la liberté. Noble cause assurément; mais la liberté, telle que les Magyars l'entendaient, c'était uniquement la liberté hongroise. Quant à celle des autres nations du royaume de saint Étienne, quant à celle des Croates, des Serbes, des Roumains, il n'en était pas question. On retirait même à ces nations ce que la prépondérance magyare n'avait pu encore leur ravir; on substituait partout à leurs idiomes, dans la vie politique comme aux écoles, la langue magyare. On sait comment ces prétentions furent accueillies. Contre l'insurrection hongroise, Serbes et Croates s'insurgèrent, au nom de l'empereur, avec le ban Jellachich à leur tête. Les Roumains se réunirent à Blache, dans la *Plaine de la Liberté*, renouvelant le serment de fidélité à l'empereur, mais revendiquant tous les droits que leur refusaient les Magyars, et coururent aux armes. Eux aussi firent cause commune avec les troupes impériales; mais ils ne furent pas les plus forts. Csanyi, le victorieux Magyar, leur infligea d'atroces représailles. En deux mois, 4.000 Roumains sont fusillés ou pendus. Qu'on s'étonne que les Latins aient, comme faisait alors l'empereur de Vienne, fait appel à l'intervention russe! Et chose étrange, c'est en cette même année 1848 que les Russes intervinrent en Transylvanie pour protéger les Roumains contre les Hongrois, en Valachie et Moldavie pour dompter la révolution roumaine! La jacquerie du XVIII^e siècle et la révolution de 1848 jettent une lumière assez vive sur les questions qui s'agitent aujourd'hui en Transylvanie. Le récent procès de Klausenburg en a révélé à l'Europe la persistante acuité.

La crête des Carpathes continue à séparer les Roumains soumis à la monarchie austro-hongroise et les Roumains des deux Principautés; elle a contribué à séparer leurs destinées, imposant à ceux-ci une histoire qui se confond avec celle des Magyars, engageant ceux-ci dans une lutte séculaire contre l'invasion turque. Cette lutte fut opiniâtre, sauvage, et parfois d'une barbarie qui intimidait la barbarie ottomane. Si ce sont des fils de Romulus que Mircea le Grand, et Vlad l'Empaleur, et Étienne le Grand, convenons qu'ils ne ressemblent guère aux empereurs Flaviens, ces guerriers philosophes qui fondèrent la Dacie roumaine. À côté d'un Trajan, d'un Antonin, d'un Marc-Aurèle, dont les médailles nous ont gardé les augustes et calmes profils, Étienne, Vlad surtout, semblent des bêtes féroces. Le type roumain, lui aussi, fut déformé par cette même "sua" barbare qui souillait l'idiome.

Du moins, au prix d'une lutte désespérée, et même d'atrocités cruautés—Vlad a fait empaler d'une seule fois 2.000 prisonniers turcs, et les chroniqueurs ont noté la stupeur admirative dont fut saisi le sultan Mohammed à la vue de ces 2.000 palis—en terrifiant ces Turcs qui terrifiaient le monde entier, les princes roumains réussirent à retarder la chute de l'indépendance. La fin de la lutte est marquée, pour la Valachie, par le traité conclu en 1391 avec les Turcs par Mircea le Grand et renouvelé pendant les guerres de Vlad l'Empaleur; pour la Moldavie, par le traité que le successeur d'Étienne le Grand, obéissant aux dernières volontés de ce héros, conclut en 1513 avec Soliman le Magnifique.

Ces traités étaient de véritables chartes protectrices: ils maintenaient aux princes roumains le droit de vie et de mort sur leurs sujets, le droit de paix et de guerre; ils

garantissaient l'autonomie des Principautés en supplantant qu'aucun Ottoman ne pourrait s'installer dans le pays, aucune mosquée s'y construire; le sultan n'exigeait de ses deux vassaux princiers que le paiement d'un tribut, très modéré à l'origine, et le concours d'un contingent militaire. Protégés contre le sultan par sa parole même, protégés contre leurs autres ennemis, le polonais, l'Allemand, le Hongrois, par la terreur qu'inspirait le sultan, les deux principautés roumaines auraient pu avoir une destinée supportable en comparaison des infortunes qui accablaient les autres peuples chrétiens d'Orient. Il eût suffi que, dans chaque principauté, le prince et sa famille, le prince et sa noblesse eussent en bonne intelligence, respectant la principauté voisine, s'appliquant uniquement à faire observer par les Turcs le traité de protectorat, évitant de leur donner des occasions d'intervenir.

Il n'en fut rien, et l'on peut dire que les princes et la noblesse des Roumanies furent les artisans de tous les maux de leurs peuples. Le prince trouvait un rival pour le trône dans chaque membre de sa famille, un ennemi déclaré ou secret dans chaque membre de sa noblesse, son ennemi le plus dangereux dans le prince de l'état voisin, car un prince moldave aspirait toujours à conquérir le trône valaque et un prince valaque faisait le rêve de réunir les deux trônes. Ce n'étaient qu'intrigues, conjurations, guerres civiles, où les divers partis appelaient à leur secours ou le Polonais, ou le Hongrois, ou l'Osmanli.

L'acquisition d'une des couronnes roumaines devient une affaire; elle se met en commandite. Le prétendant cherche d'abord des capitalistes, grecs ou turcs, qui lui avancent les fonds pour payer et pour corrompre. Ces créanciers, il faut ensuite qu'il leur livre le pays à pressurer, à torturer. Puis les princes se succèdent si vite que, les créanciers de celui-ci n'étant pas encore payés, déjà s'alignent les créanciers de celui-ci, puis de cet autre, parfois d'un quatrième. Ils s'organisent par bandes, exploitent chacune telle ou telle province, se disputant les rues, se livrant bataille dans les rues, incendiant les maisons. C'est à prix d'argent qu'en Moldavie Jean le Terrible, en Valachie Michel le Brave ont, tout comme leurs prédécesseurs, acquis la couronne. Tous deux désespèrent de payer les hordes de créanciers. Tous deux comprennent que la révolte contre le Turc vaut encore mieux, avec ses épouvantables risques, que cette agonie financière. Et Jean le Terrible entraîne dans son insurrection même les paysans, qui aiment mieux mourir en combattant qu'expirer dans les tortures par les mains des usuriers. C'est une bataille de paysans qu'il livre aux Turcs, dans la plaine de Kagoul (1574); il y est pris et écartelé, ses soldats-paysans passés au fil de l'épée, et plus lourdement la Moldavie retombe sous le joug ottoman. Le pendant de Jean le Terrible, c'est, en Valachie, Michel le Brave. Lui aussi, c'est l'impossibilité de remédier à la situation financière qui lui a mis les armes à la main. Il débute par apurer, à sa façon, les comptes. Le 13 novembre 1594, il convoque les créanciers au palais du Trésor; puis il le fait entourer par la troupe et y met le feu; pas un créancier n'en réchappe. Michel le Brave était d'autre envergure que Jean le Terrible. C'est lui qui eut l'honneur de réunir un moment, malgré les Turcs, malgré les Hongrois, malgré les Allemands, les trois principautés roumaines—Valachie, Moldavie, Transylvanie—, sous le même sceptre, ou plutôt sous le même sabre (1600). Encore qu'il n'ait cherché que l'union matérielle, qu'il se soit appuyé sur l'aristocratie magyare de Transylvanie et non sur le paysan roumain, qu'il lui ait manqué ce qui anime plus tard la jacquerie vengeresse d'Ursu Horia, qu'il ait été un simple conquérant, sans aucune intelligence de l'âme nationale, son nom n'en marque pas moins un point culminant dans l'histoire du peuple de Trajan. Matériellement, grossièrement, brutalement, il a réalisé le rêve qui hante aujourd'hui tant d'esprits dans les trois principautés. C'est sur la crête même des Carpathes, entre les Roumanies du bas Danube et les Roumanies de la plaine magyare, que s'élèvera quelque jour sa statue. Notons que ce n'est point le sabre turc qui mit fin aux exploits de Michel le Brave. Les Magyars de Transylvanie le trahirent; l'empereur allemand le condamna; et un Grec au service de l'Autriche, le général Basta, le fit sauter; comme s'il fallait que toutes les races rivales de la roumaine, le Magyar, l'Allemand, l'Hellène, unissent leurs mains dans le sang du héros latin (1601).

Seule la Turquie n'y avait pas trempé la sienne. Du moins, elle profita de la chute de Michel pour remplacer sous son joug et sous le joug des publicains les deux principautés danubiennes. Il se fait sur ces vaincus un silence de plus de cent années. À quel point le régime était intolérable pour le prince, pour la noblesse, pour le

peuple, on le voit à l'empressement dont ils accueillent toute occasion, toute espérance, si vague soit-elle, de s'affranchir. Telle fut la crise de 1711, quand les princes roumains, se trompant sur leurs propres forces, trompèrent le tsar Pierre le Grand, si cruellement que l'aigle russe, prise comme au trébuchet, faillit avoir les ailes cassées. On sait comme la fortune du tsar fut sauvée; quant aux deux princes roumains, le Kantemir et le Brancovane, ils expièrent sévèrement leur erreur, celui-ci forcé d'abandonner son trône et de s'enfuir dans les fourgons de l'armée russe, l'autre amené à Constantinople et décapité avec tous les siens.

Les Principautés eurent leur part dans cette infortune. C'est à partir de ce moment que la Porte se fait une règle de ne plus jamais donner le trône à un prétendant roumain: seuls les Grecs du Phanar sont admis aux enchères. De plus, les hospodars, naguère à vie, ne sont plus nommés que pour trois ans. N'ayant que trois ans, au plus, pour récupérer leurs avances et faire un bénéfice honnête, on pense s'ils devaient tondre de près les contribuables. Quelle pitié auraient-ils pu ressentir pour des sujets qu'ils étaient sûrs de quitter au bout de trente-six mois? Jusqu'alors l'espérance que le nouveau prince pourrait durer plus que ses prédécesseurs, sa qualité de Roumain, la pompe dont il environnait son trône, avaient pu faire aux sujets quelque illusion; le manteau du prince voilait un peu l'infamie du publicain; désormais c'est le publicain qui masque le prince. Les cérémonies de son sacre, les splendeurs de sa cour, apparaissent à tous comme une comédie, à la fois grotesque et honteuse. Était-il vraiment nécessaire de s'asseoir sur un trône et de se coiffer d'une couronne pour faire le métier de recors? Et quel besoin avait cet aigreur de se faire saluer par le chant des hymnes, le son des cloches et les salves d'artillerie?

Par ses origines l'hospodar est étranger, doublement étranger à son peuple. C'est à Constantinople même qu'après avoir acheté sa couronne il subit une double investiture. D'une part, il reçoit du sultan le kafetan d'honneur, la masse, le tambour, les trois queues du pacha de premier rang; après quoi, paré des insignes d'un colonel de janissaires, il se rend aux casernes. D'autre part, il se rend à la cathédrale grecque, y est sacré par le patriarche de Constantinople, au chant des *polychronia* et avec un cérémonial emprunté à celui des empereurs de Byzance. Donc investiture politique ottomane, investiture religieuse hellénique. Quand l'hospodar va prendre possession de sa principauté, on pourrait dire de sa ferme ou de sa bergerie, quand il s'achemine sur Bucarest ou sur Iassy, il marche escorté de soldats turcs, suivi de la tourbe de ses créanciers et commanditaires ottomans ou grecs. Il s'installe dans ce palais à bail de trois ans non renouvelable. Sa cour ressemble à celle d'un pacha beaucoup plus qu'à celle d'un prince chrétien: parmi ses principaux officiers, on distingue le chef des bottes, le gardien des pipes, le préposé aux sorbets, au café, au narghilé. Au reste, la culture grecque, plus encore que la barbarie turque, achève de creuser l'abîme entre la cour et le peuple, et, dans le clergé même, entre les évêques hellènes et les popes roumains. Depuis longtemps le prince a fait l'économie d'une armée nationale: à quoi pourrait elle servir? Les temps de la lutte pour l'indépendance, les temps d'Étienne le Grand, de Michel le Brave sont loin! Et qui, dans les Roumanies, songe encore à l'indépendance? Dans quelle âme vit encore le sentiment roumain? Est-ce dans cet usurier grec devenu prince par la grâce de ses ducats et la volonté de quelque eunuque? Ou dans cette noblesse servile qu'on châtie avec le bâton, et non plus avec le sabre? Est-ce dans ce peuple qu'on a réduit au servage de la glèbe? Où sont les paysans libres ou demi-libres qui recrutèrent les armées de Mircea le Grand et de Jean le Terrible?

L'expédition de Pierre-le-Grand en 1711 fut la première intervention russe dans les Roumanies; on a vu qu'elle fut plus désastreuse encore pour celles-ci que pour la Russie.

La deuxième intervention se produisit en 1739, sous la tsarine Anna Ivanovna: une armée réunie sous le maréchal Münich, entra dans Iassy.

La troisième intervention se produisit en 1769, sous Catherine II: Iassy fut de nouveau occupé, puis Bucarest. Cette fois encore les Russes sont venus en libérateurs; mais déjà de leur côté se révèle pour la nationalité roumaine un grand danger. Les Russes se trouvent bien dans les Roumanies; ils les organisent et s'y installent; chacune des deux Principautés est administrée par un divan de boyars roumains

que préside un général russe. Quand la Turquie demande la paix à la tsarine, celle-ci, entre autres conditions (décembre 1770), demande que les deux Principautés soient reconnues indépendantes, ou que la Russie soit autorisée à les occuper pendant vingt-cinq ans. Les deux combinaisons devaient aboutir avec une égale certitude au même résultat: la domination russe. Les populations, satisfaites d'un peu de soulagement dans leur misère, ne voyaient peut-être pas le péril: il était plus terrible que toutes les invasions ottomanes ou tatares. Sous la domination russe, que fût-il advenu de la nationalité roumaine? Toute chance d'avvenir s'évanouissait pour la langue nationale, cette langue dont Edgar Quinet a si bien expliqué les mérites et l'originalité, cette langue qui est la sixième des grands idiomes latins, la sixième corde de cette "grande lyre qui s'ébranle sous un même souffle puissant"? La domination turque, précisément parce que la différence de religion lui ôte toute prise sur ses sujets, conserve les nationalités vaincues. Elle a conservé la serbe, la bulgare, la grecque, tout aussi bien que la roumaine. La domination russe, armée du prestige d'une religion commune, outillée de tous les instruments de centralisation, eût-elle été aussi clémente à cette nationalité alors si misérable, à cette langue encore si rude et que les "hailons de Cyrille" auraient pu faire prendre plutôt pour quelque patois slave que pour une fille de Rome?

La nationalité roumaine fut alors sauvée par l'intervention de l'Autriche, derrière laquelle manœuvrait la Prusse. Au traité de Kainardji, Catherine II, en ce qui concernait les Principautés, ne put que stipuler certaines clauses, assez avantageuses pour les Roumanies, mais qui légalisaient les imitations russes dans leurs affaires. C'étaient l'amnistie, le libre exercice du culte, la restitution de leurs biens aux monastères, la remise des impôts arriérés, bref, les mêmes avantages que sous Mohammed IV "d'heureuse mémoire": le tout sous la garantie de la Russie. En outre, celle-ci avait le droit, en ce qui regardait les Roumains, de "parler en leur faveur". Ainsi, la domination turque était désormais contrôlée et mitigée par la protection russe. Mais protection, n'est-ce pas protectorat?

Si les Roumanies échappèrent à la conquête russe, ce ne fut pas sans laisser une plume dans la bagarre. L'Autriche prétendit faire payer par le sultan son intervention: elle se fit adjuger la Bukovine. Mais la Bukovine n'est pas un pays turc; c'est un pays roumain, c'est un morceau de la Moldavie, et le plus foncièrement moldave, celui-là même où se trouvent les vieilles sépultures princières, les champs de bataille d'Étienne le Grand, et Suciava, sa capitale héroïque. Ainsi la nationalité roumaine paya la rançon de la Turquie et ce fut l'Autriche, parce que la Russie n'avait pu s'annexer les Roumanies, qui s'annexa un morceau de celles-ci. Les Roumanies commencent à devenir plus défilants de leurs protecteurs, le Russe ou l'Allemand, qu'ils n'avaient été inquiets de l'opresseur, l'Osmanli.

La quatrième intervention russe, encore sous Catherine II, de 1789 à 1792, se termina par la paix d'Iassy (janvier 92) qui renouvela toutes les garanties accordées aux Principautés et confirma le protectorat russe.

La cinquième occupation russe, de 1806 à 1812, sous Alexandre I^{er}, abrégée tout à coup par l'imminence de l'invasion napoléonienne en Russie, aboutit au traité de Bucarest (28 mai 1812). Il cédait aux Roumains le pays compris entre le Dniester et le Pruth. Après le "rapt de la Bukovine" par l'Autriche, le "rapt de la Bessarabie" par la Russie.

En 1821, peu s'en fallut que la prise d'armes des deux Ipsilanti n'entraînât la Russie dans une guerre en faveur des Grecs, et, par conséquent dans une nouvelle occupation des Principautés. Les Roumains, en aidant la Porte à étouffer chez eux le mouvement hellénique, retardèrent la crise. La Porte reconnut ce service en rendant les hospodars, de triennaux qu'ils étaient depuis 1711, septennaux. Jusqu'alors, elle avait livré aux Grecs les couronnes valaques et moldaves; désormais elle ne voulut plus que des princes roumains.

Plus tard, sous l'empereur Nicolas I^{er}, en 1827, la convention d'Akkerman (17 octobre), "explicative du traité de Bucarest", déclara que les hospodars seraient élus par l'assemblée générale des boyars, qu'ils seraient investis et pourraient être destitués par la Porte, mais que celle-ci ne pourrait ni refuser l'investiture ni prononcer la destitution que du consentement de la Russie. Par conséquent les princes étaient élus, mais par des boyars dévoués à la Russie; celle-ci pourrait obliger la Porte à n'investir qu'un élu dévoué à la Russie, et s'opposer à ce que la Porte pût jamais le desti-

(Suite en la page 13.)

Histoire des Roumains de la Dacie Trajane

(Suite de la page 12.)

tuer. Dès lors les hospodars devenaient les créatures du tsar au lieu d'être les vassaux du sultan. La convention stipulait, en outre, qu'ils auraient égard aux représentations du tsar et à celles de ses représentants.

La sixième occupation russe, de 1828 à 1829, sous Nicolas I^{er}, aboutit au traité d'Andrinople (14 septembre 1829), qui confirmait les stipulations antérieures et rendait valables les hospodars. La Turquie avait été, dans cette guerre, tellement vaincue et la Russie tellement victorieuse que l'équilibre de l'équilibre que se faisaient l'un et l'autre dans les Roumanies, la suzeraineté ottomane et le protectorat russe fut rompu au profit de ce dernier. Il fut rompu au détriment des Roumains eux-mêmes. L'administration de Pahlen (1828-1829), puis de Kisselief (1829-1834), le Règlement organique édicté par celui-ci organisèrent le protectorat russe. Ils le firent reposer sur le conservatisme le plus rigoureux dans les rapports sociaux, consacrant la prépondérance de l'oligarchie et la nullité politique des classes roturières. L'ambassadeur du tsar auprès de la Porte, ses conseillers ministres à Iassy et Bucarest, étaient beaucoup plus maîtres dans les Principautés que le sultan lui-même ou que les hospodars. Les ministres russes commençaient à jouer dans ces pays le rôle qu'au temps de Catherine II ils avaient joué à Stockholm et à Varsovie. Ni le prince ni le divan des boyars, pas plus à Iassy qu'à Bucarest, ne pouvaient prendre une décision qui ne fût approuvée par la Russie. Le régime politique était presque le même à Iassy ou à Bucarest qu'à Varsovie sous la vice-royauté du grand-duc Constantin. C'est à l'absolutisme russe que se heurtèrent les premières tentatives de renaissance intellectuelle en Roumanie. Comme ce protectorat n'en laissait pas moins subsister, au moins en principe, la suzeraineté du sultan, la liberté roumaine, la pensée roumaine, étouffaient sous une double domination étrangère. Le tsar et le sultan ne s'entendaient que pour entraver le mouvement national, et les firmans frappaient les mêmes coups que les oukazes.

En 1843, comme la Russie ne trouvait pas encore assez docile Alexandre Ghika, prince de Valachie, elle obtint de la Porte sa destitution. Il eut pour successeur, le 30 octobre, le prince Bibesco. Celui-ci se trouvait le premier hospodar qui fût, à la fois, élu en vertu de la convention d'Akkerman et valier en vertu du traité d'Andrinople. On verra que ni l'un ni l'autre de ces avantages ne lui servit beaucoup. Dès son avènement il sentit peser sur lui la lourde main du tsar.

Aussi fut-ce moins contre Bibesco que contre la Russie qu'éclata la révolution de 1848 à Bucarest, et, de même, ce fut moins contre Michel Stourza que contre la Russie qu'elle éclata à Iassy.

En Moldavie, l'hospodar fut assez adroit ou assez fort pour la réprimer, à lui tout seul, et pour faire déporter à Brousse les meneurs. Il n'en fut pas de même à Bucarest. Ici les chefs du mouvement, qui étaient vraiment l'élite de la nation et dont le programme restera leur éternel honneur devant l'histoire, avaient tenté de placer l'hospodar Bibesco à la tête de cette révolution à la fois libérale et nationale. Ils s'adressaient au sultan lui-même, lui disant: "Nous sommes revenus de l'ancienne et funeste politique de nos pères et nous ne songeons aujourd'hui qu'à nous rallier ne s'engager aujourd'hui qu'à nous rallier sincèrement à la Sublime-Porte, pourvu que celle-ci nous délivre du fléau du protectorat". Ainsi, en haine du protectorat du tsar, on voulait restaurer celui du Pacha. Mais on ne pouvait remonter le courant de l'histoire: l'hospodar ne pouvait se mettre à la tête d'un mouvement dirigé contre le tsar; la Porte, très bienveillante aux insurgés, était obligée de tenir compte des droits concédés à la Russie par tant de traités, et aussi de sa redoutable puissance d'agression.

Bibesco avait abdiqué le 25 juin; un gouvernement provisoire siégea du 25 juin au 4 août 1848; il rédigea une constitution des plus sages, où figure notamment l'émancipation des paysans. Or, dès la fin de juin, 12.000 Russes avaient franchi le Pruth et occupé la Moldavie. Un moment, l'attitude des ambassadeurs de France et d'Angleterre à Constantinople arrêta les envahisseurs sur la route de Bucarest. Les Russes, d'abord intimidés, assurèrent qu'il y avait eu malentendu et firent même repasser le Pruth à quelques régiments. Puis leurs partisans provoquèrent une émeute dans Bucarest, emprisonnant le gouvernement, qui fut aussitôt délivré et rétabli par la population. Ces désordres servirent de prétexte à l'intervention russe: 25.000 hommes pénétrèrent jusqu'à Bucarest, et l'ordre régna en Valachie. Le 1^{er} mai 1849, la convention de Balta-Liman, conclue entre

la puissance suzeraine et la puissance protectrice, décida qu'à l'avenir les hospodars ne seraient plus élus, mais nommés par les deux cours; les assemblées générales étaient suspendues "pour s'être livrées à des actes d'insubordination ouverte" et remplacées par des *divans ad hoc*. Ainsi l'élection était supprimée pour les assemblées comme pour les princes; Nicolas I^{er} reprenait largement aux Roumains ce qu'il leur avait fait accorder en 1827 et 1829. Par une nouvelle transaction entre les deux cours, Barbe Stirbey fut nommé hospodar de Valachie par les Russes, et Grégoire Ghika hospodar de Moldavie par les Turcs.

La révolution de 1848 avait donc provoqué la septième occupation russe. Celle-ci avait, en apparence, anticié toute réforme, étouffé toute liberté. Mais les idées qu'avait mises en vogue la révolution roumaine de 1848 n'étaient pas de celles qu'on tue avec des baïonnettes. Elles vivaient dans presque toutes les classes de la population; elles parlaient haut, dans toute l'Europe, par la bouche des proscrits et des émigrés; à Paris, elles séduisaient celui-là même qui avait étouffé la révolution française de 1848; elles gagnèrent Napoléon III par le principe dont il était engourdi: celui des nationalités.

Le 3 juillet 1853, se produisit la huitième occupation russe, qui était la quatrième du siècle. Ces occupations devenaient trop fréquentes pour que la nationalité roumaine n'y courût pas un très grand danger. Mais cette fois l'Europe était en éveil. Comme au temps de Catherine II, la présence des Russes dans les Principautés déterminait l'intervention de l'Autriche, soutenue à distance par la Prusse. Plus efficace fut celle de la France et de l'Angleterre, quoiqu'elle ait eu pour principal théâtre, non la région danubienne, mais la Crimée. C'est à Sébastopol que se décida le sort des Principautés. Une des clauses du traité de Paris eut pour objet de retirer à la Russie le protectorat sur la Roumanie pour l'attribuer à l'Europe entière. Alors commença vraiment l'affranchissement des Roumains; alors s'inaugura la série des progrès politiques qui aboutit d'abord à l'autonomie, puis à l'union des deux Principautés et enfin à la pleine indépendance, manifestée par la proclamation du royaume.

Ainsi la nationalité roumaine a pu survivre à tous les dangers, à la conquête turque, au protectorat russe, aux essais de protectorat autrichien, n'ayant perdu à travers tant d'épreuves que deux provinces moldaves (Bukovine et Bessarabie). Il reste à voir par quel travail de renaissance intérieure elle s'est préparée à la renaissance politique; comment, par les travaux des lettrés et par les écoles, elle s'est rendue digne de réapparaître à la Victoire, sous le canon de Plevna, le glorieux et antique nom national; comment elle s'est tenue prête à se lever au coup de trompette qui, en ce dix-neuvième siècle, a sonné la résurrection de tant de peuples que l'on croyait morts pour toujours.

Aux vicissitudes politiques de cette histoire correspondent des périodes très diverses de civilisation. Pour les Roumains, il y a une première période de culture qui est caractérisée par le slavisme. Celui-ci a présidé aux origines mêmes et au berceau de la Roumanie. Si on excepte une période très mal connue et peut-être problématique de christianisme latin, c'est de l'Eglise fondée par les "Apôtres des Slaves" que les Roumains, tant cisalpins que transalpins, presque tout d'abord ont été membres. Leurs plus anciens livres d'Eglise sont en caractères cyrilliques et en langue slavonne, et ils les ont reçus de leurs voisins slaves, Moraves de la Grande Moravie, Bulgares de la Bulgarie nord-danubienne, avant que toutes deux eussent été anéanties par l'invasion magyare du IX^e siècle. Slave fut le rituel des Roumains et slave leur premier clergé; slave, en grande partie, le vocabulaire des fonctions d'Etat et de cour dans les Principautés danubiennes. Le slavisme s'est perpétué dans les Roumanies pendant tant de siècles que le vieux slave eut le temps de devenir une langue morte, au même titre que le latin. Ni les princes ni le peuple ne le comprenaient, à peine les prêtres; et cela va de soi puisque les voisins slaves des Roumains, les Russes, les Bulgares, les Serbes, parlaient maintenant des langues néo-slaves, dont le slave a pu être la souche. Pourtant celui-ci avait gardé un tel prestige, un tel caractère de dignité auguste et archaïque, que non-seulement les chancelleries princières s'attachaient encore au XVI^e siècle des actes rédigés en cette langue, mais que même des particuliers qui ne savaient un mot de cette langue entendaient qu'elle fût employée à la rédaction des actes les plus importants.

Peu à peu, cependant, les Grecs s'intro-

duisaient le pays, plus nombreux encore quand l'invasion ottomane les chassa du leur. Des contrées helléniques il vint des négociants; il vint des prêtres et des moines; il vint des représentants d'illustres familles byzantines. Des mariages se firent entre nobles roumains et nobles grecs; des aventuriers grecs achetèrent les couronnes princières, quoiqu'ils ne fussent encore qu'à l'état d'exceptions dans la double liste des hospodars valaques et moldaves. Le grec, qui avait sur le slave l'avantage d'être une langue vivante et une langue de large civilisation, fut celle que l'on parla désormais à la cour et dans l'aristocratie. Cette conquête de la Roumanie par l'hellénisme s'affirma surtout pendant les règnes jumeaux de Basile le Loup en Moldavie (1634-1654) et Mathieu Bassaraba en Valachie (1633-1654). La part que prirent en 1711 les deux hospodars Démétrius Kantémir et Constantin Brancovane à la tentative de Pierre le Grand détermina la Porte à ne plus adjoindre les couronnes à des prétendants roumains et à en faire le monopole des Grecs du Phanar. L'hellénisme resta prépondérant jusqu'à la tentative des Ipsilanti en 1821. Il sombra dans la sanglante défaite des hétéroclites grecs à Dragăchan (19 juin 1821). Durant cette crise, il eut contre lui le sentiment national, qui s'incarna dans Théodore Vladimirescu. Vladimirescu se mit à la tête d'une contre-insurrection roumaine contre l'insurrection grecque. Arrêté en trahison par les chefs de bandes helléniques, conduit devant Alexandre Ipsilanti, il fut, après un semblant de jugement, mis à mort. Pour les Grecs, il est un traître; mais traître envers qui? La cause des Grecs n'était pas celle des Roumains. Pour ceux-ci au contraire, il est un héros et un martyr. Si nous devons glorifier les vaillants Hellènes, les hommes du "bataillon sacré" qui se firent tuer bravement sur le sol roumain pour la cause de l'indépendance grecque, nous ne pouvons blâmer ce rude chef latin qui refusa de pactiser avec les *ciocoi* (sobriquet donné aux Grecs par les Roumains), exploités séculaires de son pays. D'ailleurs il ne fut pas le seul à protester contre l'abus que prétendaient faire les Grecs des ressources de la Roumanie. Presque partout le peuple s'insurgea contre eux. Nous avons vu comment la Porte reconnut cette fidélité relative du peuple roumain. Les événements de l'année 1821 furent donc, pour la Roumanie, la contre-partie exacte, et comme la réparation des désastres de l'année 1711. Celle-ci avait marqué le point culminant de l'influence hellénique dans les Roumanies; celle-là en marqua la fin.

Il était temps, après dix siècles de slavisme, après deux siècles d'hellénisme, que la culture nationale roumaine eût enfin son tour. Dans les âges précédents, de loin en loin, on avait vu poindre comme les rayons avant-coureurs de cette aurore. Au XVII^e siècle, Théodose, métropolite de Valachie, un Roumain d'origine, osa pour la première fois employer la langue nationale dans le rituel, à l'exclusion du slave. A partir de ce moment, suivant que les métropolitains étaient d'origine grecque ou roumaine, le rituel est grec ou roumain. Dans la seconde moitié du XVIII^e siècle, c'est le grec qui semble devoir l'emporter. La langue roumaine, pauvre, inculte, ayant pour unique littérature quelques chants populaires et quelques chroniques, était hors d'état de lutter contre l'opulente et souple langue des Hellènes. Il fallait d'abord qu'elle reprit contact avec la langue mère, le latin, et avec les langues sœurs. De celles-ci, quelle était la plus glorieuse à ce moment, celle qui s'était imposée à la diplomatie, celle qui était dans tout l'éclat de sa supériorité littéraire, celle que, hors de France, tout Européen, même de sang germanique ou slave, apprenait comme la seconde langue maternelle? Ce fut d'abord à titre de langue diplomatique que les dromans grecs de la Porte, délaissant pour lui l'italien, apprirent le français. Or c'était parmi les grands-dromans que le sultan choisissait les hospodars. Ce furent donc les Mavrocordato, les Ghika, les Callimache qui importèrent dans les Roumanies la langue de Racine. Ils y appelèrent des Français. Ceux-ci se multiplièrent dans les Principautés presque autant qu'ils s'étaient multipliés en Russie. Ils y servaient surtout comme secrétaires ou comme précepteurs. On a gardé les noms de quelques-uns de ceux qui firent ainsi la conquête pacifique des Roumanies, préparant ainsi leur triomphe rentrée dans la grande famille latine. Teis furent, dans la seconde moitié du XVIII^e siècle, De la Roche, Nagny, Tisandier, Duroszy, Martinot, Clémareon, Jacques Ledoulx, les deux Trécourt, Laurencien, Recordon, Mendovillier, Cadot de Lille, et combien d'autres! Un Gaspari de Bellevall devint ministre des affaires étrangères de Valachie. Les femmes de la noblesse se piquent de savoir le français; elles lisent nos romans. Bientôt va commencer cet

exode continu de jeunes Roumains vers nos lycées parisiens, d'où ils rapporteront sur le Danube l'étincelle néo-latine.

Parallèlement à ce mouvement français, un mouvement proprement roumain. C'est dans l'Ardéal qu'il débuta. Depuis l'expulsion des Turcs, la Transylvanie, mieux abritée contre les invasions que la Roumanie danubienne, était devenue le principal foyer de culture nationale. Cela commença, sous l'impératrice Marie-Thérèse, par l'évêque innocent Micou. Il avait accepté l'union avec Rome surtout pour préparer l'admission des Roumains aux droits politiques. Si l'égoïsme hautain des "trois nations privilégiées" lui fit manquer ce but, s'il faillit être jeté par les fenêtres de la salle où siégeait la diète de Transylvanie, si les Roumains unis continuèrent à être aussi maltraités que les Roumains purement orthodoxes, du moins ce rapprochement avec Rome ne fut pas inutile à leur émancipation intellectuelle. Micou en profita pour obtenir l'envoi de jeunes Roumains à Rome, à Rome où se dressait la Colonne Trajane "et où les tombeaux des ancêtres parlent encore de courage et de vertu". C'est parmi les jeunes Roumains revenus de la Ville éternelle que se forma une école vraiment nationale, d'abord avec Pierre Aron, plus tard métropolite de Transylvanie et fondateur de l'école roumaine de Blăj. Puis Samuel Micou, neveu de l'évêque innocent et professeur dans cette école, prit l'initiative d'écrire le roumain en caractères latins et, dans cette langue ainsi épurée, écrivit l'*Histoire des Roumains de l'Ardéal* et l'*Histoire des Roumains de Moldo-Valachie*. Georges Schinkai poursuivit la même tâche, écrivit un traité d'orthographe roumaine, rédigea une histoire de son peuple, qui commençait aux origines daciques, et dont les autorités magyars empêchèrent l'impression, jugeant *opus igne, auctorem patibulo dignum*. Enfin, Pierre Maior, autre historien des origines roumaines, poussa l'intransigeance du patriotisme jusqu'à refuser d'admettre que son peuple eût jamais été vaincu par d'autres peuples.

Ainsi, de ce groupe de travailleurs qui a mérité de la patrie roumaine autant que les héros des guerres saintes d'autrefois, se détachent, dans l'Ardéal, en une trinité libératrice, ces trois noms: Samuel Micou, Georges Schinkai, Pierre Maior. A cette trinité répond celle de la Roumanie danubienne: Georges Lazare, Georges Asaki, Héliade.

En 1816, vint de Transylvanie à Bucarest Georges Lazare: dans les ruines du couvent de Saint-Sava il fit, en langue nationale, des cours de mathématiques, de philologie et enfin d'histoire. On l'a surnommé "le régénérateur de la nationalité roumaine". Parmi ses élèves, le poète Héliade Radulescu, Georges Asaki, et d'autres patriotes. De ceux-là et de ceux qui avaient reçu l'éducation française se forma le groupe qui devait un jour dresser le programme des revendications de 1848. En attendant, dès 1826, ils dressaient un programme de régénération intellectuelle: l'érection de Saint-Sava en école supérieure et la création d'une seconde école à Craiova; des écoles normales pour former des instituteurs; des écoles primaires dans tous les villages; traduction de nombreux ouvrages étrangers, surtout français; journaux en langue roumaine, théâtre national, etc. Peu s'en fallut qu'ils ne réalisassent tout ce qui était réalisable dans ce programme. Héliade assouplissait la langue nationale en traduisant les poésies de Lamartine. Des écoles s'organisaient; à celle de Saint-Sava, en Valachie, répondait l'école des Trois-Saints en Moldavie. Elles eurent comme professeurs de jeunes Roumains revenus de Paris et d'Italie.

A Bucarest, Héliade publiait, le 1^{er} mars 1829, le premier numéro du *Currierul românesc*; à Iassy, trois mois après, apparaissait l'*Albina românească* de Georges Asaki. Une société littéraire, bientôt dénommée *philharmonique*, comptait parmi ses membres tous les boyars de Bucarest. A son tour, elle fondait une école destinée à former des acteurs; Aristia, Grec de naissance, mais zélé patriote roumain, y professait l'art dramatique, qu'il avait appris à Paris chez Talma. En 1834, s'ouvrit le premier théâtre qu'ait possédé Bucarest: on y joua en roumain presque tout le répertoire de Molière; et Iassy ne voulut pas être en retard. En outre, dans cette ville se fondait la "Société des médecins et naturalistes": en 1838, elle reçut la première invitation à un congrès scientifique d'Europe, celui de Fribourg (Suisse). Chaque année voyait surgir quelque création nouvelle. La régénération intellectuelle—par la langue, la littérature, l'histoire, le droit, l'étude des monuments anciens et des chants nationaux, l'école et le théâtre, les sciences—, précédait et préparait la régénération politique. La Russie, plutôt bienveillante au temps de Kisselief, chercha,

(Suite en la page 14.)

HISTOIRE DES ROUMAINS DE LA DACIE TRAJANE

L'érudition roumaine, au contraire, cherchait à entraver le mouvement. Hella-de faillit être exilé pour avoir affirmé l'origine latine du peuple roumain: le consul général de Russie eût préféré sans doute qu'il démontrât l'origine slave. Les deux écoles dramatiques de Bucarest et de Iassy furent supprimées, l'enseignement supérieur devint suspect et les cours supérieurs de l'école des Trois-Saints ou académie Michel furent supprimés. On comprend pourquoi le mouvement de 1848 fut surtout dirigé contre le protectorat russe. Le capricieux despotisme de Nicolas Ier avait lassé les Roumains avant de fatiguer l'Europe.

Une coïncidence qui mérite d'être notée, c'est que la régénération roumaine sous l'influence intellectuelle de la France prit son essor dans le même temps que la France, jusque-là étrangère aux destinées des Roumains, ignorée d'eux et les ignorant, commença très sérieusement à se préoccuper de leur sort. A mesure que son action devenait plus directe, elle devenait bienfaisante. Pendant longtemps nos consuls à Iassy et Bucarest s'étaient bornés à observer les faits, à informer leur gouvernement. Déjà, pendant la critique année 1848, l'action diplomatique de la France combinée avec celle de l'Angleterre avait un moment arrêté l'invasion russe. Plus décisive encore fut l'action de la France quand ses succès de Crimée lui permirent de substituer la protection collective de l'Europe au protectorat oppressif de la Turquie et de la Russie. Tous les pas qu'accomplit ensuite le peuple roumain dans les voies de l'unité et de la liberté, la France les a favorisés. La politique française dans les affaires d'Orient fut toute bienveillante pour les nationalités chrétiennes, et toute désintéressée. Elle s'inspira, même sous Napoléon III, des principes formulés autrefois par M. Thiers et M. Guizot. Du jour où Edgar Quinet nous révéla ce peuple de huit millions d'âmes qui demandait à rentrer dans la famille latine après un séculaire exil, une amitié sincère n'a cessé d'unir l'âme des nations romaines et la nouvelle venue.

Certes, le peuple de Trajan méritait qu'une part des sympathies manifestées par nous au peuple grec lui fût réservée. La France a été partie principale dans l'affranchissement de celui-ci; elle a été pour beaucoup dans l'émancipation de celui-là. Et il n'y a pas dans nos annales de page plus honorable pour nous que ces deux pages.

ALFRED RAMBAUD.

Cet article a servi de préface à l'histoire des Roumains de la Dacie Trajane, parue à Paris en 1896. A. Rambaud était professeur à la Faculté des Lettres de Paris.

Note pe marginea cartilor "Biserica Româna unita"

Biserica nu poate fi redusă la clerul ei, dar este de necontestat faptul că slujitorii ei pot influența pe credincioși în bine sau în rău, pot face să crească sau să slăbească prestigiul Bisericii, pot face să crească sau să slăbească credința.

În acest punct de vedere, echipa de preoți din cadrul Bisericii române unite, se prezintă în toate domeniile ca un bloc omogen, ce merita nu lauda, ci admirația noastră. Preoții Români uniți colaborează la toate publicatiile românești serioase și stricte, scoț ei înșiși asemenea publicații și în ele își expun părerile cu demnitate, cu competență și seriozitate.

Rândurile acestea de prefață a preoților români uniți din exil, ne-au fost inspirate de voluminoasa lucrare aparută în 1952 în Madrid, lucrare care, nu știu din ce motive, nu i s'a dat atenția meritată. Lucrarea se numește "Biserica română unită" (două sute cincizeci de ani de istorie) și este rezultatul muncii Monseniorilor Tautu și Bălean și a C. Lor preoților Pămlil Cărnăuș, Carol Capros, Flavia Popan, Mircea Todericiu și Alexandru Mircea.

Cartea se prezintă ca un volum aniversar, ca răzând lumina tiparului la împlinirea unui sfert de mileniu de la actul unirii cu Roma.

Într-un foarte documentat capitol introductiv, Mons. Aloisie Tautu studiază împreună creștinismului la Români, stabilind existența neîndoielă a creștinismului latin în Dacia, înainte de venirea lui I. I. I. I. P. Pămlil Cărnăuș face istoria actului uni-

rit Românilor transilvăneni cu Roma, adăncind cauzele acestei uniri, împrejurările istorice în care s'a făcut precum și oamenii care au contribuit la înfaptuirea ei. Lupta românească și drama Episcopului Inocențiu Micu, activitatea multilaterală și influența Școlii latine, rolul jucat de exponenții Bisericii Unite pe teren spiritual, cultural și național, dela 1700 până la înfaptuirea României Mari, sunt expuse cu claritate și bogăție de amănunte de către P. Flavia Popan și P. Carol Capros. Iar Mons. Octavian Bălean prezintă situația Bisericii Unite după înfaptuirea României Mari, poziția ei în noul Stat român, activitatea ei în diferitele domenii, raporturile cu Biserica Ortodoxă, încercările de apropiere între cele două Biserici românești și rolul nefast jucat de politica în creșterea sau menținerea unei atmosfere de tensiune între ele. Un impresionant capitol, aprins pe o multitudine de marturii și documente, e închinat suferințelor și martiriului Bisericii Unite sub stăpânirea comunistă, culminând cu desființarea ei, arestarea tuturor episcopilor și a majorității clerului ei. Volumul îl încheie capitolul intitulat: "Problema religioasă în România", în care Par. Alexandru Mircea examinează la lumina documentelor cauzele disensiunilor dintre cele două Biserici, originea neînțelegerii față de Biserica catolică, posibilitățile și condițiile refacerii unității religioase, posibilitățile afirmării unui "creștinism românesc" scos de sub semnul politicizării și al naționalismului excludivist, condițiile unei renasteri religioase în România.

Socotim că e superfluu să insistăm, și nici spațiul nu ni-o îngăduie, asupra interesului pe care-l prezintă acest volum scris cu obiectivitate și fără spirit polemic. Citindu-l, el poate da prilej la o multitudine de reflecții. Și poate să ne îndemne a încerca să înțelegem pe cât este în putința noastră, cauzele desbinării religioase a căror daune nu poate să nu facă să sângereze inimă oricărui creștin.

CR.

UN ASEZAMANT CULTURAL AL EXILULUI

BIBLIOTECA ROMANA DIN FREIBURG

S'au împlinit de curând cinci ani de când în străvechiul oraș de cultură germană, Freiburg la Breisgau, a luat ființă din inițiativa grupului de refugiați români din localitate și din strădaniile Profesorului Virgil Mihăilescu, așezământul de cultură astăzi cunoscut în lumea întreagă sub numele "Biblioteca Română din Freiburg".

Au fost ani grei în care numai abnegația și elanul creator al inițiatorilor au putut înfrânge neapăsarea conaționalilor și înzestra exilul românesc cu această splendidă realizare ivită din "putinul celor mulți și nu din generozitatea celor puțini".

Dragostea nemărginită de ceace este românească, cunoașterea profundă a valorilor noastre culturale și viziunea raului imens pe care, voit sau slugarnic, unelele Moscovei l'au făcut prin mistificarea și distrugerea patrimoniului nostru cultural, au însoțit puteri nebanuite acestor mari suflete de Români.

Indiferența la propriile lor necazuri, sau la vicisitudinile exilului, s'au jertfit pe ei și pe al lor pentru atingerea unui singur tel, acela de a regropa materialul cultural sau documentar românesc aflat în țările Apusului, centralizându-l sub orice formă la Biblioteca creată, unde sistematizat și organizat să fie ținut la dispoziția tuturor cercetătorilor în domeniul problemelor românești.

Dupa cinci ani de activitate rezultatele obținute sunt uluitoare.

Oine, dintre Români care nu trecut prin Germania, s'a ostenit să viziteze așezământul cultural dela Freiburg, nu se poate să nu fi rămas impresionat de religiozitatea, cu care orice filă tipărită amintind de România, de gloriile sau dramele ei, de arta sau cultura ei, este cercetată și tesaurizată ca cel mai prețios jvuar.

Apelurile îndreptate către toți Români, bogati sau saraci, au avut ecou în sufletele ultimilor în special. Din toate culturile pamântului pe unde au fost asvârliti de exil, au răspuns cel modest. Din dania lor Biblioteca a putut să recupereze mii de volume pe care le posedă astăzi și care stau marturie geniului creator românesc. Din dania lor s'a putut trece la editarea clasicii noastre și la publicarea Buletinului Bibliotecii.

Dar în proporțiile dezvoltării au crescut și necesitățile așezământului.

Un aparat de citit microfime, un aparat de microfilmare și o mașină de scris cu caractere românești, sunt astăzi imperioase necesare desfășurării activității Institutului din Freiburg. Pentru oricare dintre bogățiile exilului nostru ar reprezenta sacrificarea numai una din neamurile așezământului pe care și le oferă.

Nu cred oare cei "puțini", ca a seos momentul ca generozitatea lor să completeze dania celor "mulți" și pe această cale să exprime cu toții "recunoștința noastră față de Neamul caruia aparținem"?

Tr. P.

ROSTUL REVISTEI NOASTRE

Cu sprijinul unui Român de inimă, care s'a oferit să acopere din puținul lui, chelturile de tipar și răspândire ale acestei reviste, plecam la drum astăzi, la 10 Mai, ziua de dureroasă aniversare a independenței României.

În pragul apariției, gândul nostru se îndreaptă cu dulosie, spre toți frații noștri de-acasa sau destarati, dar mai ales spre cei așezati de mai demult în Statele Unite ale Americii și în Canada, victime permanente ale celei mai neînțelese nepăsări din partea guvernanților români dintre cele două rasboaie mondiale, precum și din partea diplomaților pe care România de ieri i-a trimis peste Atlantic cu misiunea de a-i apăra interesele.

Cu Români, azi cetățeni credincioși ai unor State straine, vrem să fim într'adevar frați întru fapte și gânduri, și să le ducem, din când în când, la îndepărtatele lor vetre, pe meleaguri straine, tot de credem că le poate infatisa, ca'n visuri, icoana Țării de unde au plecat odinioară, siliti de vi-tregele condiții de viață de sub regimul ungurese de pe atunci. Vrem să-i facem să uite indiferența cu care au fost tratați până acum.

Dorim ca revista "Carpatii" să le treacă pragurile, ca o solie de bine, plecata de aici, din inima Spaniei surori, care, ca țara de margine, a avut, dealungul veacurilor, și ea de furca mereu cu vecini puternici și nesatui, așa precum a avut, fara întrerupere, ceaialta țara de margine de la portile soarelui, România noastră, cutropita astăzi de hoardele bolșevice și batjocorita de hrăpăreți aduși-de-vânturi, impusi prin forța baionetelor rusești, la conducerea neamului nostru.

Unul din punctele principale ale programului revistei noastre este acela de a răspândi, printre Români destarati, scrieri literare dintre cele mai apropiate de sufletul neamului nostru, cari le pot fi spre întărire sufletească, precum și tot ce aveam mai deosebit în visteria noastră populară, cu care avem tot dreptul să ne mândrim.

Cu aceste gânduri, pornite din adâncul ființei noastre, trimitem, din pragul acestui număr, un frățesc salut Românilor de bine, cari ne vor primi în casele lor, prin mijlocirea revistei "Carpatii".

Revista CARPATII va apare odata la doua luni

Acest număr a fost închinat Congresului Uniunii Latine ce a avut loc la Madrid între 10 și 16 Mai 1954, și a fost trimis gratuit tuturor congresistilor.

Celelalte numere vor apare în 12 pagini și vor fi redactate integral în limba română.

Se primește colaborarea oricărui Român, revista neapartinând nici unei grupări politice. Se înțelege dela sine ca sunt exclusi totuși dușmanii de azi și de ieri ai neamului nostru.

EDITURA "CARPATII" ANUNTA

AU APARUT:

A. D. XENOPOL

Istoria Romanilor din Dacia Traiana, vol. I.

Istoria Romanilor din Dacia Traiana, vol. II.

Istoria Romanilor din Dacia Traiana, vol. III.

Pretul vol. I și II este de 2 Dolari U. S. A. sau echivalentul. Vol. III costa 2,50 Dolari U. S. A. sau echivalentul.

ARON COTRUS:

Rapsodia Iberica; editie bilingua. Pretul unui exemplar 1 Dolar U. S. A. sau echivalentul.

CENTRUL PENTRU UNIUNEA LATINA

ROMANIA, broșura splendid ilustrată și un scurt rezumat al Istoriei noastre în 1 franceză. Pretul 25 centavos U. S. A. sau echivalentul.

A. MIRCEA

Persecucion Comunista de la Religion en Rumania, broșura ilustrată. Pretul 25 cts. U. S. A. sau echivalentul.

SUB TIPAR:

A. D. XENOPOL:

Istoria Romanilor din Dacia Traiana, vol. IV.

POSTEUCA, NOVAC, GOVARA

Poeme fara Tara; Pretul 2 Dolari U. S. A. sau echivalentul.

D. MURARASU

Istoria Literaturii Romane, vol. I. Pretul unui exemplar este de 3 Dolari U. S. A. sau echivalentul.

IN PREGATIRE:

PAMFIL SEICARU

Istoria Presei Romanesti.

Cerurile se vor adresa Dlui Traian Popescu, calle Villanueva, 43. etaj IV. Madrid.

Platile din U. S. A. se pot face prin "money order".

CARPATII

REVISTA CULTURALA

Director: ARON COTRUS

Redactori: TRAIAN POPESCU
N. S. GOVARA

Redactia si Administratia:
Madrid, calle Villanueva, 43.
Abonamente:

anual 5 Dolari USA sau echivalentul
sase luni, 3 Dolari sau echivalentul.

ES MANUSCRITO — MARSIEGA, S. A.